



ENVEJECER SIN SER MAYOR

Nuevos roles en la participación social en la edad de la jubilación

Daniel Prieto Sancho
Diego Herranz Andújar
Pilar Rodríguez Rodríguez

2

Colección
Estudios de la Fundación

ENVEJECER SIN SER MAYOR

Nuevos roles en la participación social
en la edad de la jubilación

Daniel Prieto Sancho
Diego Herranz Andújar
Pilar Rodríguez Rodríguez

Estudios de la Fundación Pilares para la autonomía personal n.º 2, 2015

ENVEJECER SIN SER MAYOR

Nuevos roles en la participación social en la edad de la jubilación

pilares@fundacionpilares.org | www.fundacionpilares.org

ISBN: 978-84-606-8682-8 | Depósito Legal: M-18451-2015

Diseño de la colección: Carlos Molinero Brizuela

Maquetación: Tatiana Vargas Löwy

© Fundación Pilares para la Autonomía Personal, 2015

Índice

Introducción	9
--------------------	---

PRIMERA PARTE

El perfil social de los nuevos mayores: la emergencia de nuevos roles en el envejecimiento	17
--------------------------------------------------------------------------------------------------	----

1.1. Representaciones de una etapa vital	20
------------------------------------------------	----

1.2. Cambios en la construcción cultural de las etapas vitales	28
----------------------------------------------------------------------	----

1.2.1. Ciclo vital y sistema económico	32
----------------------------------------------	----

1.2.2. Una generación entre ambos sistemas.....	39
-------------------------------------------------	----

1.2.3. Desaparición del modelo de comprensión del ciclo vital vigente	40
-----------------------------------------------------------------------------	----

1.3. Nuevas formas de comprender la entrada en el envejecimiento	43
------------------------------------------------------------------------	----

1.3.1. Consumo e identidad en el capitalismo flexible	44
-------------------------------------------------------------	----

1.3.2. El significado del consumo para esta generación.....	48
-------------------------------------------------------------	----

1.3.3. Desvinculación de los roles y la edad	51
----------------------------------------------------	----

1.4. Envejecer sin ser mayor.....	53
-----------------------------------	----

1.4.1. El rol de la persona mayor hoy	53
---------------------------------------------	----

1.4.2. El significado del trabajo en las vidas de esta generación	59
-------------------------------------------------------------------------	----

1.4.3. La experiencia de la jubilación	65
----------------------------------------------	----

1.4.4. Una reflexión final: La etapa vital de la madurez	69
----------------------------------------------------------------	----

SEGUNDA PARTE

La experiencia del envejecimiento durante las edades asociadas a la jubilación.....	77
-------------------------------------------------------------------------------------	----

2.1. La liberación de deberes hacia el mundo.....	77
2.1.1. Consolidación o maduración de una identidad	81
2.1.2. La imaginación del futuro en el mundo	85
2.1.3. La afirmación del presente.....	90
2.2. El proyecto vital sin deberes hacia el mundo	92
2.2.1. Envejecimiento activo y responsable	96
2.2.2. El proyecto para uno mismo: la autoimposición de tareas como forma de participación.....	100
2.2.3. Espacios de reconocimiento: sentirse partícipe.....	108

TERCERA PARTE

La participación social	117
3.1. La participación social: una práctica compleja.....	119
3.2. Condiciones de la participación social	129
3.3. Las distintas opciones de participación social.....	136
3.3.1. Lo privado informal: los cuidados.....	141
3.3.2. Lo privado formal: desarrollo personal.....	146
3.3.3. Lo público informal: las cooperaciones	159
3.3.4. Lo formal público: los servicios	168
3.4. La participación social en la encrucijada actual	183
3.4.1. La transición cívica.....	183
3.4.2. Los discursos de la Transición y del envejecimiento activo	187
3.4.3. Un capital a reevaluar: el hedonismo responsable	192
3.4.4. Del desarrollo personal a la contribución colectiva	199
Conclusiones	205
Anexo: Ficha técnica. Metodología aplicada.....	229
Referencias Bibliográficas	239



Colección
Estudios de la Fundación

Introducción

Uno es joven mientras comprende el mundo.

Eduardo ORTEGA Y GASSET

La investigación que se abre con estas palabras trata de indagar en las razones que sustentan un fenómeno que hace tiempo que ya es evidente para ese aglomerado de opiniones en circulación que definen el sentido común: las nuevas generaciones de personas mayores son «muy poco mayores» y están desplegando comportamientos y demandas sociales que están renovando el imaginario desde el que nuestra cultura conforma el modelo comprensivo que tenemos del envejecimiento. Este planteamiento no descubre nada por sí solo pero, pese a que se trate de una cuestión sometida a un intenso debate público cargado de intereses, en él no se suele dejar espacio a las causas que lo motivan. Sin lugar a dudas el exponencial aumento de la esperanza de vida en buenas condiciones de salud representa un principio posibilitador de esta situación, pero las edades de quienes se jubilan, por obvio que resulte decirlo, no han cambiado, por lo que la dimensión que presenta en estos momentos mayores incógnitas parece ubicarse tanto en el significado social atribuido en la actualidad a la etapa de la vida que presuntamente abren como en las prácticas a través de las cuales este cambio está tomando forma. Qué roles están dispuestas a asumir las nuevas generaciones de personas mayores, qué factores inciden en el proceso de renovación del significado de este momento de la vida y por qué sucede ahora y a través de estas generaciones son, por lo tanto, las preguntas que ordenan las hipótesis de la línea de investigación

que la Fundación Pilares para la Autonomía Personal inició en 2012 mediante la complementariedad metodológica. Ya fueron publicados los resultados que obtuvimos mediante una encuesta¹ aplicada a una muestra representativa de la población española comprendida entre los 50 y los 69 años de edad, pero hemos querido complementar esa aproximación cuantitativa con el análisis en profundidad que solo permiten las técnicas cualitativas de investigación. En este caso, mediante grupos de discusión y entrevistas semiestructuradas a ese mismo grupo de edad.² En esta obra se presentan los principales resultados obtenidos.

Toda introducción supone una puesta en contexto que encierra una invitación, por lo que en estas breves páginas nos permitiremos anticipar algunas de las propuestas desde las que hemos dado forma a la amplitud de niveles que encierra la problemática aludida. La clave circula, pensamos, en torno al sentido que le otorgan aquellas personas que lo están protagonizando desde sus prácticas y actitudes conformando, a través de las mismas, una representación de su papel en la sociedad inédito hasta hace pocos años. Las generaciones que actualmente componen las cohortes de edad de entre cincuenta y cinco y setenta años manifiestan, consolidando un proceso en marcha desde hace varias décadas, una comprensión de la fase vital en la que se encuentran muy distinta a la que vivieron sus antecesores. Para

1. Rodríguez Cabrero G., Rodríguez Rodríguez P., Castejón Villarejo P. y Morán Aláez E.: *Las personas mayores que vienen. Autonomía, solidaridad y participación social*. Núm. 1 de la Colección Estudios de la Fundación Pilares para la Autonomía Personal. Madrid, 2012.

2. La ficha técnica de la investigación se encuentra en el Anexo de esta publicación.

estos últimos el abandono de la vida laboral y el hecho de alcanzar ciertas edades se traducían en un salto, prácticamente sin solución de continuidad, al abismo de la vejez. Esta construcción se veía definida biológica y subjetivamente por una reducción progresiva de sus capacidades y de su autonomía, económicamente por una pérdida muy considerable de importancia en el mercado y socialmente por el paso a una posición más pasiva respecto a su integración en los procesos de cambio y a las soluciones adoptadas ante las diversas problemáticas que surgen en la vida cotidiana. Todos estos condicionantes resultaban en una imagen social que definía a las personas entonces llamadas «viejas» como personas desvinculadas del mundo; como individuos portadores de valores obsoletos que les impedirían ocupar un lugar de reconocimiento en la sociedad. La condición de vejez resultaba, en suma, en una suerte de disfuncionalidad como ciudadano que rebasaba la cronología de cada persona a pesar de la incierta causalidad, aún vigente, que vincula ambas condiciones como efecto y causa.

Pero ¿qué ha cambiado entonces?, ¿cómo perciben las generaciones estudiadas su horizonte de sentido como miembros de una comunidad en la actualidad? En una respuesta cargada de reivindicaciones frente a un modelo que les ubica en un lugar en el que no se reconocen, quienes ahora alcanzan la edad de jubilación alegan sentirse plenos de recursos para continuar integrados en la sociedad y, con ello, rechazan ser caracterizados a través del molde que se les reserva. No se identifican con el rol que las personas mayores han desempeñado en la sociedad hasta hace poco tiempo porque, para empezar, jubilarse no implica para ellos pasar a ser «viejos» y resignarse ante un apartamiento social que no consideran que les corresponda. Y esta demanda se

topa con una respuesta institucional insuficiente, apegada aún a un modelo de atención ya, de facto, desfasado. Estamos ante toda una generación dispuesta a impugnar que su edad la defina socialmente enfrentándose, si no al vacío, sí al menos a un escenario plagado de propuestas difusas con relación a su inquietud de quién ser como personas mayores; de cómo envejecer sin ser un «viejo». A través de sus conductas y de sus prácticas las generaciones más recientes de mayores vienen revirtiendo una comprensión del envejecimiento que encerraba a las personas; que anulaba las identidades particulares de los sujetos bajo una categorización social de «viejos» que hacía a todos iguales. Los que ahora vienen, sobre todo los más jóvenes de ellos, rechazan de pleno verse incluidos en un colectivo que no es tal, puesto que esta construcción responde más a una categoría social elaborada desde ciertas disciplinas que a la percepción real de pertenencia a una grupalidad en la que se reconozcan las personas que supuestamente la conformarían. Los roles definen posiciones asignadas en una estructura y se observa un desfase entre las expectativas que la sociedad dirige a quienes envejecen y las formas en las que éstos reciben tales prerrogativas. Se revela, por lo tanto, un desajuste entre el modelo y la realidad a la que presuntamente alude que arroja luz sobre un conflicto que define las bases mismas del papel que una persona desempeña en nuestra sociedad (es decir, sus formas de «ser» sociedad participando en ella) cuando alcanza las edades que cultural e institucionalmente reconocemos como propias del envejecimiento.

El conflicto entre las categorías sociales que ordenan en base al criterio de edad las funciones de cada persona en el grupo y la realidad vivida por quienes se ven sujetos por tal concepción, marca por lo tanto las preocupaciones

que motivan este estudio. En el mismo se intenta identificar posibles problemáticas sociales que puedan estar emergiendo y que, creemos, formarán en el futuro un núcleo importante de desajustes colectivos, institucionales y de recursos que se verá alimentado por el número cada vez mayor de personas que van a engrosar la fase vital en la que nos centramos. La posibilidad de dar voz a los deseos, las percepciones y las representaciones que estas cohortes trazan en su discurso sobre su propia experiencia y las expectativas que marcan sobre ella nos permite, en el mejor de los casos, exponer y anticipar las carencias que el actual modelo de intervención presenta para ser capaz de adaptarse y optimizar las nuevas formas de participación en lo social que, creemos, esta generación tan singular ofrece. Principalmente porque, desde esa forma de ver el mundo que marca unas expectativas, esta generación está evidenciando la paulatina obsolescencia de las políticas sociales que se dirigen hacia los mayores de sesenta y cinco años. Urge comenzar a repensar el modelo de comprensión del envejecimiento, activo o no, desde el que pensamos las políticas sociales. Y eso impone un momento de reflexión que concierne a la manera en la que concebimos las funciones y posibilidades de cada persona a lo largo de su recorrido vital. Lo que se pone en tela de juicio a lo largo del presente estudio, cerrando una argumentación que abrirá la investigación, no atañe por lo tanto únicamente a la comprensión de una etapa vital, sino a la concepción misma que tenemos del ciclo vital de un sujeto en nuestra cultura; a la construcción social de las edades vigente.

Causas y posibilidades; fondo y formas; qué, porqués y cómo. Eso nos preguntamos y sobre esos retos ha tomado forma la lectura que viene a lo largo de los tres profusos capítulos que componen la esencia de la presente

investigación. Para ello trazamos, en primer lugar, un ejercicio de análisis retrospectivo en el que tratamos de dar cuenta de las condiciones sociohistóricas que explican la particularidad de las generaciones estudiadas. Se trata de un capítulo inicial que, si bien en su origen albergaba una clara vocación introductoria, en su devenir ha resultado en un cuerpo investigativo autónomo en el que se relatan las estructuras y escenarios que han dibujado el perfil social de esta generación y las condiciones concretas de su presente que facilitan su impugnación de la edad como criterio que les clasifique. Su carácter retrospectivo ha conducido por momentos un cariz más ensayístico y especulativo; ajeno a las formas a las que tradicionalmente responde un informe de investigación al uso. Sus carencias y sus, esperamos, fortalezas, responden a las condiciones que este formato híbrido encierra.

Tras analizar lo que consideramos las causas que han propiciado el escenario que ha hecho posible que en este momento y a través de esta generación estén apareciendo nuevas formas de afrontar el periodo vital del envejecimiento, procederemos en un segundo cuerpo analítico a relatar, a través del discurso de nuestros interlocutores e interlocutoras, la experiencia misma del proceso de envejecimiento en ese contexto. Con ello trataremos de dar cuenta de los campos motivacionales que incitan a los sujetos a adoptar una posición determinada en la sociedad cuando atraviesan las edades estudiadas. Sus palabras, el soporte de los miedos, deseos y esperanzas de las personas entrevistadas, siendo sin lugar a dudas el eje articulador de toda esta investigación, adquieren una especial relevancia en este capítulo (casi carente de citas bibliográficas) como el testimonio más autorizado de cuantos podían acercarnos a esta dimensión de la experiencia.

El tercer y último bloque, por su parte, consiste en un análisis más metódico y propositivo con relación a la participación social de las nuevas generaciones de mayores. En él se da cuenta de los campos de significados desde los que estas personas comprenden su papel y sus expectativas con relación a la sociedad, pero también de las prácticas y discursos concretos en las que éstas toman forma. Las diferentes líneas de análisis de los dos primeros desarrollos frente al tercero responden a dos visiones correspondientes a los autores que se han influido de forma recíproca para terminar generando, como el lector podrá comprobar, dos investigaciones con estilos diferenciados. La mencionada autonomía de ambos bloques no merma, sin embargo, el sentido unitario de este estudio. Como resultado de una tensión entre los pensamientos se han disparado dos líneas de trabajo cuyo proceso, pues toda investigación resulta un proceso dialéctico inconcluso, confluye en la construcción de una propuesta que trata de explicar el cambio observado en las formas de afrontar el envejecimiento por parte de las nuevas generaciones de lo que, a día de hoy, seguimos llamando personas mayores. Su mayor o menor acierto se definirá, creemos, en las líneas de trabajo que pueda suscitar, las cuales deseamos fértiles en pos de una optimización de los recursos y plataformas que pueden dar sentido a la necesidad que la sociedad tiene de la participación de estas generaciones y, en el sentido inverso de un diálogo ahora inexistente, de las respuestas a las necesidades que estas personas demandan a la sociedad.



Colección
Estudios de la Fundación

1

El perfil social de los nuevos mayores: la emergencia de nuevos roles en el envejecimiento

Resulta imposible abordar la construcción de una imagen del perfil social que definiría a las personas que transitan la etapa vital que tratamos de explicar sin dirigir la mirada a dos procesos esenciales que conducen la experiencia de la misma: la jubilación y el envejecimiento. La jubilación supone un punto de inflexión en las trayectorias vitales que rebasa incluso la condición de vivirla de forma directa. Más allá de excepciones, marca una edad, los sesenta y cinco años (sesenta y siete según la legalidad en camino, sesenta y tres si atendemos a la edad media en la que se produce; en todo caso la cifra «sesenta y cinco» continúa cargada con toda la fuerza simbólica que comprende a las otras), de reconocimiento institucional del derecho a la entrada en la condición de pensionista jubilado. Este describe a un sujeto figurado al cual se le tributa un itinerario de participación social como agente en el mercado laboral cuya aportación finaliza, más allá de la realización de un periodo de cotización estipulado, bajo la presunción del descenso de sus capacidades productivas. Si bien existen otras situaciones de acceso a pensiones que no estarían relacionadas con el desempeño laboral (viudedad, incapacidad, etc.), esta figura ocupa una posición dominante en la imagen que nuestra cultura otorga a la condición de persona beneficiaria de una pensión, por lo que las pautas legales que la construyen han conformado un hito social reconocido por

todos los interlocutores de forma independiente a su situación respecto a ella. De hecho, es debido a la potencia de esta representación por lo que afirmamos que, como hito socialmente construido, los 65 años que definen la edad normal de jubilación y acceso a una pensión rebasan como referencia la posibilidad efectiva de experimentarla en esa marca cronológica. Son muchas las personas, mayoritariamente mujeres dadas las desiguales condiciones en las que acceden al mercado de trabajo, que, pese a no haber desempeñado sus labores en ámbitos social e institucionalmente reconocidos o simplemente debido a que su vida laboral ha finalizado con anterioridad, manejan en todo caso como referente dentro de sus propias trayectorias vitales la edad que esta determina como punto de inflexión de cara al acceso al estatus de pensionista.

Asimismo, esta concepción que asocia los efectos del envejecimiento a las formas de participación social a través del mercado de trabajo, es precisamente la que condiciona la estrecha vinculación que ambos fenómenos sostienen. La razón estriba en que, como hemos anticipado, son los efectos atribuidos al envejecimiento los que generan las condiciones que en última instancia definen la figura del jubilado. Una persona es retirada de sus deberes laborales debido a que, alcanzada cierta edad, supuestamente su capacidad de desempeño en las labores productivas se ha visto atenuada. A través de este rito obtiene un estatus de pensionista que debería compensar los esfuerzos realizados en su aportación al sistema al tiempo que dota de significado a la labor de quienes aún no lo han alcanzado. Vivir estas edades presupone por ello en nuestra sociedad una biografía de participación en el sistema y, a la inversa, acceder a su reconocimiento

presupone vivir las condiciones asociadas al envejecimiento que hacen a la persona merecedora del mismo (Bazo, 2002:242). De este modo, alcanzar los sesenta y cinco años de edad supone, a priori, no solo jubilarse sino también entrar de forma estricta en los escenarios y la cultura del envejecimiento. Las implicaciones de esta construcción, como iremos analizando de forma pormenorizada a lo largo del informe, resultan trascendentales tanto de cara a la comprensión de la etapa vital que los sujetos objeto de esta investigación atraviesan como, en un sentido más global, con relación a la refiguración que cada sujeto efectúa de los roles que desempeñará en su propio proyecto vital dividido en fases diferenciadas en función de unos objetivos dados.

... entonces ya en esta casa ya estamos dos personas por encima de la tercera edad y... a mi marido lo considero un chaval pero, pero él también está, está en la década de los 60 o sea que...

1. ¿O SEA TÚ TE CONSIDERAS TERCERA EDAD? PORQUE HAS DICHO DOS PERSONAS... ENTIENDO QUE ES TU PADRE Y TÚ...

Mi padre y yo, sí

2. Y ¿POR QUÉ TU MARIDO NO?

Porque tiene unos años menos que yo, ya estoy por encima de los 65, yo tengo 65 y él tiene 61. Entonces lo he considerado a partir de los 65. Y...

1. O SEA LOS 65 PARA TI ES UNA FECHA...

No, es la edad de jubilación.

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

En suma, no estamos trabajando únicamente, ni de forma separada, las experiencias de la jubilación y del envejecimiento, sino las maneras en las que ambas, como fenómenos más sobresalientes en la definición del momento vital estudiado, condicionan los comportamientos y las expectativas desde

las que se experimenta y actúa en esta etapa vital con características genuinas dentro de la biografía de cada sujeto. Si cada investigación responde a un conflicto respecto a la comprensión de un fenómeno, en el caso de la presente la motivación se encuentra precisamente en el desencaje observado entre jubilación y envejecimiento con relación a la representación clásica que tenemos de ellos como procesos sincronizados. Ambos siguen sucediendo, pero se observan diferencias con relación a las formas conocidas de comprenderlos y afrontarlos. En consecuencia, esta primera parte de la investigación tratará de investigar las condiciones sociohistóricas que han generado unas estructuras sociales específicas a lo largo de las vidas de la generación que estudiamos. Entendemos que la comprensión de la trayectoria vital dotada de unos horizontes de sentido que determinan esas estructuras condiciona de forma ineludible la praxis cotidiana y las expectativas sobre el rol que se desempeñará en ella. Solo desde la definición de ese bagaje de experiencias dotadas de un sentido culturalmente construido que esta generación porta podremos acceder al significado que para sus integrantes cobra su proceso de envejecimiento y la postura desde la que se espera transitarlo y afrontarlo. A través de esa comprensión esperamos poder ofrecer un dibujo inteligible del perfil de estas personas y los campos motivacionales que explican sus formas de interacción social.

1.1. Representaciones de una etapa vital

Es necesario arrancar con una obviedad: hablamos de sujetos que envejecen. Y lo saben. Sin embargo, debido a la forma en la que eso sucede, la cual dista sensiblemente de la manera en la que consideran que lo

hicieron generaciones anteriores, no sienten que las dimensiones biológicas y culturales (las cuales revisaremos de forma más pormenorizada más adelante) que propician esa percepción les aboquen de forma ineludible a «ser viejos». Envejecen pero no se sienten viejos; se pueden definir como mayores pero matizan que el significado que otorgan a tal categoría no les ubica en el papel de lo que representan como una persona mayor; no se identifican con ese rol de mayores porque quienes conocen como tales vivieron otras formas de concebir el ciclo vital. Por ello, si bien no niegan de forma explícita ni implícita en el relato de su cotidianidad la percepción de estar envejeciendo, la gran mayoría de las personas que componen las cohortes de edad entre los 55 y los 70 años se sienten ajenas a la representación que tienen de un sujeto de su edad, la cual aparece encorsetada en un imaginario desfasado y correspondiente a varias décadas atrás.

2.H. Es distinto... antes una persona con 55 o 60 años era viejo.

4.M. Sí.

2.H. Yo recuerdo cuando yo era pequeño le preguntaba a los amigos ¿qué edad tiene tu padre? Y qué decían 55... ¡juzú!

1.M. Y además todas vestidas de negro siempre... más vieja, más vieja.

2.H. Antes también salía de su trabajo, se metía en su casa o se metía en el bar a beber, pero normalmente... y hoy nos ha cambiado la vida, ha cambiado pero vamos...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Esta se define desde una concepción directamente asociada a sus mayores más próximos, para los cuales el abandono de la vida laboral y el hecho de alcanzar ciertas edades se traducían en un salto al abismo o un rito de paso prácticamente sin solución de continuidad a la vejez o «tercera edad»

como categoría igualadora que no permitía matices. En ese sentido son apuntadas dos variables sociodemográficas esenciales a la hora de señalar las causas principales de la evolución en la situación de quienes se encuentran en estas edades: la salud y la situación económica. Es un hecho probado, y así lo manifiestan las personas entrevistadas, que en cualquier tiempo pasado la esperanza de vida ha sido menor; se vivía menos y con peor salud, lo cual generaba una percepción sobre los sexagenarios aún hoy vigente en la que se observaba una reducción más acelerada de las capacidades y de la autonomía que se traducía en un envejecimiento con menor salud y una muerte más temprana. Asimismo, con relación a la posición económica, la etapa se caracterizaba por el drástico descenso del nivel adquisitivo de quienes envejecían. Quienes fueron mayores durante la infancia de esta generación eran vistos como sujetos a merced de la explotación familiar de su patrimonio y en manos de los recursos de su prole para hacerse cargo de él, lo cual propiciaba una pérdida muy considerable de importancia en el mercado que, desde una comprensión actual, incapacita a los sujetos para participar en las dinámicas de consumo que articulan las formas de relación con los pares. En suma, ambos fenómenos condicionaban en ese mayor antes «viejo» sus posibilidades de participación social al quedar desplazado y desfasado, ocupando una posición más pasiva y ajena respecto a su integración en los procesos de cambio de un mundo en constante mutación.

2H. Los jubilados y los prejubilados de ahora no son los de hace 10 o 15 años... la mentalidad de la juventud ahora mismo somos gente con 60 y tantos años pero a un nivel que físicamente estamos mejor que la gente de

hace 30 años... ya me acuerdo que la gente de 60 ya era un viejo y ahora con 60 años... yo pienso que eso también ha cambiado...

1M. La gente también se moría antes, la gente se moría antes con lo cual una persona de 70 años era un viejo porque era la de la mortalidad...

2H. Y luego que tampoco tenían dinero. Si es que la gente cuando se jubilaba antiguamente no tenían pensiones ni de 400 €. Si es que eso te condiciona todo en la vida... dice no pero sí, con 400 o 500€, ni con 1000€ no pueden hacer una vida medianamente normal, ni puedes viajar ni puedes tener una relaciones con los amigos porque no, porque hay que comer, hay que tal, hay que ir al teatro, hay que ir al cine, eso no se puede si no tienes un poder adquisitivo y eso es fundamental para ser mayor y que la salud...

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

La combinación de estos procesos y situaciones que retratan un ocaso, por lo tanto, propiciaba la imagen de un rol que se identifica con la figura del «viejo». El contexto mencionado determinaba todo un campo de actividades, actitudes y comportamientos en esas personas que hoy se considera obsoleto y cargado de connotaciones negativas. Para la generación actual de mayores supone la definición de una situación vital con la que no solo no se identifican sino que, además, resulta la pauta a la que con sus estilos de vida tratan de impugnar. Si bien se trata de una forma de vida que aún ejerce de modelo en cuanto referencia presente en sus biografías, para quienes ahora envejecen entraña una figura de oposición: expresan a través de ella lo que no son antes que lo que son; lo que no quieren ser antes que lo que pueden ser. Esta actitud de negación abre todo un campo de análisis en torno a la relevancia que entraña como factor primordial en la explicación de las motivaciones de sus acciones. Presenta una de las apuestas más relevantes que esta generación se plantea con relación a la

imaginación y planificación de la etapa vital que comienza a transitar: ahora que me he jubilado y tengo tiempo por delante, quién me corresponde ser y, sobre todo, cómo puedo envejecer sin ser un viejo.

Ir a un centro de ancianos en primer lugar es aceptar que se es anciano... tú no te planteas que, que ya he cumplido 30 años soy treintañero ¿no? O cuando has cumplido 20, ¿no? Es igual... los 60 pues, pues... pues es la mejor edad de la vida y cuando cumples 70 será también y cuando cumpla 80 deberá serlo también, lo que quiero decir es que no tienes que ir a entrar en un gueto de ese tipo. Eso lleva a que, a que uno envejezca... vamos que mi generación tiende más a eso, que creo que hay un cierto repudio a eso... a... ni a ser llamado tercera edad ni a ser viejo ni a ser mayores o... Yo soy una persona y nada más ¿no?... O sea entonces pues entrar ahí supone que me clasifican como, como... esa etiqueta, esa etiqueta yo creo que no es buena, no es buena y... lo que subyace debajo de la etiqueta... el grupo, pues no es lo mejor...

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

La pervivencia de ese rol del «viejo» en el imaginario de estas personas demuestra que aún no ha sido totalmente superado. Al hecho de que en su propia experiencia la actual generación de jubilados pueda invocar recuerdos de quienes fueron sus mayores en el pasado se añade que las generaciones más ancianas de hoy lo siguen sosteniendo. Pero en ambos casos sí se puede observar un fenómeno inapelable: el sistema de comportamientos que entrafña esta imagen conforma un rol que ya no se corresponde con el desplegado por esta generación. De hecho, en sus discursos se ha manifestado con claridad su voluntad de no desempeñarlo incluso cuando el descenso de sus capacidades les ubique en un lugar análogo al retratado por el mismo. En consecuencia, la posibilidad de esa condición de desvinculación social y obsolescencia

propia de la vejez como estado queda desplazada en el imaginario de estas personas hasta un hipotético futuro en el que sus capacidades de desempeño cotidiano e interacción social se hayan reducido de forma drástica como efecto del declive de la salud. Mientras la salud lo permita, la generación actual manifiesta su absoluto rechazo a acoger el sistema actitudinal que en su imaginario implica la vejez ya alcanzada que en el pasado no precisaba que la persona se viese incapacitada para comportarse como tal.

1.M. Que tenemos edad de viejos, pero no especie de viejos, yo no me siento vieja.

4.M. La edad, la edad está ahí.

1.M. Yo la tengo, la edad la tengo ahí.

4.M. Que no son mayores los que se dicen llamar viejos... solamente los que se quieren llamar porque no hay viejos sino solamente la enfermedad que es la que se entra por la puerta cerrada. Porque una persona que es mayor y por dentro se siente igual porque por dentro... además tú lo vas a saber algún día te vas acordar de mí. Que tarden mucho tiempo...(P)... tú te vas a encontrar mayor porque todo el mundo vamos a más y por dentro te vas a encontrar siempre igual, a no ser que seas un triste, a no ser que seas... un triste.

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Frente a esta imagen oponen la suya propia como personas ocupadas, en movimiento, activas, involucradas en diferentes procesos sociales y vinculadas al mundo como sujetos que gozan de su situación en él. Consideran que su estado de salud es muy bueno aunque se haya reducido en comparación con su juventud y confieren a su cuerpo todo tipo de cuidados sosteniendo estilos de vida «saludables» y vigilando con mimo su estética.

El resultado de este autocuidado se observa en la afirmación de muchas y muchos en torno a la percepción de «no aparentar» su edad. Manifiestan, y esto resulta absolutamente trascendente de cara a lo que pretendemos explicar, «sentirse igual» como expresión positiva de una continuidad con lo que han sido; por haber encontrado estrategias desde las que seguir siendo sujetos merecedores de un reconocimiento público que evidencia su éxito en la transgresión del rol que en principio les deparaba alcanzar sus edades actuales. Es más, definen su situación si acaso mejorada por una liberación de las disciplinas laborales que les permite «que cada uno haga lo que le dé la gana» como demostración de una individualidad que denota el deseo de superación de las limitadas categorías de antaño. Sienten que atraviesan una época propicia para el disfrute y la única mancha en este currículum aparece vinculada a la incertidumbre que genera el futuro. Este aparece en sus descripciones sujeto a una percepción consternada del presente de un sistema político y económico en mutaciones poco favorables para la población media que se proyectan como una preocupación hacia sus hijos (abundaremos en esta cuestión más adelante). Muestran, en todo caso, dinámicas y actitudes que les definen en un rol plenamente integrado en el sistema social que le da forma. Esto implica una resignificación en términos positivos del hito de la jubilación al reducirse su relevancia como punto de inflexión vital debido a que ya no representa el lugar de paso hacia el papel de quien finaliza su vida. Al contrario, en la actualidad se plantea como el rito de transición hacia una época potencialmente mejor que la anterior en la que no es preciso renunciar a la identidad porque la edad ya no resulta un condicionante insuperable para sostenerla.

...y lo de la universidad también porque he conocido a un montón de gente como yo que están dispuestos a salir de su casa y hacer algo, y entonces el ambiente es muy agradable, pero es porque somos el grupo de personas que estamos dispuestos a hacer cosas. No es casualidad que seamos un grupo de personas simpático, extrovertido... y que se apunten a un bombardeo, y es que estás dispuesto a hacerlo previamente. Y la experiencia con los profesores también estupenda porque ellos están felices porque cuando hablan de algo nosotros ya hemos leído, hemos visto obras de teatro, hemos viajado, entonces cuando hablan con nosotros, sabemos de que está hablando, pero no como con los alumnos jovencillos que les tienen que contar que hay un libro que hay un escritor... entonces las clases resultan muy agradables también.

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

Estamos, por lo tanto, ante una modificación sustancial de las formas de afrontar el final de la vida laboral y de vivir el proceso de envejecimiento. Las condiciones en las que se llega a esta situación han cambiado y eso ha permitido desarrollar maneras diferentes de imaginarlo que se están traduciendo en prácticas concretas impensables hace solo unas décadas. Las expectativas de una persona que ronda los sesenta y cinco años de edad ahora se construyen desde la noción de contar con más de veinte años por delante y muchos de ellos en un estado de salud y desde una situación económica que le permiten planificar y desarrollar diversos proyectos personales con la satisfacción personal como motivación principal. Ha cambiado el sentido que estas edades poseían dentro del proyecto vital de las personas; el sentido desde el que comprendemos esta etapa vital. Veamos por qué.

1.2. Cambios en la construcción cultural de las etapas vitales

El concepto etapa delimita una fase diferenciada dentro de un proceso general. Durante esa fase acontecen fenómenos propios de la misma que nos permiten identificarla. De este modo, con relación a la comprensión de un ciclo vital dividido en etapas, la edad se configura como la variable que instaura lo que debe suceder en las mismas; como una condición dotada de un poder ordenador sobre los campos de actuación de los sujetos y sus atribuciones como actores y actrices en ellos (Freixa, 1996). En la medida en la que muchos de los fenómenos que dan sustancia a una idea concreta que tenemos de la etapa de la jubilación han mutado, podemos afirmar que ésta ha perdido vigencia a la hora de describir cómo viven los sexagenarios y las sexagenarias en la actualidad. Son otras las condiciones y delimitan otra etapa cuyo sentido aún se mueve en un terreno indefinido en la comprensión de nuestros interlocutores. De hecho, la visión de las personas que se encuentran en este momento coincide en señalar como representación más visible de este cambio a la desaparición de los roles del pasado y de las consiguientes expectativas o «enfoques» que afirmaban su sentido.

¿PERCIBÍS QUE ES QUE ESTÁIS VIVIENDO UNA ETAPA QUE NUNCA HA EXISTIDO EN LA VIDA?

1H. Bueno eso yo no lo sé, hombre yo pienso que siempre ha existido esa etapa.

1M. Pero enfocada de otra forma.

1H. Tal vez enfocada de otra manera, sí, porque a esos años ya eras un anciano.

3M. La expectativa de vida ha cambiado..., a lo mejor los 60 años de nuestros padres no son los de ahora. Mi marido va cumplirse sesenta años en junio y es que no es mayor en absoluto.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

Los roles cambian porque las estructuras que los dotan de significado lo han hecho de forma previa, pero esto no implica de forma necesaria una conciencia sobre el proceso. Simplemente algunos comportamientos van revelándose más eficaces ante las nuevas situaciones y escenarios que plantean esos cambios. Las personas entrevistadas se describen como personas mayores con comportamientos que las alejan de la representación dominante de tal condición hasta hace pocos años. Sin embargo, esta definición genera una incertidumbre en torno a lo que significa la etapa vital que transitan debido precisamente a que no desempeñan los roles que tradicionalmente se han asociado a la misma. Se sugiere, en consecuencia, que la edad ya no determina como antes el marco de posibilidades de acción de los sujetos. Resulta obvio que las actitudes que presentan estas personas no han tenido una irrupción instantánea, sino que son producto de un proceso de transformación social paulatino y, a su vez, asociable a los cambios que viene renovando esa imagen desde hace décadas en España. La novedad, por lo tanto, no reside en el rol sino en su consolidación; en su normalización como tal, la cual ha entrañado todo un proceso de luchas particulares por romper las barreras culturales que limitaban las posibilidades de acción de los sujetos. En ese sentido, los relatos de nuestros interlocutores abundan en imágenes de mayores del pasado que ya manifestaban actitudes y comportamientos análogos a los suyos del presente que, desde lo excepcional de su condición debido al momento en

el que fueron desarrollados, son consagrados como referentes de especial valía de cara sus propias expectativas de envejecimiento.

AT2: Decía, tu madre, para que veas tú la mentalidad, tu madre es una antigua, es que es una antigua, pero bueno. Nuestra abuela era genial, como nos hemos reído con ella, todos los nietos, eh. Porque siempre nos estaba invitando a todo, siempre, veniros a comer todos los que podáis, y nos reuníamos ahí y nos lo pasábamos pipa. O sea que era una abuela muy divertida... Tú fíjate, jugaba partidas de póquer con las amigas en casa... nos hemos reído... Pues no sé, a mí me gustaría ser más como mi abuela cachonda, qué quieres que te diga, aunque ahora no se tienen ya los nietos antiguos, no se ha casado, y mi hija no sé yo, no les veo con ganas de tener uno.

(GD2: Mujeres jubiladas y amas de casa, Madrid)

«Ser una antigua» implica una condición sociohistórica sobre el ser; una comprensión de los roles asociable a los momentos en los que estos tienen un sentido atribuido por la cultura. Las modificaciones en las pautas de comportamiento asociadas a la función esperada de una persona mayor en el grupo, instituidas sobre la base que aportaba la edad como un criterio específico de ordenación social, nos invitan a realizar un análisis de mayor profundidad en torno a la naturaleza de los cambios acaecidos en las estructuras sociales que daban un significado a esas conductas (Freixa, 1996). El aumento de la esperanza de vida no explica por sí solo la transformación radical de los roles desempeñados durante un periodo ahora prolongado. La normalización de lo que antes resultaba excepcional da cuenta de un proceso de integración en el imaginario cultural de las actitudes que se rebelaban contra las imposiciones del rol que se debía desempeñar al alcanzar las edades asociadas a la vejez. Al reivindicar modelos que representaron una disrupción en el pasado se

sugieren procesos de largo recorrido que conciernen a las formas de organización social bajo cuyos criterios se estructuran las trayectorias de la población. Hablamos, por consiguiente, de una mutación en la concepción clásica de lo que entendemos como las etapas vitales de las personas que ha tenido un efecto sobre la forma en la que estas ocupan sus posiciones en la sociedad.

La innovación social se da cuando existen unas condiciones propicias para ella. No suele deberse a comportamientos espontáneos puesto que, aún cuando no se haya propugnado una normatividad sobre los mismos, estos surgen como respuesta a nuevas posibilidades de actuación en un contexto cuya transformación ha incitado un espacio para ellos. La cultura, sin embargo, entendida como visión del mundo compartida que define las formas de vida posibles dentro de un grupo social determinado, tiende a realizar una incorporación de las actitudes innovadoras a posteriori, cuando ya han rebasado su condición de extraordinarias. La puesta en marcha de todo orden social dispone los principios morales que lo sustentan en forma de normas que los sujetos interpretan, interiorizan e incorporan de forma paulatina a su acervo de hábitos de tal forma que lo normativo termina deviniendo normalidad. Existen normas generales y normas particulares de cada ámbito o campo de acción de la vida social y cada sujeto suele desenvolverse en varios a la vez ocupando diferentes posiciones o roles relativos a cada uno de ellos. Estos campos de interacción generan sus propios patrones de comportamientos eficientes ante unas reglas del juego dadas. La repetición de estos comportamientos afirma el sentido de los roles y la repetición de estos roles sostiene estereotipos que ejercen de referentes culturales en cuanto a las formas de comportarse. Lo habitual es que reproduzcamos roles aprendidos. Cuando

estos roles se tornan ineficaces debido a los cambios en los campos, generamos nuevas pautas de comportamiento en cuya repetición se comienzan a construir nuevas formas de interacción que, cuando resultan afines a los valores emergentes, se adecuan mejor a esas estructuras renovadas.

La emergencia de nuevos patrones de comportamiento por parte de las personas mayores representa una respuesta, como venimos apuntando, a los cambios acaecidos en sus escenarios vitales. Y estos cambios, en desarrollo desde mediados del siglo pasado y aún en proceso, comienzan a mostrar sus efectos transfigurando el rostro de una sociedad ordenada bajo criterios que, en lo referido a los objetivos de la presente investigación, han afectado a la construcción misma del sentido que la cultura confiere a los ciclos vitales de los sujetos parcelados en torno a una serie de ritos de paso que definen etapas de la vida. Por ello durante las próximas páginas desarrollaremos una reflexión en torno a los motivos de estos cambios cuyo impacto ha incidido directamente sobre la forma de comprender la vida y se expresa en la forma en la que los sujetos se desenvuelven en el mundo en la actualidad.

1.2.1. Ciclo vital y sistema económico

La construcción del concepto de etapa vital tal y como lo hemos conocido durante el siglo xx en Occidente se encontraba estrechamente asociada a los ámbitos de desenvolvimiento cotidiano de los sujetos (ámbitos institucionales como la familia, la escuela, el trabajo, etc.). Estos aparecían vinculados a través de un marco legal a las edades en las que supuestamente representaban el espacio de participación social primario de los sujetos. En consecuencia,

el itinerario vital de una persona seguía un camino marcado por la relación con esas instituciones. Los tránsitos de un ámbito a otro representaban hitos socialmente reconocidos que anunciaban el cambio de etapa; la entrada en la siguiente «edad» (Ulrich, 2004). En la comprensión de las mismas latía una construcción de su sentido a través de su relación con un sistema económico determinado, por lo que las funciones de cada etapa se perfilaban en base a las presuntas capacidades de los sujetos para participar en el sistema que articulaba el trabajo. Puesto que las modificaciones acaecidas durante las últimas décadas en este modelo de gestión de la producción, coincidentes en el tiempo con la trayectoria vital de la generación estudiada, han conllevado profundas implicaciones con relación a la comprensión del papel de la carrera laboral en la construcción de los proyectos vitales de los sujetos, a continuación revisaremos de forma somera las características que definen a cada sistema. A través de su análisis esperamos ofrecer claves para el entendimiento de los cambios que han propiciado la modificación de la concepción del ciclo vital desde la que nuestra cultura otorga sentido a las etapas vitales, y dotar con ello de argumentos a nuestra hipótesis con relación a la transformación de la etapa vital del envejecimiento tal como la conocíamos.

1.2.1.1. «Fordismo» y construcción del proyecto vital en torno al trabajo

El capitalismo reinante hasta la década de los años setenta, es decir, el que vivieron los padres de esta generación y en cuya visión del mundo fueron educados sus integrantes, fue un capitalismo de concentración de la producción y de la propiedad. Ordenaba los espacios y los tiempos de las fuerzas productivas con el objetivo de que la producción concentrada superase la

suma del esfuerzo de las partes que la componían. Y para su consecución precisaba una gestión de la población que entrañaba una disposición determinada de su itinerario vital a través de diferentes escenarios institucionalmente demarcados que daban cuenta del momento en el que el sujeto se encontraba con relación al sistema de producción (lo cual significaba una construcción profundamente androcéntrica puesto que las mujeres tenían una relación residual con los ámbitos de producción reconocidos institucionalmente). La familia y la escuela dirigían el potencial de los sujetos y el cuartel y la fábrica se ocupaban de su potencia. Las personas mayores, por su parte, carentes de ambas condiciones, quedaban confinadas al hogar o el asilo como lugares de exclusión para quienes ya nada atesoraban de cara a la productividad. De este modo, se generaba una suerte de «cultura de las edades» marcada por las etapas en las que se atravesaba cada uno de estos espacios institucionales cerrados y organizados en razón de su relación con el sistema laboral. El ciclo vital de los sujetos, en síntesis, estaba diseñado en buena medida bajo criterios organizativos de la producción que lo dividían en tres etapas principales y presumiblemente estables: formación, trabajo y retiro (Alonso, 2004). La entrada en una suponía la finalización de la anterior, y las experiencias propias de cada periodo imprimían un sentido determinado, un «deber ser» sobre las cronologías de los sujetos desde el que se concebía la idea de un trayecto vital progresivo dividido en fases dotadas de un significado específico. La carrera laboral marcaba un camino prefijado y en principio los trabajos eran «para toda la vida». A esta condición se agregaba la red de seguridad que aportaba la universalización del derecho a las necesidades básicas e intermedias de la población como

función del estado. A través de las políticas económicas keynesianas que cristalizaron en la conformación del llamado Estado de Bienestar se afianzaron los cimientos sobre los que se edificaban los proyectos vitales de los sujetos (Castel, 1997). Ello resultaba en un relato de vida de lectura lineal y sobre el que los sujetos escribían su propia biografía desde la noción de lo que podía representar su futuro en base a ese relato; desde la referencia que aportaba el mismo sobre quiénes eran y quiénes podían ser dando continuidad al camino seguido.

En ese sentido, los ciclos vitales de las mujeres, carentes del sistema de referencias que marcaba la vida laboral, aparecían vinculados a su periodo de fertilidad (anterior tanto en su inicio como en su finalización al periodo laboral de los varones, lo cual permite pensar una suerte de analogía desacompañada con relación a las etapas vitales masculinas) y a las atribuciones conferidas al mismo (cuidados de niños y ancianos, gestión del espacio doméstico, etc.). Sin embargo, sus proyectos vitales no se definían sobre esa expectativa al verse supeditados a los ritmos que incorporaba la trayectoria de los varones. En un difícil y, en muchas ocasiones, frustrante encaje para ellas, la imaginación de sus proyectos se sometía a la inevitable adaptación a los plazos de sus cónyuges como meros aditamentos de un proyecto ajeno. Su espacio de satisfacción quedaba así asociado a la realización de la identidad heterónoma que les confiere nuestra cultura de géneros, esto es, para y a través de los otros, lo cual se traducía en un correcto desarrollo de la entidad familiar a cuya «cabeza» se sometían sus decisiones (Freixas, 2008). De este modo, la influencia de la construcción del relato vital predecible que disponía la organización del trabajo adquiriría,

por pura desigualdad, un carácter universal en las llamadas economías desarrolladas que pronto entraría en declive (Sennet, 2006).

2M. Porque si no te casabas no podías salir ni podías hacer nada.

1M. Y yo, y yo ¿qué te crees?... y encima lo de hacer el servicio social, te casabas y te podías sacar el carnet de conducir (...) o si no, no te podías sacar el carnet de conducir, pero cogías, te casabas y santas pascuas.

3H. Te liberabas con el casamiento ¿no?

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

AC1: Yo empecé a trabajar, pero yo tengo cinco hijos, y mi marido ha pasado por distintas crisis, de tener puestazos buenísimos, y quedarse en el paro. Yo, una de las veces que mi marido se quedó... al principio, es que era un equipo, mi familia es una empresa, mi marido es el presidente y yo soy la consejera delegada. Yo he llevado la economía de mis hijos, porque mi marido ha estado toda la vida trabajando como un negro. Entonces yo para mí siempre digo yo no estoy arrepentida de haber dejado... yo he trabajado en periodos en una tienda, pero es que lo que lo he tenido que dejar, porque luego la vida te va marcando las pautas.

(GD2: Mujeres jubiladas y amas de casa, Madrid)

1.2.1.2. «Postfordismo» y dilución de los relatos vitales lineales

La crisis de rentabilidad del capital, que adoptó sus formas más célebres en las crisis del petróleo durante los años setenta, detonó las transformaciones en el modelo fordista keynesiano para adaptarlo a un proceso de globalización económica que precisaba una aceleración de los ciclos de transacciones. Esto, entre otros muchos efectos, conllevó la desregulación, aún en marcha, de los mercados a favor de la rentabilidad privada

frente al interés colectivo (aludimos de forma reduccionista a un proceso complejo cuyas explicaciones no son menester de este estudio, por lo que invitamos a acudir a la abundante bibliografía que lo describe). El impulso al desarrollo tecnológico en marcha desde la Segunda Guerra Mundial permitió sustituir a la mano de obra en diversas funciones y abaratarla mediante su deriva masiva hacia el llamado tercer mundo, proceso que implicó la consabida decoloración paulatina de los cuellos azules a los blancos de una parte importante de la población trabajadora occidental. Con la producción desplazada a un papel secundario, el denominado *postfordismo* dispuso un capitalismo de superproducción cuya evolución, unida al desmantelamiento del anterior sistema, ha acompañado los pasos de la generación que estudiamos hasta el momento presente. Éste relega la compra de materias primas y la venta de productos terminados a un segundo plano en favor de la compraventa de servicios y valores asociados a los mismos. Su constante circulación y fluctuación es la que genera riqueza y, en ese proceso, torna obsoletas las instituciones del pasado al no disponer, en el modo en que estaban configuradas, de la flexibilidad que precisa un sistema cambiante. En él nada permanece ni termina, todo muta sin cesar: la fábrica como espacio de concentración se transforma en la empresa deslocalizada; el régimen escolar de la infancia y la primera juventud se ve desplazado por la necesidad de formación continua a lo largo de toda la vida; la familia se compone y se recompone varias veces en la trayectoria del sujeto y admite formas impensables en el sistema anterior; la sanidad se sectoriza e inventa estrategias de atención que revocan su condición de espacio cerrado a través de la

medicalización de la población, de la atención domiciliaria o de los hospitales de día. Ejemplos entre muchos que aluden a la con frecuencia mencionada «crisis de las instituciones» que, directa o indirectamente, da cuenta de este cambio en los objetivos del poder que impulsa las modificaciones en los criterios que rigen la articulación del Estado de Bienestar que daba forma a estas instituciones (Deleuze, 1999). Frente a la disciplina, el control; frente a la concentración, la dispersión; frente a lo cerrado, lo abierto; frente al estatismo, el movimiento. Las etapas o edades antes construidas con relación a unos ámbitos de desempeño que ya no ejercen como tales, o al menos no del mismo modo, diluyen sus formas de antaño y marcan caminos menos predecibles, más sinuosos. La carrera laboral fragmentada sigue representando una matriz explicativa de los itinerarios seguidos por los sujetos en cuanto que hablamos de itinerarios vitales igualmente fragmentados, pero el verse construida sobre la incertidumbre ya no puede sostener por sí sola la planificación de un proyecto vital que no puede arriesgarse a verse despojado de sus bases de forma recurrente (Sennett, 2006). El relato vital del sujeto construido en torno a la dimensión simbólica del trabajo y las necesidades objetivas del mercado laboral como marco secuenciador de la experiencia del individuo en el grupo, en conclusión, se difumina.

Que en una empresa de dos mil trabajadores, trabajaba yo en los años setenta, ¿vale? Pues desde el setenta y cinco... todo eso se ha perdido, se ha perdido todo, todo..., y vosotros, vosotros, la juventud vais a tener un trabajo aquí, otro allí, igual que el matrimonio.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

1.2.2. Una generación entre ambos sistemas

El esquema bajo el que se concibe el ciclo vital, entonces, se ha modificado, pero ¿dónde se ubican las trayectorias de los sujetos pertenecientes a esta generación? El relato ofrecido por nuestros interlocutores da fe de su posición intermedia entre ambos modelos de vida. Sus trayectorias no han sido tan estables y predecibles como las de sus padres, pero la planificación de sus proyectos vitales sí ha respondido a las expectativas que generaba la concepción de un ciclo vital dividido en etapas progresivas asociadas a la situación laboral. No se produce un discurso homogéneo porque, mientras algunos sujetos han podido sostener aún carreras laborales «clásicas», otros, generalmente las personas más jóvenes con las que hemos dialogado, se han visto alcanzados por la desregulación y atesoran itinerarios mucho más fragmentados. Los efectos más crudos de estos cambios que ha implicado el advenimiento del modelo de economía capitalista flexible les han alcanzado en el final de sus carreras laborales, encontrando algunos acomodo a través de las jubilaciones anticipadas o viviendo otros la «tragedia» de ser despedidos sin solución de continuidad a pocos años de terminar su ciclo de aportación al sistema. Su experiencia, en suma, ha atravesado las condiciones que atribuimos a ambos sistemas, si bien el modelo de comprensión desde el que explican sus trayectorias responde a la concepción fordista del ciclo profesional, razón por la cual manifiestan su incompreensión ante las contradicciones que encierra una finalización de la vida laboral en condiciones que se contraponen a los esquemas bajo los que fue iniciada.

... es que tenemos algo que se contradice totalmente: jubilación obligatoria hasta los sesenta y siete años, hasta los sesenta y siete, sí o sí; luego te prejubilas con cincuenta y ocho, sesenta años... Es un choque brutal, así no se entiende qué hacer...

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

1.2.3. Desaparición del modelo de comprensión del ciclo vital vigente

Quienes han realizado sus vidas laborales entre la década de los sesenta y el momento actual, fueron educados en una comprensión del mundo regido aún por grandes relatos y, a lo largo de sus biografías, han acompañado su dismantelamiento. Todos comparten, en consonancia con lo observado, la percepción de que ese tipo de trayectorias fijas se extinguen con su generación. Esta percepción encierra consecuencias de gran relevancia sobre la forma en la que son comprendidas en la actualidad las etapas vitales. En base a las posiciones marcadas por la carrera laboral estable se conformaba un tipo de «cultura de las edades» que ya no se corresponde con las situaciones que los sujetos viven en los periodos que ésta designaba (Seguí Cosme y Alfageme, 2008). Las etapas vitales clásicas (formación, trabajo y retiro) pierden los referentes que suponían sus hitos de entrada o transiciones entre unas y otras (terminar la escuela, acceder a un trabajo en una empresa o fábrica, jubilarse...) y se entremezclan de tal manera que carecen de sentido como constructos explicativos de las fases que atraviesa una historia de vida fragmentada por la flexibilidad. Esta situación abre una problemática de enorme trascendencia (y que la presente investigación no puede abordar como mereciera) al poner en entredicho la eficacia de un sistema legal e institucional que reparte derechos

y deberes en base, entre otras, a la presunta capacidad clasificadora de esta construcción cultural de las edades (Guillemard, 2009). Ello provoca que la concesión actual de atribuciones hacia distintos segmentos poblacionales en base a la edad se esté mostrando desfasada con relación a las situaciones que pretende cubrir. Acontecimientos especialmente significados en nuestra cultura como los tiempos de formación, los periodos de ocupación laboral, el matrimonio, la procreación, la conformación de un hogar propio, la jubilación, el deterioro de la salud asociado al envejecimiento, etc. ya no suceden, en muchos casos, en los momentos vitales previstos por nuestro sistema legal, y reducen de forma significativa la capacidad de respuesta del Estado ante las necesidades que encierran. De ahí que la emergencia de actitudes, comportamientos y respuestas en apariencia impropias de las etapas vitales en las que suceden esté dando cuenta de la obsolescencia de un modelo y no de la extravagancia de los fenómenos que acontecen en él. La representación del ciclo vital dividido en etapas lineales a las que se confieren propiedades y que son atravesadas de forma progresiva, en conclusión, se muestra inadecuada para contener las experiencias de los sujetos que desarrollan sus proyectos vitales en la actualidad.

En relación con la cuestión que nos ocupa, la significación otorgada al periodo de la jubilación por parte de quienes transitan las edades que se le asocian, estamos ante un fenómeno de gran magnitud debido a su incidencia sobre el modo en el que los y las integrantes de esta generación afrontan y reconstruyen la etapa vital que les espera. En semejante escenario de indefinición, quienes ahora alcanzan estas edades se encuentran con una apertura inédita de los límites que definen lo que se espera de una persona mayor. De

ahí la insistencia en sus discursos en la desidentificación hacia un rol cuyas características respondían a un marco de sentido que ahora se desdibuja. La obsolescencia del modelo explicativo que prescribía las situaciones vitales que correspondían a cada etapa de la vida encuentra su reflejo en la percepción de libertad que las personas entrevistadas manifiestan con relación a los roles que deben desempeñar en cada fase de su trayectoria. La percepción de corte asociada a la edad de jubilación y la relevancia simbólica de los sesenta y cinco años se han atenuado, por lo que quienes atraviesan estas cronologías en sus biografías perciben como menos influyentes las categorías que en el pasado dictaminaron cómo debían comportarse las generaciones anteriores de mayores. Oponen la continuidad de quienes fueron («me veo bastante igual») frente al cambio de comportamientos que implicaba la adopción del rol de la persona mayor y señalan de forma constante la irrelevancia de la edad como elemento diferencial del ser. Constatan la progresiva pérdida de un sentido de transición hacia una nueva etapa vital atribuido a las edades de jubilación; el desencaje observado entre la jubilación y las formas de ser que ésta definía como puerta de entrada al envejecimiento (San Román, 1990). Por ello, retomando la hipótesis que abría este capítulo en la que proponíamos que la edad ya no da cuenta por sí sola de la situación y las expectativas de los sexagenarios de hoy en día, podemos confirmar que, debido a la desaparición de las trayectorias laborales que dotaban de significado a la cultura de edades vigente, la etapa vital y los roles asociados a la edad de jubilación están desapareciendo por pura falta de sentido en el nuevo sistema, liberando a las nuevas generaciones de personas mayores de comportarse como en el pasado se habría esperado de ellos y ellas.

MARCAS MUCHO UN CORTE CON RELACIÓN A TU GENERACIÓN LLEGANDO A ESTAS EDADES ¿QUÉ CREES QUE LE DIFERENCIA DE CUANDO LLEGABA TU MADRE...?

Bueno no sé, nosotros tal vez estamos más acostumbrados a hacer más cosas y tenemos menos idea de que una cosa corresponde a una edad determinada. Es decir, que tanto para vestirse como para muchas otras cosas creo que somos más relajados. La generación de mis padres todavía era verdaderamente rígida... tantas cosas de lo que se podía hacer, no se podía hacer, esto que no lo puede hacer una persona mayor, esto sí, eso yo ni me lo he planteado... vosotros ¿que años tenéis ahora que tenéis 20 y...? si yo con la gente de vuestra edad, yo he tenido mucha relación con ella, pero yo no me atrevería a decir cómo son los chicos de 17 ahora. Claro yo no lo sé, pero bueno no me veo tan diferente de vosotros, vaya o sea no me veo tan diferente aparte de los años que pueda tener en cuanto a mentalidad y una serie de cosas yo me veo bastante igual.

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

1.3. Nuevas formas de comprender la entrada en el envejecimiento

La desaparición de las trayectorias sobre las que se asentaba nuestra comprensión del ciclo vital de las personas dentro de la sociedad nos aporta, como hemos visto, una primera argumentación de peso con relación a las razones que motivan el cambio en las estructuras sociales que dotaban de sentido al rol del mayor ahora impugnado. La atenuación del poder vertebrador que la carrera laboral ejercía sobre la construcción de los proyectos vitales, no obstante, ha tenido una repercusión de mayor amplitud que altera de forma significativa la concepción que las personas entrevistadas tienen de la relevancia del hito de la jubilación en sus vidas. Los efectos del cambio del sistema de producción no solo dan cuenta de la desaparición de un modelo

de comprensión del significado social de las edades, sino que trazan, además, toda una cadena de consecuencias con relación al papel del trabajo y del consumo en la conformación de las identidades de las personas integrantes de esta generación. Dichas consecuencias serán descritas a continuación en virtud de su trascendental relevancia a la hora de explicar las motivaciones y las posibilidades del rechazo manifestado por parte de las personas entrevistadas respecto a la perspectiva de desempeñar el rol que en el pasado adoptaron las personas que llegaban a esas edades. Analizaremos, en consecuencia, la relación particular que esta generación ha establecido con el consumo como campo y práctica de expresión y conformación de sus identidades. Con ello pretendemos revisar de forma pormenorizada la forma en la que vinculan el desarrollo de sus estilos de vida a la continuidad de una personalidad que, en lugar de adaptarse a las supuestas premisas que disponían la adopción del rol de la persona mayor al llegar a los escenarios del envejecimiento, traza a través de su permanencia la prolongación de lo que se ha sido y realizado durante la etapa que vinculamos a la vida adulta. Comprobaremos, en suma, cómo el desplazamiento hacia el campo del consumo de la vinculación antes establecida hacia el campo del trabajo ha propiciado un contexto de nuevas posibilidades en la forma de «ser» mayor que revierte el significado que hasta ahora atribuíamos a la edad de jubilación como momento de entrada en el envejecimiento.

1.3.1. Consumo e identidad en el capitalismo flexible

La consecuencia más relevante del proceso de desregulación de los mercados se manifiesta en la creciente inseguridad en el trabajo que está

abandonando a la deriva a quienes pretenden construir sus proyectos vitales en torno a él. Estamos ante un cambio que ha alterado, como hemos visto, el significado otorgado a los ciclos vitales de los sujetos divididos en etapas organizadas en base a la relación con la producción, desactivando los modelos de comprensión que estas marcaban con relación a la forma de planificar sus proyectos vitales. Esto propicia, por pura necesidad, que las identificaciones y las pertenencias que generaba el mencionado sistema se hayan desplazado hacia otros referentes. Pese a que los cambios expuestos no hayan determinado, por lo general, las trayectorias de estos sujetos hasta los últimos años de sus biografías, la conformación de estas nuevas identificaciones y, por extensión, de estas nuevas identidades, sí está ofreciendo efectos sobre las formas en las que comprenden su posición en la sociedad y las formas relacionarse con ella durante su envejecimiento.

Hablamos de una «crisis del trabajo» sobre la cual articulamos buena parte de nuestras explicaciones con relación a la definición del perfil social de las nuevas generaciones de mayores. En torno a ella se originan en cadena los cambios en las formas de consumo y en la dinámica del Estado de Bienestar en cuanto espacio privilegiado de los consumos públicos. La destrucción de un modelo de trabajo relativamente grupal y estable que ha propiciado el proceso de desregulación e individualización en pos de la flexibilidad postfordista, ha alimentado una segmentación sociolaboral que está debilitando su fuerza como ámbito de referencia capaz de suscitar identificaciones. La fragmentación de las empresas y la precarización de las condiciones de trabajo ha disgregado los grupos de defensa de los

intereses de la clase trabajadora y reducido enormemente la posibilidad de existencia de un colectivo socialmente reconocido cuyo eje se encuentre en la vida profesional. Se trata de la conformación de un espacio social en el que prima la individualización de sus partes y el «sálvese quién pueda»; un ámbito marcado por la inseguridad cuya compensación para los sujetos se está buscando en el desplazamiento de su función hacia la seguridad que ofrece el consumo (Rodríguez Cabrero, 2002). Este, en un proceso simétrico con relación a la desregulación laboral, se ha ido regulando y organizando de forma que las asociaciones de consumidores están tomando parte del espacio de representación que ocuparon en su momento los sindicatos. Las posibilidades del consumidor se han multiplicado y la aceleración de la producción permite ciclos de vida mucho más cortos para unos productos diseñados para tener un impacto máximo en su entrada en el mercado y una caída en desuso inmediata tras su adquisición. El destino de la producción es el «ahora» como único tiempo pensable y el «yo» como sujeto social protagonista de la escena construida. En semejante contexto las formas grupales de consumo no desaparecen, pero los consumos privados se disparan y trascienden el sentido de emulación aspiracional bajo el que se efectuaban en las anteriores fases de la sociedad de consumo para canalizarse hacia una suerte de estimulación narcisista de un sujeto separado de sus pares. De esta forma, con el «nosotros» en estado crítico, el consumo privado se fragmenta y va ocupando un lugar como espacio expresivo del yo en el grupo; representa, en la actualidad, el mecanismo de integración social del ciudadano en cuanto consumidor en una sociedad consagrada al consumo.

El capitalismo flexible segmenta las identidades genéricas (y pasivas) de los grandes grupos sociales y nos remite a grupos mucho más complejos constituidos en torno a los subestilos de vida de clase media desplegados en torno a diferentes arquetipos de consumo (Conde, 1994). La adquisición de cierto tipo de objetos tangibles e intangibles que conforman universos simbólicos por sí mismos (categorías de consumo en las que nos encuadramos y con las que nos identificamos) adquiere un sentido de proyección de una imagen deseada al tiempo que fácilmente sustituible, siempre presta a ser renovada para responder a las necesidades del momento (Baudrillard, 2009). La ética del trabajo de esta generación (ya mermada, como veremos, debido a su desconfianza hacia la institución que representa el trabajo, pero aún vigente en todo caso en sus discursos), que lo postulaba como un deber moral, se va sustituyendo por una estética del consumo de sus hijos en la que el trabajo adquiere un valor instrumental de cara a la obtención de recursos monetarios desde los que costearse la identidad deseada (Bauman, 1999). Las identificaciones clásicas pierden así su capacidad clasificadora de antaño; la expresión del yo se ve menos determinada por la expresión grupal que ordenaban las grandes categorías de antaño (clase social, género, edad...). El mensaje consiste en que, a través del consumo, uno pueda ser «lo que quiera» sin riesgo de censura en la medida en la que sea capaz de sufragar esa elección entre el repertorio de arquetipos que ofrece el mercado. El reconocimiento social de los sujetos se realiza en base a su calidad de consumidores antes que de trabajadores y las historias que genera el proceso de consumir son efímeras y fungibles: incapaces de generar una narración que se prolonga en el tiempo.

1.3.2. El significado del consumo para esta generación

Para las personas entrevistadas, la hegemonía del consumo privado como práctica social masiva que canaliza las relaciones y compone las identidades en el grupo resulta una acentuación desmesurada de la evolución de la sociedad de consumo en la que han vivido. Señalan de forma constante una brecha entre la mentalidad hacia el consumo de sus hijos y la propia aun cuando se reconocen a sí mismos como una generación consumista. Su discurso no se orienta hacia una reflexión crítica en torno al consumo sino hacia las condiciones de imposibilidad para el mismo que suscita el actual contexto económico. Consideran que los jóvenes no se están adaptando a un escenario de precariedad y observan con cierta indignación cómo éstos despliegan formas de consumo que no les corresponden. El mensaje en este sentido resulta paradójico pues, si bien no aprueban la vida «derrochadora» de sus hijos, éstos, al mismo tiempo, como generación plenamente integrada e identificada con las formas actuales de consumo, representan un modelo para sus mayores en cuanto a la forma de significar el consumo como práctica social que les permite integrarse en la sociedad. El consumo aparece, así descrito, como una forma de expresión personal vinculada de forma directa al ejercicio de la libertad individual y une en su despliegue a diferentes generaciones que se observan e imitan de forma recíproca.

¿CUÁLES SON ESAS COSAS CON LAS QUE VOSOTROS DEFINIRÍAIS TAMBIÉN COMO VUESTRO ACCESO A ESA LIBERTAD?

3M. En hacer lo que quieres, en salir cuando quieres y no dar cuenta nadie y hacer de viejo lo que tienen ahora nuestros hijos adquirido siendo jóvenes, es claro...

1M. Pero y en todo... porque yo por ejemplo me fijo, no ahora, que yo ya os he dicho que mis hijos son mayores, pero cuando mis hijos tenían sobre todo mi hija tenía 20 y pocos años, de alguna forma ella entendía que tenía que ir a los restaurantes o pedir el vino que nos oía hablar en casa, o sea, ella consideraba que eso era lo que le correspondía y yo le decía muchas veces: pero chica, es que cuando papá y mamá tenían tus años lógicamente no vivíamos como vivimos ahora.

3M. Eso si tuvieran más poder adquisitivo...

1M. No, es que lo tienen en general lo tienen y no tienen obligaciones.

3M. Pueden ir a restaurantes, pueden hacer una serie de cosas que nosotros no hacíamos... que nosotros sí hacemos ahora.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

Este fenómeno resulta, como venimos anticipando, de gran trascendencia de cara a los interrogantes que nos hemos planteado en esta investigación. Estudiamos a una generación educada en un sistema de organización social en torno al trabajo que a lo largo de su trayectoria ha ido observando cómo éste se desmoronaba como elemento vertebrador del mundo en el que crecían sus hijos. Las categorías en base a las cuales se definen aún aluden al trabajo (formal e informal) como elemento esencial en la comprensión de sus identidades, pero, de manera simultánea, otorgan al consumo todo el sentido de realización de sus proyectos vitales en cuanto que éste supone un reconocimiento a los esfuerzos desarrollados para la consecución de sus relatos de vida. En esas narraciones su promoción social, es decir, la notable mejoría de su calidad de vida con relación a la que recibieron de sus padres, supone uno de los motores esenciales que explican las motivaciones

por las que se han conducido de una forma determinada en sus vidas. Estamos, por lo tanto, ante una generación «bisagra» entre la absoluta trascendencia del trabajo como obligación moral y factor de realización personal de sus padres y la transferencia de ese sentido al consumo que efectúan sus hijos. Esta condición anfibia les ubica en un lugar inédito hasta ahora de cara a las formas en las que pueden afrontar su envejecimiento dado que, para ellos y para ellas, la finalización de la vida laboral, por dificultosa que resulte, no entraña la interrupción del único hacer que les definía ante el mundo. No se sienten viejos, como veremos, porque la continuidad otorgada a sus estilos de vida (Bourdieu, 2012) no les posiciona en un lugar de renuncia a todas las actividades en virtud de las cuales se reconocían y eran reconocidos ante el mundo. Esos estilos de vida conducen las formas en las que se desempeñan los roles; las identificaciones hacia ciertos modos de comportarse en la sociedad de consumo. En ese sentido, roles pretéritos como el de la persona mayor o vieja se ven, en la forma en la que eran comprendidos, profundamente modificados y abocados a la desaparición como tales al otorgar a la edad de jubilación un significado de finalización de las funciones del sujeto en la sociedad que ya no posee.

2M. No sé, pero yo por ejemplo no he tenido oportunidad de viajar durante toda mi vida pues porque mi estatus no me lo ha permitido y ahora estoy haciendo algo que me enloquece, estoy conociendo toda Europa, estoy viajando todo lo que puedo y... es algo que no he hecho nunca, entonces estoy disfrutando más... muchísimo.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

1.3.3. Desvinculación de los roles y la edad

En este punto resulta importante rescatar la reflexión realizada previamente en torno a la obsolescencia en el capitalismo flexible de la «cultura de las edades» anterior. En ella explicábamos que la modificación en la comprensión que tenemos del ciclo vital está ampliando el campo de acción de los sujetos de forma que los roles que ocupan ya no se atienen con la rigurosidad de antaño a sus carnés de identidad ni a las trayectorias atesoradas bajo su cifra. Tener cierta edad ya no determina, salvo en los extremos de lo que consideramos la cronología de un sujeto, ni sus actitudes, ni sus prácticas, ni los escenarios en los que serán desplegadas. En ese sentido, la toma en consideración del efecto de la desregulación laboral sobre las relaciones sociales y las formas de expresión de la identidad resulta una segunda (y paralela) línea de análisis de esencial relevancia para entender la apertura hacia nuevas formas de ser mayor que despliega esta generación. Valga como ejemplo la normalización de conductas (salir de marcha, viajar, «estar a la moda»...) que antes estaban reservadas a la juventud por parte de sujetos en edades más avanzadas, o, acudiendo a otras cohortes de edad, la «eterna adolescencia» tan cacareada por los medios representada por individuos que, rondando la cuarentena, no han abandonado muchos de sus hábitos infantiles. En ambos casos se revela el efecto de lo que venimos argumentando, es decir, la impugnación del poder clasificador de la edad como elemento determinante sobre las posibilidades de acción de un sujeto. Éstas aparecen ahora estrictamente vinculadas a los modos de participación social que rige una sociedad de consumo en la que las identidades toman forma a través de la representación de estilos

de vida que implican todo un sistema de expectativas, comportamientos y prácticas. Este sistema comporta, además, un ideal aspiracional de «mentalidad» representado por el marketing a través de un «deseo de vida» asociado a la juventud como actitud potencialmente desempeñable por parte de cualquier individuo en base a sus consumos. Y por ello el despliegue de conductas hasta ahora inusuales por parte de la primera generación de «consumidores» (además de trabajadores y trabajadoras) que llega a estas edades, en conclusión, está conformando un nuevo imaginario social de lo que se puede esperar de una persona mayor hoy. Estamos ante un repertorio de conductas y expectativas que apenas guarda identificaciones con las referencias que marcaba la definición clásica del rol del mayor o «el viejo», definida en aquel entonces por la cultura de edades descrita, por la falta de libertades que implicaba la dictadura o por las constricciones que ejercía sobre el comportamiento la normatividad católica. Elementos todos que confluían en un modo de ser en el envejecer en el que, diluidos los mismos, nuestros interlocutores e interlocutoras no se reconocen.

Bueno los cambios fundamentalmente, pues porque cada vez buscamos más actividades que sean, que tengan una parte lúdica, que tengan una parte más que lúdica, de ocio ¿no? Poder decir hombre, el... el club de ancianos del IMSERSO de allí, pues no, ahí no, ahí sí que no, ahí es donde no me encontraría nunca; ¿por qué? pues porque, por eso, porque es... es que es un club de ancianos... No, no, por favor o sea un club donde estemos unos y otros ancianos y no ancianos o sea, o mayores o no mayores o sea de todas las edades ¿no?... jóvenes... vamos a ver... que la edad no es un impedimento para tener una relación, entonces... el hacer lo que me da la gana va mucho por ahí ¿no?

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

1.4. Envejecer sin ser mayor

La senda iniciada por esta reflexión demanda un análisis de mayor profundidad y concreción. Hasta ahora hemos trazado una explicación general de los efectos que ha acarreado el cambio de orientación en los intereses del sistema de producción como matriz generadora de los itinerarios vitales de la población. Sin embargo, ¿de qué forma es vivida y explicada esta transformación por esta generación?, ¿qué sentido otorgan a sus consumos de cara a su manera de ser mayores?, ¿qué significado tiene para ellos y ellas la jubilación y la supuesta fractura biográfica que entraña?, ¿cómo envejecen, en respuesta a su principal preocupación, «sin ser un viejo»? Y, para dar cierre a todo este primer bloque de análisis, ¿por qué están apareciendo nuevas formas de comportarse e interactuar socialmente, esto es, nuevos roles, con la llegada de esta generación a las edades del envejecimiento? Empezaremos por el final.

1.4.1. El rol de la persona mayor hoy

Las identidades se definen en una suma de pertenencias prescriptivas y adscriptivas hacia posibles grupalidades, sentidas o no, construidas en base a diversas condiciones de vida dentro de la comunidad (el género, la clase social, el hábitat...) Los roles, por su parte, se ocupan de designar las posiciones que ocupamos en nuestros ámbitos de desempeño. A través de ellos nos relacionamos con el grupo e incorporamos las normas sociales: lo que la sociedad espera de nosotros en su ejercicio. Como tales, los roles representan estructuras genéricas impuestas; ideales que rebasan

la particularidad de los sujetos, por lo que es precisamente a través de la combinación de esas identificaciones que conforman en cada sujeto de un modo único la identidad como se define la individualidad en el ejercicio de los mismos. Reconduciendo el discurso hacia la influencia de los cambios en el sentido otorgado a la práctica social del consumo sobre la comprensión actual de la jubilación y el proceso de envejecimiento, la principal consecuencia de los procesos expuestos radica en el hecho de que los roles que conforma dicha práctica, como hemos visto, han dejado de estar vinculados de forma estricta a la edad. En el rol del «viejo» clásico operaban una serie de expectativas recursivas entre el individuo y el grupo sobre las conductas que se esperaban de él (San Román, 1990). La imagen social se fijaba en las conductas desplegadas y reconocibles como propias de la persona mayor, pero el criterio de acceso al rol que las imponía surgía de la clasificación etaria bajo la que legalmente se disponía la comprensión del ciclo vital estructurada en torno a la relación con el sistema de producción. La imposición social de ese rol maniataba al sujeto, truncaba el proyecto seguido hasta entonces y sumergía bajos sus rígidas premisas cualquier clase de identificación previa. Ejercía un poder profundamente igualador que anulaba la identidad construida hasta llegar a él, razón por la cual la etapa vital del envejecimiento, complicada de por sí dadas las pérdidas que el sujeto debe asumir, representaba una consecución de la trayectoria sumamente ingrata y de difícil asunción (Prieto, 2009). Frente a ello, la situación actual que se deriva de la dilución de ese rol supone una ampliación del campo de juego de quienes envejecen hoy que es percibida como la adquisición de una suerte de libertad de acción. La sociedad

establece otro tipo de requerimientos a quienes se hacen mayores; incita a seguir desarrollando los estilos de vida desplegados hasta entonces como estrategia de integración social y asume la normalización de conductas por parte de los mayores que antes habrían sido criticadas debido a su impertinencia con relación al rol que las sujetaba.

¿LIBERTAD EN QUÉ SENTIDO?

M. De pensar y hacer lo que me apetezca...

M. Libertad,... de no como antiguamente que no podías hacer nada porque todo era criticado. Ahora, tú puedes hacer todo.

M. Eso sí...

M. La sociedad..., pues también nosotros los mayores la estamos disfrutando.

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

A ver; yo soy muy consciente de que soy, de que tengo los años que tengo, es decir, claro, soy menos viejo que la generación de mis padres que todavía viven pero soy mucho más mucho mayor que los que son más jóvenes que yo, entonces si soy consciente de eso, yo lo que no soy consciente es de tener un rol concreto, es decir yo no tengo por qué adoptar una especie de actitud como la que adoptaría antes un viejo de estar vestido de negro y, no sé, hablar de una manera campánula, no sé exactamente, no sé, no me considero obligado a ninguna de esas cosas o a adoptar un rol determinado...

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

Uno de los principales elementos definidores del rol del «viejo», como venimos analizando, radicaba en la prefiguración de la ausencia de potencia o de potencial de la persona mayor para contribuir al ciclo de producción dentro del sistema (Bazo, 2002). Sin embargo, en la actualidad este requisito

resulta perfectamente realizable para quien se jubila en la medida en la que su acción como consumidor, más allá de las clasificaciones que el mercado realiza sobre el tipo de productos y servicios que ofrece, no entiende de edades mientras el sujeto contribuya a la circulación de valores y servicios en el mercado. Este escenario proporciona una vía de integración a la persona mayor al ofrecer la posibilidad de sostener una continuidad en el estilo de vida desplegado durante su trayectoria, lo cual supondría una estrategia de supervivencia factible para una identidad que antes se veía despojada por la jubilación de todos los referentes sobre los que fue construida (Prieto, 2009). La cuestión planteada por las personas entrevistadas radica en que, lejos de sentirse inmersas en un proceso de envejecimiento que les haga identificarse con los viejos, encuentran en los adultos su referencia; se consideran más los mayores de los adultos que los jóvenes de los mayores. Saben que su situación no define al adulto pero se identifican aspiracionalmente con él porque representa una figura de integración que no encuentran en el viejo que la sociedad no les pide que sean aunque hayan alcanzado la edad en la que antaño se definía. No saben cómo ser viejos si no es acudiendo al estereotipo descrito, pero sí tienen claro cómo ser adultos prosiguiendo con la forma en la que han estado viviendo. Por ello en los discursos de nuestros interlocutores han aparecido numerosas alusiones al valor atribuido a la continuidad en los estilos de vida desarrollados durante la vida adulta. Mantener el «núcleo» de la persona durante el envejecimiento al no asumir el rol de persona mayor clásico representa, en conclusión, la estrategia que da respuesta al dilema que mencionábamos al comienzo de esta investigación con relación a cómo no «ser un viejo» mientras se envejece.

O sea yo por ejemplo, cuando tenía treinta yo no pensaba en que tenía cincuenta, o si pensaba era ¡ah, pues mira! En cuanto al estilo, yo creo que sigo más o menos igual. En cuanto al estilo de ropa, al estilo de mente y tal, más o menos estoy igual. O sea, no... A lo mejor sí, yo qué sé..., pues se murió mi padre y en eso pues te cambia un poquito, bueno, que está un poco así ¿no? La persona, si fa o no fa, es un poquito más seria, pero poco, no me dejo. De aquí a setenta ostras, es que no, ¡eh!, yo creo que voy a ser más o menos igual, con más arrugas, pero en cuanto al aspecto, en cuanto a la forma de pensar, en cuanto a la forma de, de..., yo qué sé, de pensar en las cosas, de siempre estar discutiendo, de no creermé muchas cosas, yo creo que voy a ser igual. Exactamente igual en cuanto al núcleo de la persona ¿no? Si tienes enfermedades o no tienes enfermedades eso ya no te lo puedes programar. Porque hoy estás bien y a lo mejor mañana vas al médico y ¡plas!

A VER, CUÉNTAME MÁS SOBRE ESE NÚCLEO DE LA PERSONA.

Es como no sé..., el núcleo de la persona, es como el núcleo tuyo como persona. No es como, ah pues esta chica antes era una cabra loca, siempre alegre, y es que ahora está amargada y no sé qué. No. O sea yo creo que no. Que no. Es que no... Yo no me hago una idea de mí siendo una señora seria, es que no. Ni en cuanto a vestido, ni en cuanto a comportamiento, ni en cuanto a nada. No sé, si puedo llevar la misma ropa intento llevarla.

(Mujer, 57 años, trabajando, Barcelona, clase media, participante social)

«No ser un viejo», en consecuencia, mucho más allá del rechazo que las valoraciones atribuidas al rol «viejo» suscita, supone sostener una identidad frente a la anulación de la misma que entrañaba anteriormente la transición de una edad a otra. Esta venía marcada por el hito de la jubilación como ritual de finalización de los deberes con una sociedad. Finalizadas las aportaciones que se esperaban de un sujeto concebido de forma estricta en base a su cualidad de trabajador/productor, a éste no le quedaba más

opción que retirarse del primer plano de lo social. De este modo se perpetraba (de forma especial entre los varones dada la especial vinculación de sus identidades a su trayectorias laborales) el efecto más dramático de la vejez: la despersonalización de un sujeto que únicamente podía encontrar consuelo en la desvinculación hacia un mundo que ya no le reconocía, abocándole a sumirse en los recuerdos (las famosas «batallitas») como espacio de supervivencia del yo. El sistema actual, como estamos viendo, comprende sin embargo otras maneras de producción de valores sobre las cuales premiar la interacción del sujeto concediéndole un reconocimiento en cuanto sujeto activo que participa en la sociedad. El despliegue de un estilo de vida está atravesado por los ejercicios de expresión de la personalidad del sujeto que entrañan las actividades que realiza. Éstas, de una forma u otra, se muestran fuertemente vinculadas a los consumos de los objetos o las experiencias que se pretenden adecuadas a esa expresión de lo particular. Dotar de continuidad a actividades y roles desempeñados a lo largo de la vida adquiere un valor de estímulo motor de los actos; genera la satisfacción de poder continuar siendo quien uno cree ser; permite seguir relacionado con los ámbitos en los que se obtuvo un reconocimiento, estar en el mundo y continuar teniendo mundo dentro de uno. Sea a través del trabajo transfiriendo su sentido a otras actividades cuando éste ha generado la matriz del relato personal, a través de los hobbies, acudiendo a lugares públicos significados como espacios de participación social o manteniéndose actualizados a través de los medios de comunicación, etcétera, siempre subyace un sentido de continuidad que se revela como un factor explicativo de primer orden con relación a la comprensión de los campos

motivacionales de estas personas. Continuar desarrollando las aficiones del pasado o incorporar nuevos tipos de actividades con las que la persona siente estar realizando algo que desea, permite así solventar el problema de la anulación identitaria bajo el paraguas del rol impuesto al viejo que ya no podía desarrollar aquello que por encima de todo otrora le definía: su labor, fuera esta institucionalmente reconocida o no. Se deja atrás un pasado laboral, no una trayectoria vital en su integridad que comprende otro tipo de prácticas y actividades que para las que ahora se encuentra una mayor disponibilidad.

Y entonces... bueno tampoco es que yo haya cambiado nada ¿no?, no he hecho nada diferente simplemente estoy más libre, y también pues muchas cosas me caen a mí por estar jubilado, o sea eso... Quiero decir que no vivo un corte entre antes y después; lo que ha habido es un corte en ese pasado laboral y por tanto una ampliación del tiempo que dedico a lo mismo que ya estaba haciendo de alguna manera ¿no?

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

1.4.2. El significado del trabajo en las vidas de esta generación

De cara a esta desvinculación hacia la institución del trabajo, el escenario laboral desregulado aparece en los discursos de nuestros interlocutores como un marco que, pese a no haber sido deseado, ha facilitado la superación del trance que suponía finalizar la carrera laboral. Aunque el valor del trabajo perviva como eje estructurador de la construcción de sus biografías, señalan cómo, a diferencia de lo sucedido con sus padres, la identificación con las profesiones realizadas se ve separada de la

identificación con los ámbitos donde éstas se han desarrollado. Éstos ya no resultan espacios sobre los que volcar una búsqueda de sentido para sus acciones que se proyecte hacia lo social. Se desconfía de la empresa que desactivó la vinculación de quienes trabajaban en ella al despojarles de su dimensión personal y reducirlos a un valor numérico como productores. Identifican, de hecho, las fases que ha atravesado el proceso en su propio devenir y señalan como «años dorados» aquellos en los que el trabajo suponía un espacio de desarrollo y relaciones personales que generaban reconocimiento y pertenencia. Si bien es a través de las vicisitudes que atraviesan sus hijos como perciben la expresión más explícita de lo que suponen las nuevas formas de organización social derivadas de los cambios en las disposiciones del modelo cultural de producción, las decepciones acumuladas durante sus propias trayectorias les han conminado a resignificar el valor de su carrera laboral en sus proyectos vitales. El trabajo se ha visto para ellas y ellos despojado de la ética que lo acompañaba en cuanto práctica socialmente reglada, por lo que ese valor se preserva en una dimensión estrictamente personal desvinculada de la institución que le da forma y solo se define frente al mercado desde su sentido instrumental. Ha articulado las formas de planificar sus vidas y en tal calidad es valorado como un elemento esencial de realización personal, pero no ha generado identificaciones tan fuertes como las trazadas por sus padres hacia él. Tanto quienes ya se han jubilado como quienes aún trabajan, de su ámbito laboral solo esperan, desde una posición de estricta reciprocidad, la contraprestación económica correspondiente a los servicios ofrecidos.

1M. Mi abuelo murió cuando yo tenía veintitantos pero tuve mucha relación con él y desde luego del concepto que él tenía de la empresa en la que trabajaba a la que pueden tener mis hijos no se parece en nada... antes la gente trabajaba en una sola empresa y pensaba justo... Pues hoy estás aquí, pasado mañana pues puedes estar en la calle y, si tiene suerte, la diferencia es que no tenemos el movimiento de trabajo, pero es a lo que tendemos, está claro que ahora no es una empresa para toda la vida.

3H. Las relaciones laborales han cambiado tanto que no se parecen en nada a hace, yo que sé, 25 años...

1M. Entonces tampoco la puedes echar tanto de menos verdaderamente... porque cada vez te aprietan más y cada día pretenden que produzcas más y cada día todo mas más mas... la empresa nunca quiere perder como es lógico pero, oye, el mercado está como está; entonces...

2H. O será que en esos tiempos dorados de las empresas de hacía tiempo las relaciones eran distintas a como se viven ahora, ahora la cosa pues parece que son más números, rentabilidades... y hacer las relaciones laborales pero había también ambiente de trabajo distinto al que hay ahora y a la gente cada vez la aprietan más, necesitan más todo, se presiona más y la gente se vincula menos y las empresas están sufriendo esas consecuencias. Ahora la empresa no está ganando, la empresa está perdiendo porque evidentemente la gente no se vincula, simplemente al final es la especulación pura y dura: tú me pagas yo trabajo, no me pagas no trabajo, y ahí creo que...

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

El desvanecimiento del poder simbólico atribuido a la actividad laboral como estructuradora de los proyectos vitales ha provocado, de este modo, una escisión en la que el valor del trabajo como forma de realización personal se efectúa de forma estricta en cuanto a una consideración abstracta del mismo, es decir, en cuanto actividad sobre la que se tiene una responsabilidad y en la que se despliegan cualidades personales en cuya consecución el sujeto puede encontrar satisfacciones

y reconocimiento en el grupo. Se trata de un valor que sigue vigente y desde esa comprensión sí se continúa esgrimiendo la ética del trabajo que añoran en un mercado que les ha retirado, por lo general, de forma ingrata. En ese sentido la labor, cuando surge de una disposición personal en una suerte de reapropiación de aquello de lo que el mercado les despojó, aparece descrita como una de las actividades que producen mayor sensación de realización personal, de forma que su persistencia dependerá de la atribución simbólica que se conceda a las ocupaciones que se desarrollen tras la jubilación.

DICES QUE NO ERES JUBILADO

No.

Y ¿QUÉ ERES ENTONCES?

Pues una persona que todavía no ha llegado a la edad de jubilación y entonces pues estoy dedicándome, como no tengo una actividad laboral de trabajar en una empresa, o algo así, pues entonces me he buscado yo mi propia solución, y mi solución es el campo que es lo que me gusta y buscar a través del trabajo en la huerta: mi objetivo es el autoconsumo, siempre trabajando en biológico.

PERO ERES UN TRABAJADOR, NO ERES UN JUBILADO, NO ERES UN TRABAJADOR...

Sí, sí, sí yo me considero un trabajador, pero incluso cuando esté jubilado me seguiré considerando un trabajador, trabajador en el sentido de que tengo una responsabilidad, que tengo que hacer todos los días mi trabajo, no voy a estar aquí en el sofá... en el sofá, vamos en dos días me vuelvo loco y vuelvo loco a todo el mundo que está alrededor, o sea que eso es lo que sí tengo claro, vamos, para ahora, cuando llegue a los sesenta y cinco años, el día anterior y el día después van a ser iguales.

(Varón, 60 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Asimismo, el valor de participación social que se le atribuye al trabajo, sustentado sobre la relación establecida entre las cotizaciones y la conformación de un Estado de Bienestar que dotó de garantías a la clase trabajadora en el desarrollo de sus proyectos vitales (Castel, 1997), sigue apareciendo en varios relatos. Su mención sugiere que la desvinculación hacia la institución del trabajo se dirige más hacia el mundo privado y su agresiva explotación de los recursos humanos que hacia la función social que se le atribuye al desempeño laboral. Pervive, por consiguiente, la asociación establecida entre el trabajo personal y la mejoría de las condiciones de vida generales que provocó la creación de un sistema de consumo público en España, en la cual se asentó el valor de «aportar» lo que se tenga en pos de un bien común que repercute en una devolución sobre el individuo. Esta forma de significar por parte de esta generación los deberes de una persona hacia la sociedad entraña un sentido determinante con relación a los campos motivacionales desde los que estos individuos encuentran el impulso para integrarse en todo tipo de formas de participación social, como veremos con profusión durante el último bloque de investigación que dedicamos a la misma más adelante.

Y AHORA MISMO SI... PORQUE TODAVÍA ESTÁS DE ALTA EN EL PARO... ¿SI TE LLAMASEN DE REPENTE PARA IR A TRABAJAR?

Creo que: creo que no renunciaría porque creo que estaría en la obligación de ir. Yo creo que es que yo tengo la obligación de trabajar, o sea una cosa... no se puede estar en esta sociedad de forma improductiva. Yo ahora estoy de forma productiva también, o sea yo me considero, lo que pasa... creo que debería incorporarme a ese puesto de trabajo si me contratase una empresa.

(Varón, 60 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Sin menoscabo de este argumento con relación a la generalidad de los discursos producidos por las personas entrevistadas, resulta en todo caso importante mencionar en este punto cómo se atisba un cambio de tendencia en los relatos de las personas más jóvenes que hemos entrevistado (menores de sesenta años). Como se puede comprobar en la cita expuesta a continuación, sus trayectorias, posteriores en el tiempo, se han visto afectadas por la flexibilización del mercado laboral en plena carrera profesional, por lo que su discurso se asemeja más al de los valores asociados a la etapa postfordista que hemos descrito a través de la visión de otros interlocutores sobre las experiencias de sus hijos. En consonancia con estas historias, la informante citada traza una definición de su forma de vinculación hacia el trabajo elaborada desde un sentido meramente instrumental (como ya hemos visto en otros discursos pero carente, en este caso, de cualquier reivindicación nostálgica de un modelo «con valores») orientado hacia la obtención de un salario que permita desplegar los consumos en los que realizarse personalmente. Reserva un valor de satisfacción hacia el trabajo únicamente en el caso de que resulte acorde a los gustos, concepción desde la que trabajar representaría una experiencia más de las que sería posible consumir en la puesta en práctica de un estilo de vida hacia el que el sujeto se identifica. Comprensión, en definitiva, despojada de los valores de responsabilidad y participación social desde la que lo describen el resto de las personas entrevistadas.

Yo creo que lo importante es tener cosas que te gusten. Que tengas, porque, a ver, trabajar está muy bien, pero, yo podría vivir sin trabajar. O sea, no sé... el trabajo por el trabajo..., hay cosas: Si haces un trabajo que, que realmente no te motiva o no es tú, no sé... No es lo que te implica

como hay mucha gente que, que hace trabajos pero que no son su vocación, trabajar por trabajar, la gente trabaja porque le pagan. Y porque con ese dinero puedes comer, puedes tener tus gastos, tu tal. Tus gastos, tus caprichos. Si no, no trabajaría la gente. Pienso yo, en esos trabajos que no te gustan.

(Mujer, 57 años, trabajando, Barcelona, clase media, participante social)

1.4.3. La experiencia de la jubilación

Al margen de esta tendencia que intuimos relevante de cara al futuro, queda de manifiesto que el valor atribuido por la generación actual de jubilados al consumo en cuanto práctica social en la que se expresa la individualidad en el grupo no ha supuesto la desaparición del valor del trabajo como elemento trascendente de su identidad. Tampoco el proceso de desregulación ha despojado de su sentido de realización personal a la labor, aunque sí ha matizado la forma de vincularse a ella. Sin embargo, ambos procesos confluyen a la hora de comprender la forma en la que estos sujetos comprenden su jubilación. Las personas entrevistadas con trayectorias laborales en su haber, especialmente las mujeres debido posiblemente al valor añadido de conquista que supuso en sus proyectos poder desarrollar una vida profesional y revocar el destino doméstico que había limitado a sus antecesoras, se describen a sí mismas como trabajadoras atribuyéndole a tal condición una forma de estar en el mundo, una actitud ante la vida que rebasa las condiciones profesionales en las que se hayan desenvuelto. Sin embargo, como consecuencia de la desvinculación mencionada hacia los espacios laborales, la problemática asociada a la interrupción del trabajo reglado se encuentra más asociada

a las estrategias para dar continuidad a un hacer que siga dotando de sentido a la existencia que a la añoranza de una institución que, al menos durante los últimos años de desempeño de la profesión, había dejado de proporcionar experiencias placenteras. En consecuencia, la superación de este trance se ve facilitada para ellos y para ellas por la liberación que supone la desvinculación ya mencionada.

O SEA A LO LARGO DE TU VIDA TU TRABAJO HA OCUPADO UN LUGAR... ¿QUÉ LUGAR HA OCUPADO EN TU VIDA?

Muy importante, muy importante. Bueno me di cuenta cuando dejé de tenerlo. Claro. Eso me costó asimilarlo muchísimo, porque fue muy frustrante, porque yo sentía que yo aportaba mucho, y entonces claro, dices: ¿como vas a prescindir de mí? Si yo hago... pues resulta que todos somos prescindibles. Entonces... Pues sí, el trabajo ha sido importante, por que me ha permitido viajar, llevar una vida normal, sí el trabajo ha sido importante por todo, aunque los últimos años era un poco de locos también ¿eh? Porque yo viví muchas situaciones muy conflictivas en la oficina, a raíz de estas reestructuraciones, despidos masivos de gente... Ese tipo de cosas pues hace que estés muy mal. Porque era una situación de una tensión tal, porque claro tú estableces relaciones afectivas con las personas...

¿ENTONCES SOBRE TODO ESO TE SIENTES UN POCO ALIVIADA?

Aliviada, sí, sí, sí...

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

¿CÓMO ES ESO DE, LO QUE COMENTÁIS DE DESENGANCHARSE DEL TRABAJO?

22H. Se lleva bien porque las relaciones laborales últimamente son tan malas en todos sitios que hablas de esto de comités de empresa y en temas... y un ERE y en temas de estos y son tan desagradables esas situaciones que no quieres hablar con determinados compañeros, con la mayoría, solamente con algún compañero porque las situaciones han sido muy tensas, ahora son muy tensas para ellos para los que se quedaron son muy tensas, ahora lo están pasando mal normalmente en todos los sitios

3H. Yo llevo pocos meses prejubilado, pensé que sería difícil ¿no? dejar el trabajo, que sería un mundo pero me ha adaptado perfectamente... yo por ejemplo por las mañanas me levanto voy andar una hora, hora y pico... y creo que, por ejemplo, lógicamente como llevo pocos meses después trataré de organizarme ir a la universidad y cosas de ese tipo, pero vamos yo creo que... que al menos en mi caso me he desvinculado, vamos de lo que es el trabajo, no de los compañeros, y no, no lo echo de menos.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

A esto se añade el significado atribuido por las personas entrevistadas al consumo como forma de expresión personal, el cual supone una ampliación del campo de desarrollo identitario por el que ya no hablamos de sujetos únicamente definidos por el trabajo. Estamos ante una generación de trabajadores - consumidores, a caballo entre sus padres y sus hijos. En la medida en la que sus identidades se definen también a través de sus estilos de vida, el hito de la jubilación no implica de por sí un abandono de las actividades a través de las cuales el individuo se vinculaba al mundo y el mundo le reconocía en él como sucedía con el trabajo. Esto no significa que no exista una percepción de fractura en el itinerario personal, como muchas personas entrevistadas han evidenciado. De hecho, en los casos en los que la interrupción de la vida laboral sucede en contra de la voluntad de la persona (despidos, prejubilaciones forzosas, etc.), ésta, como el fantasma que vaga por el mundo que fue suyo buscando saldar una deuda pendiente, expresa un profundo pesar por lo que considera su «muerte» social al no permitírsele ocupar el espacio que le corresponde bajo las expectativas que albergaba en su proyecto personal (Guillemard, 2009). Sin embargo, también estas personas, tras atravesar periplos personales

en ocasiones muy prolongados y dolorosos, una vez consiguen separarse de su rencor hacia quien les despidió (lo cual no deja de representar una estrategia de vinculación al espacio del que no se deseaba ser expulsado), se «reencuentran» consigo mismas en la posibilidad de continuar otras actividades o aficiones que desarrollaron o quisieron desarrollar durante sus vidas y en las cuales pueden dotar de continuidad a una identidad que ya no se muere con la desaparición del trabajo. El trabajo, en definitiva, realiza a esta generación, pero su conclusión no les deja carentes de posibilidades de satisfacción personal a través de otras actividades a las que se confiere un sentido de expresión y desarrollo personal. La jubilación ya no resulta un hito traumático que genera individuos sin identidad que solo pueden esperar la muerte; ya no genera viejos.

P3: Hombre, y levantarte con ganas de ir al trabajo porque sabes que te vas a encontrar, que vas a trabajar mucho, y un trabajo de muchísimas responsabilidades además, pero vamos, bestial, pero es igual, lo que prima... pues eso, es que lo echo de menos, aún no he superado el descoloque, porque al principio pues eso, te descolocas porque dices, se acaba mi vida como yo... lo que comentaba al principio, como yo ahora tengo que hacer, pues ¿qué quiero hacer? Pues, a ver, pues usted ha dicho el huertito, la finca, pum, pum, pum, yo lo primero que he dicho es ahora, ahora yo, un poco yo, un poco yo, si antes trabajaba y tenía quién me lo hacía, ahora me ocupo más de mi casa, me ocupo más de mi hija, vive un hijo conmigo, me ocupo más y que me voy a dedicar a hacer pequeños viajes, bueno que no te imaginas mi hijo vive en Canarias y ya he ido tres veces en lo que va de año.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

1.4.4. Una reflexión final: La etapa vital de la madurez

Concluimos, de este modo, que el hito social de la jubilación como puerta de entrada al envejecimiento (construcción profundamente androcéntrica pero universalizada en cuanto a su significación) está comenzando a adquirir nuevos sentidos en la medida en la que los sujetos no se ven impelidos como antes a aceptar y adoptar una posición en el mundo que les excluía del mismo. La atenuación del papel del trabajo como elemento estructurador de los proyectos vitales, el desplazamiento de la construcción de las identidades hacia el ámbito del consumo y la obsolescencia de un modelo de comprensión del ciclo vital ordenado por un sistema de producción ahora desregulado confluyen en la conformación de un escenario en el que la consideración de las edades de jubilación como un momento de retirada de lo social pierde su correspondencia con la situación en la que se encuentran quienes las alcanzan.

La cuestión que se deriva de esta afirmación es obvia: ¿qué etapa se abre entonces, si no ya con la jubilación al menos en este periodo de la vida cercano a los límites de la vida laboral? ¿y qué define a la misma? La primera respuesta es que estamos ante un proceso inconcluso. Hace aproximadamente un siglo se tuvo la necesidad, debido a la universalización de un periodo formativo más prolongado, de diferenciar una etapa intermedia entre la infancia y la juventud que se denominó como adolescencia. Transcurrieron, sin embargo, varias décadas hasta que esa concepción se asentó como categoría aceptada. Que en la actualidad nos estemos planteando cuestiones similares con relación a la etapa estudiada implica

que hace ya varios años que está tomando forma, pero sugiere también el tiempo que queda por delante hasta que su comprensión cristalice en una categoría cultural e institucionalmente consolidada. La transformación de los roles que desempeñan los mayores en la sociedad carece aún de un nuevo sentido establecido socialmente que dote de un significado específico a este periodo en sus trayectorias. Y esta situación revela la incapacidad de la sociedad para dar respuesta a uno de los procesos de cambio social más trascendentes que acontecen en su seno.

Lo que sí resulta claro, en todo caso, es que aparece una escisión de esta época de la vida como un momento con características propias que no permiten encuadrarlo en el modelo general desde el que definimos la vejez. La etapa vital que designaba este modelo ha pasado en pocas décadas de comprender un periodo de unos diez años a uno que se extiende durante más de veinte. El aumento exponencial de la esperanza de vida y, sobre todo, el de esperanza de vida en buena salud, han sucedido a tal velocidad que todavía no se ha encontrado una respuesta firme que sea capaz de dar cuenta de las diferencias entre las distintas cohortes de edad que ahora componen la categoría social «persona mayor». Las características generales de lo que constituye en el imaginario social a un mayor se han desplazado hacia edades más tardías y entre medias, desde la supuesta entrada en el envejecimiento que marca la edad de jubilación hasta el declive de la salud que comienza a determinar sus posibilidades de vinculación con su mundo, se ha abierto un espacio de indefinición al que las últimas generaciones de personas mayores están dando forma a través del despliegue de unos estilos de vida inéditos en estas edades en

cuanto práctica generalizada. La concepción que encierra la mirada institucional dirigida a estas edades presupone hacia los individuos una falta de capacidad o potencia para producir valores de cara a la sociedad que no se corresponde con el estado y la predisposición observados en quienes ahora viven este periodo. No extraña, en consecuencia, que las últimas generaciones de mayores vengan impugnando la disfuncionalidad que se les otorga en el grupo en base a su edad reivindicando su capacidad y su voluntad de seguir disponiendo de un espacio de participación que reconozca el sentido de su aportación a la sociedad. En la etapa que dictamina su retiro proclaman su resistencia a ser apartados; el sinsentido de una consideración con la que no se identifican y que, de hecho, no representan.

En esa voluntad de «seguir», de continuidad, radica, por lo tanto, la clave de la incógnita que se nos plantea a la hora de dar nombre a lo que ya está sucediendo. Los discursos aportados por esta generación con relación al momento vital que atraviesan sugieren que el aumento del tiempo de vida de las personas no resulta en una prolongación del tiempo de vejez sino en una dilatación del periodo de vida adulta. Se consideran, como hemos visto, los más mayores de los adultos antes que los más jóvenes de los mayores. Y consideran precisamente a la posibilidad de dar continuidad a los estilos de vida que vienen desplegando durante sus trayectorias adultas el factor que posibilita su rebelión frente a la categoría social del «viejo». Reivindican su individualidad, plena de experiencias particulares, ante la posibilidad de ser incluidos en un colectivo que reduce sus identidades a la consideración común de «persona mayor». Rechazan la idea de que alcanzar una edad les obligue a tener que ser otro, un otro

genérico con características culturalmente devaluadas. Oponen ante ello la percepción de ser «la misma» persona que antes, aunque reconocen, no obstante, que su situación vital no es exactamente idéntica, significándola en muchas ocasiones como mejorada por su liberación de deberes hacia el mundo. No ofrecen un dibujo con contornos claros de lo que están viviendo y por eso, cuando se les ha invitado a proponer un nombre para su momento vital han balbuceado como el discurso social en el que buscan reflejo. Es más, cuando se les demanda tal ejercicio de autodefinición rechazan de inicio la perspectiva de poner nombre a su momento vital porque consideran que las adscripciones que generan en ellos un sentimiento de pertenencia responden más al sistema de prácticas y actitudes que conforman sus respectivos estilos de vida, los cuales no se atienen bajo su perspectiva a clasificaciones generacionales. Sin embargo, y sin ánimo de focalizar sobre esta sugerencia la relevancia de nuestra propuesta, de la totalidad de sus palabras sí se puede extraer un significativo muy repetido en sus locuciones que, bajo nuestro punto de vista, goza de una completa coherencia con las experiencias que dan forma a la descripción de sus situaciones: la idea de vivir la «madurez». No se trata, huelga decirlo, de una propuesta innovadora o inédita. La edad madura ya cuenta con su propia entrada en el diccionario, pero ésta nos refiere a un vasto periodo comprendido entre el fin de la juventud y los preámbulos de la vejez que podría ser demarcado más apropiadamente respecto a un periodo final de la vida adulta en el que el sujeto «es» más producto de lo que ha sido (de ahí la continuidad) que potencialidad por definir en lo que puede llegar a ser (como le sucede al joven adulto). Lo maduro es aquello que ha llegado

a su completo desarrollo y los discursos de las personas entrevistadas han abundado en imágenes en torno a la percepción de haber consolidado las dimensiones que constituían sus proyectos vitales. Define una situación en la que se reconocen y que permite diferenciar una forma de ser adulto en la que la persona no se ve despojada de las dimensiones y las experiencias sobre las que construyó su identidad.

¿QUÉ SOIS? VAMOS A VER, NO SOIS JÓVENES, NO SOIS VIEJOS.

P3: Con la edad que tenemos no somos jóvenes, pero tampoco somos ancianos, somos gente de mediana edad.

P5: Somos entraditos en años.

P3: Yo no me considero joven.

P6: Entrados en años, eso yo lo oí en una película el otro día, y dice, mira se ha muerto fulanita de tal, sí tenía sesenta años, era una persona entrada en años, ahí lo aprendí, dije, anda es verdad. [Risas]

P7: La palabra viejo molesta, anciano molesta, anciano me molesta.

¿QUÉ ES UN VIEJO?

P6: Con un bastón que... pobrecito, que no puede más.

P3: Una persona de sesenta años, considero que estamos con salud, estamos muy capacitados para movernos por muchos sitios, para desarrollar muchísimas cosas todavía, tanto físicas como mentales que nos pudieran dejar...

P5: Por eso, estamos, estamos en el mejor momento, estamos maduritos.

P3: Sí, sí eso me gusta más, maduros, ni mayores ni jóvenes, esto, listos para consumir. [Risas]

P5: ¡Pues date prisa que lo siguiente es pudrirse! [Risas]

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

En todo caso, independientemente de la validez que el término pudiera ofrecer para significar el periodo vital estudiado, su propuesta abre todo un

mundo de significaciones que precisan una profundización. Como decíamos al arrancar este texto, esta generación «sabe que envejece» aunque no se reconozca en el rol de la persona «vieja». La impugnación de un rol asignado en base a la edad, más allá de la etiqueta a través de la cual la designemos, no niega, en todo caso, que la cronología de las personas determine una perspectiva de la vida vivida y por vivir. La imaginación de los proyectos vitales desde la asunción de una perspectiva sobre lo que será posible realizar en ellos otorga un sentido y propicia una forma concreta de experiencia del momento atravesado. En esa experiencia se definen, en última instancia, las motivaciones que están llevando a los sujetos de estas edades a movilizarse a través de sus prácticas cotidianas en busca de una posición de reconocimiento en el mundo. Por ello, dado que con este primer bloque de investigación que aquí termina hemos pretendido explicar las condiciones sociales de posibilidad del proceso de emergencia de nuevos roles en el proceso de envejecimiento, en el segundo bloque que viene a continuación procederemos a describir la dimensión subjetiva del fenómeno: cómo se viven, se sienten y se explican los cambios que conlleva llegar a estas edades. Si hasta este punto hemos ido desde la sociedad hasta la persona, ahora comenzaremos el camino inverso con la intención de comprender qué mueve al individuo desde su situación vital hacia la sociedad; los campos motivacionales que impulsan al sujeto a reivindicar una forma de reconocimiento diferente de la asignada y, por ende, puesto que el rol define la posición desde la que se interacciona, un espacio de participación diferente, tema que ocupará la tercera y última parte de nuestra investigación.



Colección
Estudios de la Fundación

La experiencia del envejecimiento durante las edades asociadas a la jubilación

2.1. La liberación de deberes hacia el mundo

Que se haya atenuado la dimensión traumática que antes significaba la jubilación no implica, en todo caso, que no represente un punto de inflexión sobre las trayectorias de estos sujetos. La interrupción abrupta de una vivencia de la cotidianidad que se había prolongado durante buena parte de sus vidas entraña un proceso de adaptación en el que, de súbito, desaparecen las inercias que hasta entonces la habían conducido. Este cambio conlleva una serie de situaciones valoradas de forma positiva con relación a la libertad de tiempos y espacios. La ordenación de los días ya no se ve supeditada a fuerzas externas y ello redundaba en una percepción de independencia. Sin embargo, la ausencia de esas estructuras deja al sujeto de forma simultánea flotando en un espacio para el que debe construir un terreno sobre el que pisar. Quien se jubila es despojado de las sujeciones que le sostenían (llama la atención, en ese sentido, la elocuencia de uno de nuestros interlocutores al relatar haberse encontrado como una «marioneta» tras finalizar su trabajo) en una realidad que no cuestionaba aquellos horizontes que otorgaban un sentido a los pasos dados. Debe rellenar su tiempo con actividades que le resulten satisfactorias y dotarlas de un significado, reto ante el que

siente precisar grandes cantidades de energía y voluntad. Hasta entonces se carecía, en última instancia, de responsabilidad sobre la propia vida, ordenada ésta por todas las disposiciones que asentaban un proyecto personal en marcha en el que incluso los objetivos impuestos de forma externa habían terminado por ser apropiados y normalizados por el sujeto como personales. Sin embargo, el momento de la liberación de estas disciplinas ajenas es percibido como una transmisión imprevista de esa responsabilidad que, llegada esta situación, se ve revestida de todo el peso que implica para una persona pasar a ser quien responde ante sus propios actos. Se manifiesta en ese sentido la «crudeza» de encontrarse en esa posición; la percepción de plena exposición ante las consecuencias de las decisiones tomadas que resulta inédita en las vidas de muchos sujetos.

P4: Yo te lo juro, de estar peleando con veinticinco o treinta hombres a quince metros de profundidad dándoles voces desde arriba a quedarme sentado en la mesa del camarero mirando a la otra esquina porque si miro ésta me caigo fue un cambio... para decirte... o sea, mi mujer, mi ex cuñada, o sea, que ha fallecido, me aconsejaron, vete a un psiquiatra porque me cambió totalmente el carácter, o sea, era un... Como ¿cómo? O sea, mi estrés, mi adrenalina era la vida literal mía, o sea...

P5: El movimiento.

P4: Era lo que me daba la vida, y después de currando tanto seguido, me quedé como una marioneta, así (REALIZA UN GESTO DE AFLOJAR SU MUSCULATURA)...Y eso qué te quiere decir, que sí es un cambio bestial pero tienes que centrar; bueno yo al menos, yo al menos he tenido que centrar todas mis energías en pelear, todo lo..., todo lo de las motrices, sal a caminar..., esto es bueno para el corazón.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Ahora tú puedes elegir entre quedarte en la cama o esto, entre levantarte a las ocho o levantarte a las 10, tú puedes elegir todo eso y... la, la... digamos... crudeza de tener que estar tomando decisiones constantemente sobre ti, sobre la responsabilidad de tu vida es tremenda. También ha significado estar más expuesta, expuesta en este sentido a las cosas que suceden, estar durante la mañana en una casa implica un montón de cosas, que suena al timbre, que viene a limpiar cristales, que viene uno a pedir limosna que,... y estás mucho más expuesta en el caso de... de existencia de hijos, estás mucho más expuesta a lo que pasa con los hijos. Cuando estás trabajando pues ojos que no ven corazón que no siente... ¿no?, entonces yo no sé cómo se llama eso ni cómo puede definirse pero el timón de tu vida está en tus manos. Con mucho mayor consciencia, no digo que de la otra cuando estás trabajando no sea así pero, pero la consciencia de que, de que tú tienes que decidir cada día que te levantas es mucho más cruda. Y... y que yo... quiero mantenerme joven y quiero estar sana y que... quiero estar de buen humor y que quiero hacerle la vida agradable a los míos y que quiero que cuando mi marido llegue tenga una comida rica preparada, pero que tampoco quiero estar encerrada en la cocina todo el día y... y esas cosas... está sometida a decisiones y a contradicciones.

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

En este punto late una idea de gran interés de cara a la comprensión de las implicaciones de la jubilación, pues pareciera que, en la forma en la que los sujetos desarrollan sus vidas en nuestra cultura, este escenario representaría el primero y único en el que podrían tomar el timón de su vida sin obligaciones ajenas que determinen dirección alguna. La ausencia de parámetros externos genera conflictos como los relatados en la anterior cita, pero propicia, a su vez, la posibilidad de calibrar con menos distorsiones el lugar que se ocupa como resultado de una biografía. La percepción de haber finalizado buena parte de los recorridos (laborales, familiares,

etc.) que nuestra cultura dispone para la realización de un proyecto vital permiten al sujeto sentir cómo se aflojan las expectativas del mundo sobre él erigiéndole como el principal juez de sus propios actos. Tras perseguirse a lo largo de toda una vida de tareas impuestas, el hallazgo de sí mismo parece llegarle precisamente cuando detiene su búsqueda y observa en lo que se ha convertido en ese camino. Se encuentra ante su propia imagen y sabe que lo que ve en ella, como resultado de todo lo realizado hasta entonces, representa en buena medida, dado que ya no va a comenzar un nuevo proyecto desde cero, lo que seguirá siendo. De hecho, incluso cuando no siente tal extremo, no deja de verse señalado en la consideración social que recibe como un individuo terminado, que ya ha descartado casi todas las formas posibles de ser y cuyo potencial para el cambio, dada su biografía de actos realizados y no realizados, solo constituye una posibilidad residual y transgresora de la normalidad. Llegada la jubilación, el mundo solo espera de la persona la reproducción continuada de lo que ha representado a lo largo de su vida, por lo que ésta cesa en su pretensión de encontrarse a sí misma en él en cuanto que los deberes que le imponía determinando su proyecto vital ya han prescrito. La asunción de esta finalización del proyecto «para los demás», la cual no suele llegar de forma sincronizada con el hito social que la regula, se presenta de este modo como el primer paso ineludible que afronta quien se jubila. Solo desde ese lugar puede comenzar a repensar un proyecto personal sin las ataduras hacia lo social que implicaba el anterior; reiniciar la construcción de una cotidianidad satisfactoria aprendiendo a estar bien bajo el único criterio de su experiencia.

No, tampoco puedo decir que sea un proyecto formado, muy estudiado por lo menos, no... No, vamos a ver, cuando yo dejo la empresa es verdad que la empresa no... o sea que estoy a gusto en la empresa pero, pero llega un momento en que sí es cierto también que todo lo que tienes que hacer ya lo has hecho, que tampoco por estar más tiempo en la empresa voy hacer cosas muy diferentes que me satisfagan muchísimo.

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media, participante social)

2.1.1. Consolidación o maduración de una identidad

La recurrencia en los discursos en torno a la sensación de haber adquirido una «perspectiva» diferente de la vida nos sitúa ante la confluencia de los dos fenómenos que estructuran la presente investigación, la jubilación y el envejecimiento. Sin lugar a dudas, la postura adquirida ante la suspensión de los ritmos habituales de vida se ve revestida de un factor experiencial imposible en otras edades. Desde el mismo, los sujetos expresan encontrarse «de vuelta» respecto a sus trayectorias. Este proceso suscita una suerte de desplazamiento del lugar central que cada persona ocupaba en su propia vida; genera la paulatina asunción de una menor relevancia de lo que a uno le sucede, la cual, a su vez, permite interactuar con el entorno desde una disposición más desinhibida, menos sujeta a la expectativa de verse definido por los otros. Se trata de un fenómeno trascendental en cuanto que ofrece una explicación sobre las coordenadas actitudinales en las que se encuentran las personas que abordan esta nueva toma de responsabilidades sobre su vida. Todas las interlocuciones han coincidido en señalar un cambio en la forma de comprenderse y relacionarse con uno mismo que determina

la posición adoptada ante el entorno; el lugar desde el cual se observa y se interviene en el mundo. Se definen en una posición desde la que se espera con más calma, se evalúa desde la experiencia de lo conocido y se acepta mejor lo que los días puedan traer. Tras vivir inmerso en su cotidianidad, el desmantelamiento parcial de ésta parece permitir a quien envejece una toma de distancia, una relación menos epidérmica hacia lo que ha construido. Desde esa percepción se puede observar lo que sucede en el entorno con las gafas de la experiencia, como un espectador que mira una película que, por conocida, en ocasiones le aburre y en otras le deleita, pero de la que apenas espera que le sorprenda. Se ha asentado una perspectiva: llegado a este momento de su vida parecería que el sujeto, en definitiva, puede tornar la mirada hacia fuera y dejar de observar el efecto de su presencia para ver al mundo y verse a sí mismo sin necesidad de atender a lo que ese mundo le dice.

El viaje anterior es muy pueril. La prueba son los viajes al extranjero que hacía de joven. Vas a lugares maravilloso, pero no ves nada, ni contemplas, porque, en realidad, el viaje es para mirarte a ti mismo. Ahora uno llega a un lugar, examina, estudia, ve.

(Varón, 65 años, clase media alta, Barcelona)

Y luego ganas en eso, en sabiduría como dicen, que es una realidad también. Enfrentarte a los problemas con otra perspectiva, no te alteras tanto, no te enfadas tanto,... entonces pues esa locura de la gente joven, la euforia y todo eso, pues esos tonos como que van bajando, pero también te dan tranquilidad. Entonces, yo no siento que esta etapa sea especialmente buena, o especialmente mala. O sea, la veo como una constante en la vida, como una cosa natural.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Hablamos de un momento en el que ya se ha dibujado una biografía repleta de decisiones que negaron muchas otras posibles formando un continuo tamiz en el que se ha ido decantando una identidad. Una vaga objetividad estadística le indica al sujeto que, en principio, ya recorrió más de lo que recorrerá y, por consiguiente, se encuentra ante una forma mucho más acotada de lo que puede ser; ante una identidad más consolidada. La comprensión de esta situación le invita a declarar, en consecuencia, una tregua consigo mismo en la que puede aceptarse o, al menos, resignarse ante todo lo que no le gusta de él pero, ahora ya lo puede ver claro, resulta parte indisociable de su persona. Hace años que ha ido permitiendo una condescendencia hacia todos esos vicios y defectos que le han generado problemas en el pasado y, a estas alturas de su vida, sabe que tiene una batalla perdida con ellos, por lo que abandona esa lucha y espera que su entorno las acepte como él lo hace. Todos los interlocutores han insistido en que «ya son como son» como expresión de la asunción de una suerte de fatalidad: en sus itinerarios no cabe reivindicarles que cambien para ajustarse a los deseos del otro. Desde la mencionada consolidación de sus identidades, aseguran sostener una actitud más rígida con relación a las propias formas de comportarse en coexistencia con una predisposición más abierta de cara a la aceptación de las contradicciones de los otros. Lo normal es que esta maduración venga efectuándose desde mucho tiempo atrás, pero solo la finalización de esos deberes con la sociedad que dieron forma a un proyecto personal le permite comprender al sujeto que, puesto que ese proyecto ha finalizado, él mismo ha dejado de ser un proyecto; él mismo

ya es. Es sobre todo tiempo vivido, potencia realizada aunque ésta no se haya producido en el modo que imaginó mientras su construcción sucedía. En compañía de un equipaje de dolores y satisfacciones recordadas, quien comprende que envejece afronta la continuación de su camino sin pretensión de buscarse en él. El cierre «social» de los proyectos vitales desarrollados hasta el momento y el paulatino efecto de la acumulación de vivencias le permiten cerrar ciertos sentidos sobre la propia existencia desde la interpretación de su pasado, por lo que el futuro ya no determina la forma en la que prosigue. Esto no implica que se hayan abandonado planes o deseos hacia el porvenir que doten de sentido al presente, pero ahora a éste se le espera desde una posición de mayor tranquilidad, que no pasiva, a partir de la idea de que los acontecimientos que llegarán ya no cambiarán ningún pilar esencial en los fundamentos que constituyeron su proyecto vital y, con él, su identidad.

No somos muy..., yo creo que nunca he sido más feliz que después de los 50... es bastante curioso porque la gente tiene idealizada la juventud pero yo no... posee parte por la salud, por la salud, el aspecto y una serie de cosas, pero yo no volvería nunca a los años de la juventud porque fueron complicados, difíciles digamos que tienes dudas sobre ti mismo... no se. Después de los 50 te quedan muy pocas dudas y verdaderamente puedes empezar a disfrutar plenamente de muchas cosas si tienes buena salud se entiende y a mí de momento no me falta.

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

Bueno, pues las ventajas es que estás más centrado, esto es un [Se toca el cuerpo] coche que con los años se estropea, pero de cabeza estás más centrado, más tranquilo, ves las perspectivas más como las tienes que ver, te cuesta, te cuesta después de un cambio de haber trabajado, a... a no, a estar así, te cuesta, pero una vez sales con fuerza, pues ya te ves

que es hoy el futuro y que vas viviendo según la vida te traiga, esto es lo que yo creo.

(Varón, 58 años, desempleado, Barcelona, clase media baja)

2.1.2. La imaginación del futuro en el mundo

La recurrencia en la alusión al futuro como el tiempo presente, como una dimensión mental que no permite ya proyecciones en el abstracto infinito que proporciona la sensación de eternidad del joven, se asienta sobre la percepción ya apuntada de que, al llegar a estas edades, uno es más lo que ha sido que lo que será. El sujeto es sobre todo tiempo recordado y olvidado que parcela y significa para explicarse a sí mismo su existencia en función de sus necesidades. Los fenómenos vinculados al envejecimiento que estamos describiendo implican una recapitulación que solo precisa quien sabe que tiene menos tiempo fuera que dentro de sí; quien atesora más mundo vivido que por vivir. Únicamente quien envejece puede percibir en toda su dimensión la irreversibilidad del tiempo. El joven también se interroga a sí mismo a través de lo que fue pero, sobre todo, lo hace a través de lo que realizará en un futuro imaginado que define el espacio sin límites de todo aquello que querría ser. Es deseo en movimiento y anhelo de conquista: tiene tiempo para desarrollarse en el espacio y es en la vivencia de ese tiempo en el mundo donde busca conocerse. Se rebela contra su presente buscándose en un futuro que siempre termina siendo pasado: afirma tener tiempo por delante cuando quiere decir que tiene mundo en el que expandirse. Estar en el mundo y tener mundo dentro de uno, conquistarlo y ser conquistado por él, representan expectativas que definen la

inquietud de cada persona en su búsqueda de sí misma. Envejecer aplaca esa necesidad de expansión en la medida en que quien lo experimenta ya no anhela preguntarle al mundo quién es de forma constante. Al contrario, el envejecimiento representaría en potencia la oportunidad de conocerse en lo que uno es precisamente porque, como venimos argumentando, se trata de un momento de la existencia en la que uno ya es algo comprobado. Supondría, en suma, el momento en el que hay algo que conocer dentro de uno porque su mundo está sobre todo en él (Amery, 2001). Esta posibilidad de autoconocimiento condiciona sobremanera la percepción que se tiene del futuro y la forma en la que ésta determina las prioridades y las expectativas desde las que la persona mayor se relaciona con el mundo. Quien sabe que envejece sabe que en buena medida ya es solo tiempo, sustancia personal sucedida en la que el tiempo por venir no se proyecta del mismo modo hacia el espacio; hacia el mundo. Por eso experimenta a diario su futuro como la negación de su expansión en el mismo.

Hay un antes y un después, llega un momento, llega una edad donde ya te planteas la vida de diferente manera, totalmente, radicalmente ¿no? De repente ves el muro aquí ya, ves la pared aquí, ves que sí, que puede haber mucho espacio pero como que no, como que se te acorta muchísimo.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Es verdad eso que se decía siempre de que a esta edad tienes una perspectiva más hacia el pasado que hacia el futuro. Yo me veo muchas veces haciendo como recapitulación de las cosas que he hecho, no de forma sentimental, o sea, no me malinterpretes, no es que piense ay qué bien, no es eso, pero haces un poco de recapitulación de las cosas que has hecho y cómo las has hecho, a veces piensas cómo las podrías haber hecho. Yo tampoco soy nada sentimental en ese sentido, si lo has hecho así es

porque lo has hecho así y nada más pero, claro, piensas más en su historia que en un futuro que sabes que no existe...

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

P3: Pero empiezas a valorar, empiezas a valorar cosas que no valorabas con veinte años, empiezas a vivir más el presente... El presente, porque, yo en mi caso personal, para mí el presente es muy importante hoy... Que hace quince o veinte años pues yo qué sé, era eterna, hoy bueno, quiero curar, intento curar, dentro de mis posibilidades, todo, todo todo, las vías que tengo, no sé, curar al máximo mi bienestar, mi salud y mi todo y disfrutar.

P5: O sea, que la base de lo que más o menos estás diciendo es que el tema principal es el hoy.

P3: El hoy, para mí es el hoy, es un antes y un después, o sea para mí ¿Eh?

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Sentir la irreversibilidad del tiempo y la finitud de la propia existencia permite al sujeto percatarse de su envejecimiento. Es por esto que, como afirmábamos al comienzo de esta investigación, quienes tienen en la actualidad entre 55 y 70 años, más allá de categorías sociales que se lo indiquen, saben que envejecen. La cuestión radica en que el tiempo ha dejado de contar «hacia delante» en la medida en la que ya no se dirige hacia ningún objetivo prefigurado en el que el sujeto deba definirse; en la medida en la que su avance, dadas las mermas que de forma paulatina el envejecimiento acumula, entraña la posibilidad de un declive de lo que se ha llegado a ser. Tras la consecución del proyecto vital estructurado por los tres ejes (familia, patrimonio y trabajo) que dicta la normalidad de nuestra cultura, el sujeto no encuentra un horizonte socialmente instituido hacia el cual dirigir sus pasos. El desarrollo del proyecto de vida se veía

hasta entonces revestido de un valor añadido en cuanto que entrañaba la realización social del individuo; su constitución como un *ser para la sociedad* cuyos objetivos particulares sintonizaban con la porción de necesidades colectivas que el grupo transfiere a cada uno de sus integrantes. La sociedad no espera nada de quien se jubila, sin embargo, de modo que la voluntad que orienta la planificación de los días hacia la consecución de unos objetivos se topa con un vacío de sentido que cada persona debe rellenar. La consolidación, que no cierre, del proceso de construcción de una identidad, ha reducido las ansias de definirse en un proyecto de envejecimiento para el cual nuestra cultura no ha reservado devolución alguna en cuanto al reconocimiento de la valía de los actos realizados durante él. En ese escenario, la única certeza que nuestros interlocutores han manifestado encontrar con relación a la finalización del nuevo ciclo que emprenden se encuentra en la interrupción que generará la llegada de la enfermedad como preámbulo de la muerte. Esta temida circunstancia representa un final hacia el cual el sujeto no proyecta deseos: representa un final, pero no un objetivo en el que realizarse.

Lo mejor que puede esperar es que todo siga igual porque futuro futuro no hay, es decir que lo único que puedes esperar es que todo siga así el mayor tiempo posible; no espero mejorar, mejor que ahora es imposible.

MEJOR QUE AHORA ES IMPOSIBLE

Sí, en mi caso sí... ¿qué puede ser mejor?

¿DIRÍAS QUE ESTÁS COMO EN UN PICO VITAL?

Sí, en cierto modo sí porque he llegado a una especie de meseta en la que me encuentro muy bien pero sé que eso va a ir a peor... bueno es ahora a lo que tiene uno que acostumbrarse también.

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

En este punto se explica la modificación en la forma en la que es comprendido el tiempo y, con él, el significado atribuido a los modos en los que cada cual decide rellenarlo. La incertidumbre que genera el proceso de envejecimiento como escalera mecánica hacia la vejez como estado condiciona la forma en la que se explican los proyectos vitales debido a que su final resulta imposible de determinar. A diferencia de las cronologías más o menos precisas que aportan hitos sociales como la jubilación, la percepción de que el final del proyecto que se desarrolle se definirá con la llegada de la muerte, aunque ésta se vea y desee lejana, suscita una incógnita que incita a la cautela con relación a los permisos expresivos que los sujetos se conceden en la imaginación de su futuro. Puesto que sobre su desenlace nada saben, miden el tiempo por venir en una cuenta atrás cuyo final desconocen. Se piensa más, en consecuencia, en el tiempo que queda desde una percepción en la que cada momento resta en lugar de sumar, pues supone un movimiento más hacia un final no deseado, difícilmente asumido y sobradamente conocido, que les aleja, en lugar de acercarlos, de una posibilidad de realización personal que la sociedad ya les dijo finalizada.

Entonces ¿qué puedo vivir yo? a lo mejor muy bien cuatro o cinco años, inevitablemente yo contemplo el fin y me lo planteo como algo que está ahí y bueno me preparo mentalmente porque en realidad sé que está ahí...Pero no, no me pongo triste ni nada o sea simplemente es que sabes que un día te vas a tener que ir a dormir. (RISA)

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

2.1.3. La afirmación del presente

La percepción de la posibilidad de un final condiciona la forma en la que se comprende el tiempo por vivir y, por extensión, el lugar desde el que el individuo se relacionará con el mundo. Sin embargo, tomar conciencia del proceso no implica resignarse ante él. No estamos ante sujetos que se definan como terminados o en los últimos rescoldos de sus vidas por mucho que integren en sus discursos cierta percepción en relación con la mayor cercanía de un declive que, hasta entonces, no formaba parte de sus imaginarios. La conclusión del ciclo que comienza quien se jubila se ubica en el final mismo de la vida, pero esto, como hemos apuntado, no lo constituye en el fin que regirá sus actos mientras lo transite. Quien envejece no es un sujeto que vive «para la muerte» porque no es hacia su inexistencia hacia donde dirige su itinerario a través de su envejecimiento. Al contrario, la respuesta ante lo que no se será se orienta a la afirmación de lo que sí se es. La muerte está ahí, donde siempre estuvo, la diferencia es que ahora se comprende de un modo inimaginable en momentos anteriores. En las edades estudiadas se siente más cercana pero no inmediata, por lo que no se mira hacia ella dado que no se obtiene nada en su anticipo. Se opta por intentar «estar a gusto» mientras tanto y «seguir viviendo» lo que el destino depare. En ese sentido se comprende que la descripción del futuro a través de ese «muro» tan gráfico sugerido por una de nuestras interlocutoras no genere una entrega ante el destino que conlleva. El individuo ya no se proyecta en su construcción sobre las posibilidades del futuro pero esto no implica, de ninguna manera, que su deseo de mundo desaparezca. La reducción de la imaginación del porvenir invita a vivir el presente en

un momento comprendido como propicio para el desarrollo personal y el aprendizaje (sentido que, como veremos en el bloque dedicado a la participación, atraviesa todas sus actividades) en el que el reto ya no reside tanto en la construcción de una identidad como en su continuidad durante lo que se considera un ciclo más de una vida que siempre fue finita. Y la respuesta ante ello, en conclusión, se expresa en la voluntad de continuar siendo mundo y seguir haciendo lo que se hizo atenuando, por añadido, el peso de la experiencia de envejecer que conlleva, se acepte o no, la noción de estar acercándose hacia la muerte. El tiempo del sujeto que envejece es el presente como tiempo de desarrollo personal en el que ya no precisa construirse sino crecer y experimentarse, estar en el mundo y tener mundo dentro de él.

Yo creo que ahora es otra dimensión, ahora la que necesita saber que está desarrollando un proyecto y que no hay un vacío delante soy yo, entonces... tener un proyecto, volver... yo acabo de leerme el libro de Castells, «Comunicación y poder», entonces... volver a la teoría sociológica me... me ha hecho sentir, que la sociología me sigue gustando que hay cantidad de cosas allí que me permiten entender cosas que pasan...

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

Y ¿QUÉ TE MUEVE A PELEARTE CON LA PEREZA? ¿QUÉ TE MUEVE A LA CALLE?

(RISAS)... la vida, la vida me... empuja... el no saber decir que no a las cosas, bueno pues yo mismo me empujo.

EMPUJAS Y ¿PARA QUE...? TE VUELVO A HACER LA PREGUNTA... ¿PARA QUÉ TE EMPUJAS? QUÉ CREES QUE TE EMPUJA...

No hay un para que... No hay nada finalista.

HAY... O ENTONCES ¿QUÉ ES LO QUE TE MUEVE? ESO QUE LLAMAS LA VIDA...

Pues eso... uno... uno es...uno no vive para... uno vive en sí... o sea el ser para los demás... pero no... no, yo creo que ahí nos vamos al pesimismo más absoluto... si el hombre es un ser para la muerte, el ser para la muerte pues, pues no me siento porque en definitiva si buscamos el para, al final será para la muerte y claro uno está ya empezando digamos... De forma cursi se dice en la última etapa de tu vida... No hay etapas y en un momento determinado acaba pero no hay un para, yo creo...Entonces... ¿Ahora voy hacer cosas diferentes?, pues no. No voy hacer cosas muy diferentes, o sea al jubilarme, no voy hacer cosas muy diferentes de las que ya estaba haciendo, en todo caso dedicaré más tiempos, etcétera.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

2.2. El proyecto vital sin deberes hacia el mundo

Las anteriores reflexiones nos proporcionan un mapa de gran interés de cara a la comprensión del proyecto de envejecimiento en las edades asociadas a la jubilación. La dificultad manifestada para imaginar el futuro como un espacio de proyección personal aboca a quien envejece a una relación más estrecha con un presente que ofrece más certezas como tiempo de desarrollo. En él no vive ni para la muerte que anticipa el envejecimiento ni para una sociedad que le ha liberado dictaminando la finalización de sus deberes hacia ella. «No hay para» en el futuro: las actividades se ven despojadas de un sentido finalista o último, de una pragmática que oriente su sentido hacia la consecución de objetivos a largo plazo que expliquen la construcción del sujeto en ellos. Una persona mayor no se matricula, por ejemplo, en la universidad de mayores con el objeto de adquirir una serie de destrezas y el correspondiente título que las acredite con vistas a su oferta en un mercado de trabajo

que ya le ha rechazado, sino que lo hace por el puro placer de aprender sin presiones, desarrollarse, ampliar o afianzar sus redes personales y continuar participando en los procesos de ese mundo en el que desea seguir ocupando un lugar. Si el futuro se percibe como la negación de la expansión en el mundo de un sujeto que, consolidada su identidad, ya no necesita definirse en él, la respuesta que expone esta generación toma forma a través de la voluntad de realizar actividades que les sigan vinculando a ese mundo en su momento actual. Se vive, en definitiva, en un presente continuo con clara vocación hedonista que define de forma precisa el ritmo y las expectativas desde las que nuestros interlocutores imaginan su experiencia del envejecimiento. Esta situación proporciona una relajación, una calma asociada a la falta de exigencias que permite disfrutar los procesos sin el estrés de los resultados que antes exigía el calendario, sabiéndose responsable y autorizado para decidir en cada momento lo que más se ajuste a sus deseos. Los objetivos no se pueden postergar en el largo plazo, por lo que ya no importa el destino sino el camino: el proyecto es hoy, un hoy visto como futuro impostergable, como realización a corto plazo que se ve continuamente renovada debido a la pretensión de acompañar el ritmo del presente, por lo que ya no traza un relato progresivo sino cíclico.

No, urgencia no, lo que sabes es que digamos que mientras cuando eres más joven tienes siempre los proyectos que vas aplazando que dices bueno ya lo haré, ahora ya no puedes aplazar nada porque si no lo hago ahora... pues posiblemente no tenga tiempo de hacerlo, quiero decir que es así y eso sí que lo notas, lo ves venir y mientras tanto vives bien, esa es la única cosa, vives bien, sabes que esto tiene su límite pero tampoco piensas en esto todos los días, vives y nunca mejor dicho en términos budistas

y vives el momento, el pasado ya no existe el futuro no ha llegado y vives el día cada día que te levantas es una experiencia buena y cada día que te despiertas lo ves como algo bueno...(RISA).

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

Pues yo ya no la veo una formación reglada, sino una formación más, porque a lo que uno vaya a ir será algo que te motive, entonces es mucho más relajante, y si estás mucho más relajado, aprendes, y eso te interesa, más, y te llena más, claro. No es nada forzado, no es que te tengas que sacar todas estas asignaturas para tener una carrera. Si es para sacar una carrera también, si es alguien que dice que se quiere sacar una carrera empezando a los sesenta años o más a mí me parece maravilloso, a mí me parece maravilloso.

(Varón, 60 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

P6: Vivir hoy.

P7: Ya lo han dicho todo.

P6: Es incierto.

¿EL QUÉ?

P6: Es incierto, vale más no pensar.

P1: Vives el día en el que estás.

P7: Vivir el día a día.

P5: Y seguir aprendiendo cosas, llevar a término, no sé, lo que no he hecho hasta ahora y me ha gustado ver. Yo ahora mismo cuando he ido a Sant Feliu y he visto la cantidad de rosas que había allí, la cantidad de colores, la cantidad de variación, los injertos, en donde miras un rosal que tiene una rama sola y tiene cuatro tipos de flores, dices chapó por este señor que ha empleado un tiempo; pues, eso me gustaría hacerlo, es lo que estoy haciendo ahora [...] pues eso te llena, esas pequeñas cosas son las que a uno creo, no sé.

P7: Eso es importante.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Esta vivencia en gerundio y sin exigencias ofrece su reverso en el temor de los sujetos a diluirse en un tiempo sin forma. El envejecimiento se define en el corto plazo y ese «vivir el momento» reduce la capacidad de planificar y disciplinar los días. El sujeto ya no está «sujetado» por la infinidad de deberes formales que le ataban a unos ritmos e itinerarios precisos en su cotidianeidad y comprueba la inaprensibilidad del tiempo sin horarios. Se trata de un reencuentro con la propia vida y procesarlo exige un periodo de adaptación tras una vida articulada en torno a referencias que han cambiado de lugar. En ese sentido, las personas entrevistadas han coincidido en subrayar las dificultades para ocupar el tiempo desocupado de las rutinas que habían ordenado su experiencia hasta entonces. El trabajo o la presencia de familiares en el hogar supone una estructura de responsabilidades impuestas y su dilución enfrenta a los sujetos ante el vacío del tiempo vacío. Por ello, su principal dilema radica precisamente en la capacidad de conectar con el propio deseo a la hora de otorgar sentido a sus actividades. Que éstas no se vean supeditadas a objetivos incuestionables torna arduo el compromiso hacia su consecución y genera un «peligro» con relación a la posibilidad de no llevar nada a término. Esta inquietud supone una de las principales preocupaciones manifestadas por nuestros interlocutores. Insisten en la percepción de que el tiempo libre resulta el más difícil de aprovechar debido a que la libertad de exigencias que encierra reduce la eficiencia en su empleo e invita a abandonarse en él. Ahora que su tiempo les pertenece, sienten, de forma paradójica, que el mismo se les escapa entre las manos, por lo que el reto que deben asumir de cara a su envejecimiento radicará precisamente en las formas que encontrarán de rellenarlo

de una manera que, como responsables del mismo, les resulte satisfactoria, pues solo ellos y ellas responderán ante sí mismos en su realización.

Me preocupa más qué hacer con mi vida sin trabajo, porque claro al final son horas que pasas allí, y tienes..., y hay muchas cosas que te vienen sobrevenidas, porque estás trabajando precisamente... o sea tienes más relaciones con gente o sea hay un montón de otras cosas que no es estrictamente trabajar pero que te vienen sobrevenidas y pues qué haces con tu tiempo libre es un tema ¿eh?... Desde que sabía que me iban a echar, si, si eso tenía clarísimo que iba hacer un voluntariado y... luego por ejemplo ha sido, hago menos tiempo, le dedico menos tiempo del que inicialmente pensaba porque también es cierto que cuando tienes tiempo libre que relajabas y lo mismo que yo hacía antes, porque yo antes llegaba a mi casa, iba al supermercado, planchaba, hacía todo, pues ahora lo hago muy relajada o sea lo hago con otro ritmo, entonces también tengo menos tiempo libre, que parece ridículo pero tengo mucho menos pero porque yo me he relajado mucho entonces no tiene sentido también que me esté levantando igual que me levantaba antes en realismo entonces todo lo tomé como con mucha más calma. Pero... pero bien, yo creo que me lo he logrado organizar bien.

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

2.2.1. Envejecimiento activo y responsable: el valor de la actividad

En los discursos con relación a la forma de organizar el tiempo, se observa cómo esta generación llega a su jubilación con los valores del envejecimiento activo ya interiorizados. La actividad se ve revestida en su imaginario de diversas connotaciones positivas. En primer lugar, debido a que es concebida sin ambages como el medio de vinculación a un mundo del cual no quieren desaparecer tras el cambio del papel que desempeñaban en él. Tener algo que hacer significa persistir en un deseo espacial de experimentar el mundo;

rechazar la pasividad doméstica asociada al rol clásico que antaño nuestra sociedad reservaba a quien envejecía. Se trata de una impugnación de ese rol que denota un deseo de manifestarse vivo, de negar el propio envejecimiento como un proceso invalidante de la persona. A través de la actividad, el sujeto continúa alimentando y desarrollando redes sociales y preserva una posición en sus ámbitos de socialización. Sostiene, y en ello radica el principal reto que entraña el proceso de envejecimiento tanto en ésta como en fases posteriores, una identidad en la que reconocerse a través de la continuidad de la misma en los ámbitos en torno a los cuales fue construida (Prieto, 2009). A este argumento se añade la comprensión de las virtudes más difundidas del envejecimiento activo con relación a su dimensión preventiva respecto a la propia salud. Las personas entrevistadas asumen la necesidad de mantener en funcionamiento una maquinaria que precisa más cuidados que en el pasado y entienden como premisa innegociable para la misma mantener un ejercicio (físico e intelectual) cotidiano. En ese sentido aparece además una valoración particular de estas edades en relación con el estímulo que entraña la constatación de que se puede continuar afrontando las actividades que se realizaron en el pasado. La satisfacción obtenida en su consecución postula a ciertas actividades como un reto en el que el sujeto se enfrenta con su propio envejecimiento y calibra de forma cotidiana la evolución de unas fuerzas que sabe en un paulatino declive. Vinculación, salud y continuidad ofrecen, en suma, un esquema motivacional absolutamente trascendente de cara a la comprensión de los modos de planificar y pensar el proyecto de envejecimiento de estas personas tras su entrada en los escenarios y la cultura de la jubilación.

Desde luego, jubilarse para quedarse en casa... es... es llamar a la...a la vejez, es llamar a la vejez y es a... llamar a... la muerte ¿no? porque además.... bueno fisiológicamente lo que no se activa se atrofia y las neuronas se atrofian si no las activas... bueno uno puede activar las neuronas jugando al ajedrez consigo mismo o puede hacer no sé... o leyendo o yéndose un rato a la biblioteca y dándole vueltas y no sé... también, también hoy en día es posible que uno esté abusando mucho de Internet y relaciones por ahí... sin embargo creo que es un error; hace falta, es necesario contacto físico, salir a la calle, hay que ver caras nuevas, hay que conocer a otros, claro.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

En cuanto a las formas de llevar a cabo la pretensión expresada de mantenerse activas, las personas pertenecientes a esta cohorte de edad manifiestan una particularidad con relación a su forma de comprender el envejecimiento activo en sus vidas. En consonancia con lo explicado a lo largo de la presente investigación, nos encontramos ante una generación que presenta trayectorias más autónomas e individualizadas que las de sus antecesores. En la sociedad postfordista las dimensiones clásicas que construían la grupalidad reducen su capacidad de atracción. La religión, la ideología, la identificación con un hábitat o la pertenencia prolongada a un ámbito concreto de la producción han dejado de representar formas comunes y estables de identificación en favor de adscripciones más particulares en razón del estilo de vida desplegado como forma de expresión personal en la masa. Existe un rechazo evidente a la categorización en calidad de personas mayores que proponen las políticas incentivadoras del envejecimiento activo en cuanto que esta oferta aglutinaría una colectividad con la que no se identifican. Quienes ahora se jubilan presentan un perfil mucho más exigente con relación a

las formas de «activar» su envejecimiento. Quieren para sí mismos un envejecimiento activo de cuyo diseño sean responsables al identificar la responsabilidad con el reconocimiento hacia «quien responde»; hacia la persona particular que realiza el acto. De este modo no resulta suficiente disponer de una agenda ocupada de actividades si ésta no les permite realizarlas a su manera. Más que una oferta estructurada de actividades demandan ventajas y facilidades para sus planes personales. Muestran su preferencia por viajar solos antes que en grupo, por encontrarse con personas con las que comparten trayectoria e intereses y no simplemente una situación ordenada por sus cronologías. Esta tendencia, común en todos los discursos, incide especialmente entre las personas pertenecientes a estratos sociales más altos que, precisamente, suelen ofrecer trayectorias vitales más dinámicas, menos sujetas a entornos que fueron rebasando y, en consecuencia, más individualizadas.

Y bueno con el italiano ha sido también un descubrimiento, porque el italiano lo aprendemos gente mayor y gente joven entonces allí hay grupos en los que estoy mezclada con gente joven y me da mucha alegría poder saber que puedo relacionarme con gente joven...

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

Yo anteriormente decía que no se improvisar, el que no está metido en nada de repente mañana me jubilan y... en muchos, en muchísimos hay un sentimiento de que, de que me despiden, de trasto viejo ya que hay que renovar ¿no? Y entonces como yo no quiero eso pues ¿dónde voy? pues... y encuentro ahí un espacio o sea como un espacio o sea... encuentras el centro social de la Piluka... y al mismo tiempo ...la Universidad de mayores son... personas mayores ¿no?... son estudios diferentes y se hacen para,

para... y, y bueno a mí me parece una buena opción, una magnífica opción porque todo lo que sea dar cultura y... a través de eso es muy fácil que se creen relaciones... no tan... no tan... de una generación como existe en centros de mayores, sino, sino porque eso es muy... si no pues mucho más abierto... Me parece una buena opción.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

2.2.2. El proyecto para uno mismo: la autoimposición de tareas como forma de participación

Las dificultades que supone la jubilación de cara a la ordenación del tiempo, la impugnación del rol tradicionalmente asociado a la vejez y el rechazo hacia la salida que posibilitaría la oferta significada «para personas mayores», colocan a esta generación ante un papel en blanco que debe rellenar. El reto estriba en encontrar actividades que canalicen el deseo de continuidad de una identidad que se ve amenazada cuando desaparecen los referentes sobre los que fue construida. Tras jubilarse, los sujetos comprueban cómo la inercia que podría generar la comodidad de saberse libres de compromisos les puede llevar hacia una apatía que identifican con una muerte social que no están dispuestos a alimentar, por lo que adquieren una conciencia clara con relación a su necesidad de exigirse lo que el mundo ya no les exige. Todos los discursos han insistido en la importancia atribuida a la capacidad de generar un «método» hacia el cual adquirir compromisos como forma de control de sus propias vidas; como estrategia de sujeción que dote de estabilidad y sentido a sus días en un escenario que no ofrece límites, con los pros y los contras que esto supone. Generan una disciplina sobre los tiempos y los espacios en

los que viven para aproximar su configuración a un escenario en el que puedan identificarse y reconocerse. La autoimposición de tareas permite, en definitiva, adquirir una conciencia de autonomía en una libertad potencialmente anómica en la que quienes envejecen sienten que podrían perderse sin objetivos.

Si a mí me duró muy poco pero si al principio sí porque claro súper cómodo que bien no tengo nada que hacer, puedo descansar lo que quiera, puedo levantarme tarde pero claro eso... eso en mi caso me duró poco como digo, poco también porque yo ya entonces estaba con mi marido y él es también muy disciplinado, entonces no me deja, no nos dejamos mutuamente. Yo no le dejo a él hacer ciertas cosas y él no me deja a mí hacer otras, entonces eso es también importante.

(Mujer, 67 años, jubilada, Madrid, clase media alta, participante social)

Hombre, cambia el porqué y el para qué de las cosas, o sea, un hobby se ha convertido, por decirlo de alguna manera, en lugar de ser una distracción, en algo más importante que tienes que conservar...

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Una tarea significa una labor planificada: encierra un deber hacia su realización y es valorada en virtud de sus frutos. La retirada social de la producción reglada no implica el abandono de los valores de la productividad por parte de quienes se jubilan. Al contrario, disponen de un tiempo libre que no quieren plenamente ocioso al identificar este término con una utilización del tiempo sin fines que lo orienten, despojado de elementos que proporcionen reconocimiento. Marcarse objetivos en el corto plazo facilita, a falta de grandes proyectos, proveer de un sentido productivo al tiempo en el que el sujeto se encuentra consigo mismo gracias a la satisfacción de

la tarea realizada. Dota de significado a la vida cuando es uno quien debe dárselo. La paradoja, completamente trascendental de cara a los objetivos de esta investigación, estriba en que la realización de esas tareas adquiere un valor que se proyecta hacia lo social que permite resolver la inquietud de seguir participando en el mundo. La actividad vincula al mundo y estar en él significa estar vivo. La jubilación implica, a priori, una salida de la participación social: uno ya es rentista de la participación realizada en el pasado. Esa ausencia de deudas no implica, sin embargo, una falta de voluntad de seguir participando. El deseo, ya profusamente explicado, de dotar de continuidad a la identidad; de seguir siendo lo que uno cree que es en el grupo, encuentra su vehículo expresivo a través de la participación, pues solo ésta otorga el reconocimiento del rol desempeñado que el sujeto precisa. La expulsión de los ámbitos en los que se ocupaba una posición obliga a los individuos a resignificar sus actividades confiriéndoles un sentido que se proyecta hacia lo social de modo que puedan confirmar su papel en el grupo. Estos significados no tienen por qué ser percibidos o retribuidos de forma directa por el espacio social al que se dirigen. De hecho, en los discursos de las personas entrevistadas abundan las reivindicaciones del valor de su cotidianeidad como formas de aportación a la sociedad. En el relato de los cuidados que profesan a sus mayores o a sus nietos, por ejemplo, todos los interlocutores han enfatizado la innegable descarga de deberes que suponen para la sociedad. La concepción de la participación manifestada rebasa sus formas regladas (voluntariados, asociacionismos, etc.) y se dirige hacia el deseo de seguir desempeñando un rol en el mundo, de estar en el mundo y tener mundo dentro de uno como forma de

aplacar los efectos sociales que se le presuponen al envejecimiento. La actividad se revela en sus narraciones, en conclusión, como el ritual por excelencia de pertenencia a un entorno que no quieren abandonar y, ante la ausencia de exigencias por parte del grupo en el que se insertan, el sentimiento de participación se modula como una construcción subjetiva a través de la cual el propio sujeto otorga una proyección colectiva a la valoración de sus actos. De este modo, su inquietud no radica tanto en participar socialmente a través de canales institucionalizados como en la percepción de sentirse partícipe, posibilidad únicamente alcanzable desde el sentido de aportación que permite la obtención de resultados en lo realizado en los que encontrar un reconocimiento hacia «quien hace» que trascienda su cualidad de persona mayor.

Yo creo que se obsesiona uno un poco con el tema de organizar el tiempo, o sea de no estar ocioso, o sea es como que lo que tú dices... como que si tienes mucho tiempo libre, qué hobby hago y qué no hago, un poco a mí particularmente me pasa y procuro organizar cosas para no estar ociosa

2H. A mí de hecho hay cosas... porque te dicen que tú nunca has hecho nada por la sociedad o no sé qué; digo hombre ¿cómo que nada? digo yo, mis hijas jugaban a baloncesto en el colegio este de aquí y he echado horas por las tardes para aburrirme durante un montón de años sin cobrar nada, he echado un montón de horas, entonces claro que he hecho cosas, entonces a lo mejor parece ser que hay cosas que hay que enterarse, hay cosas de tal forma que tú ayudas y ellos luego te ayudan, un intercambio yo es lo que estoy empezando a buscar, es lo que estoy empezando buscar, entonces esas tres o cuatro horas que me sobran de dejar de trabajar que me sobran esas tres o cuatro horas pues buscarme algo de eso.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

Este retorno de lo social sobre uno mismo señala una clave esencial con relación a la manera en la que se define el proyecto vital tras rebasar la edad que nuestra cultura prescribe como productiva. El proyecto *para los otros* ya pagó las deudas hacia la sociedad y la nueva etapa en la que se embarcan se desea consagrada a uno mismo. Carentes de una pragmática que las oriente hacia un espacio social en el que el sujeto ya no precisa definirse, sino mantenerse, las actividades realizadas no tienen por qué albergar un sentido ulterior. Quien se jubila vive ahora y *para sí*; se embarca en un nuevo itinerario vital en el que será la primera persona destinataria de lo realizado. Las personas entrevistadas han insistido en declarar su deseo de dedicarse a sí mismas tras una biografía de entrega a los demás. Esto no implica que cesen de implicarse en causas ajenas pues, como hemos visto, su realización personal aparece atravesada por la percepción de estar desempeñando un rol necesario para los demás. La diferencia estriba en que la apropiación de las problemáticas externas se pretende elegida y decidida en consonancia con los propios deseos. Es tiempo de reconciliación con uno mismo, de recuperación del tiempo expropiado por la sociedad, ahora las perspectivas de disfrute representan el criterio primordial a la hora de embarcarse en cualquier proyecto. Se planifican viajes, se retoman o potencian aficiones, se aprovecha para hacer todo lo que se considera que no se pudo hacer debido a las obligaciones pretéritas. El individuo se ha ganado «liberarse» de la sociedad; ya no se busca en ella aunque la necesite para ser quien es y comprende su tiempo como un tiempo de desarrollo personal en el que se merece hacer lo que le guste en la medida de sus posibilidades.

Salir del trabajo a mí me ha ayudado mucho, a vivir más relajadamente y más a hacer lo que yo quiero, y es una situación muy cómoda, no es estresante, porque yo toda mi vida he vivido estresado en mi trabajo, por condiciones del trabajo, y afortunadamente el giro ha sido de ciento ochenta grados a todos los niveles, mi calidad de vida ha aumentado, pero no solamente ha aumentado de encontrarme mejor, de poder disponer de mis tiempos, que eso es también importantísimo, tampoco te puedes dar libertades, o sea te coges y te pones en el ordenador y te puedes pasar cincuenta horas y ¿qué he hecho? eso tampoco es bueno, eh, yo creo que hay que establecerse siempre un método

HAY UNA EXPERIENCIA DEL TIEMPO DISTINTA

Exacto

¿CÓMO ES?

Eso, te lo organizas, de decir, te organizas un calendario. Hombre, tienes una facilidad añadida, es decir que tú haces una programación si hay alguna actividad que te interese, como me ha salido a mí lo del taller mañana de Sevilla, y la puedo meter, pero vamos, yo tengo mis tiempos, mis tiempos de huerta, mis tiempos de mirarme la prensa, tengo mis tiempos para viajar, tengo mis tiempos para ir a Madrid a ver una exposición o lo que sea..., todo dentro de un orden

DICES MIS TIEMPOS

Sí, sí, mis tiempos

¿ANTES TENÍAS TUS TIEMPOS?

No, eso me ha faltado, o sea a mí me han robado, o sea el trabajo que tenía antes en la empresa me ha robado mucho mis tiempos, muchísimos tiempos, tiempos que los he analizado y los he hablado con mi familia que no se los puedo devolver porque se los he quitado. Hoy no y, dentro de esos tiempos, tengo mis tiempos lógicamente con mi pareja.

(Varón, 60 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

La percepción de emancipación mencionada alcanza un énfasis especial en los discursos de las mujeres dadas sus trayectorias consagradas a la heteronomía. Venimos insistiendo en la configuración de los proyectos vitales en

nuestra cultura como proyectos orientados por prescripciones ajenas; no obstante esto no se define de igual modo para los respectivos géneros. En el caso de los varones, al hablar de intereses externos aludimos a un otro abstracto que significa a una sociedad jerarquizada en la que estos desarrollan su trayectoria autónoma y para sí siguiendo las normas en pos de una posición en su estructura. En el caso de las mujeres, por su parte, esa alteridad se define en personas concretas (normalmente familiares) a las que hace entrega de su autonomía supeditando su realización personal a la consecución de los objetivos de éstas. De ahí que, hayan tenido un trabajo institucionalmente reconocido o no, les resulte complicado emocionalmente encontrar la manera de dedicarse a sí mismas sin orientarse a su entorno. A este respecto, las mujeres entrevistadas destacan su voluntad de autocontrolarse a la hora de asumir unas asignaciones familiares que les llegan de forma «natural» aunque las consideren obstáculos para su autonomía. En este punto se presenta un cambio de mentalidad con relación al pasado. La generación de féminas estudiada representa la primera en la historia de nuestro país en la que éstas tuvieron la posibilidad de construir carreras laborales prolongadas. Son las protagonistas de la incorporación masiva de las mujeres al mercado de trabajo y muchas no solo se integraron en el mismo como forma de apoyo económico al hogar, sino también desde la perspectiva de construcción de un proyecto de vida autónomo con relación a sus cónyuges. Como es bien sabido, este proceso ha implicado para ellas la sobrecarga de una doble jornada laboral debido a que las tareas domésticas no han dejado de representar un campo de responsabilidades femeninas por el hecho de que tuviesen otra ocupación. El envejecimiento supone un proceso de domesticación de la vida cotidiana que

siempre resultó menos traumático para las mujeres dado que la casa significaba su espacio de desenvolvimiento por antonomasia. Sin embargo, en esta generación se observan discursos sobre la relación con el hogar imposibles hace unas décadas (Freixas, 2008). Las mujeres que han seguido trayectorias laborales completas manifiestan una ambivalencia en sus sentimientos hacia la forma en la que desean gestionar su proyecto de envejecimiento. Sienten que en el hogar generan actividades que les resultan «propias» y edificantes al tiempo que observan con temor cómo la dedicación completa a la familia podría devolverlas a un lugar que habían impugnado a través de un desarrollo personal independiente canalizado por sus carreras laborales. El mundo del trabajo representó para ellas el «afuera» de una condición femenina que rechazaron; supuso una salida del anonimato, del analfabetismo, de la condena sufrida por las mujeres del pasado, y volver a representar ese rol significa en sus discursos una devaluación; un embrutecimiento que posibilita terminar adoptando la machista categoría de «maruja».

Sí, yo pienso que bueno, te cuesta un poco adaptarte, de haber estado trabajando a no trabajar, en principio, yo no me he acostumbrado todavía, pero bueno, me adapto, hago un intento de tener el tiempo ocupado y ser útil, no quedarme en casa como, con todos mis respetos ¿no?, las amas de casa... Cuando eso se acaba, se acaba, eso ya no existe más, entonces... cuál es la tarea ahora ¿no? Está la reflexión sobre esto, es que yo personalmente tengo que luchar para no..., no hacerme Maruja, tengo que estar peleando para no quedar absorbida por las tareas de la casa y por un mundo doméstico que yo creo que es muy bonito pero que es un poco embrutecedor o poco... poco, digamos poco enriquecedor. Yo no quiero estar contándole a mi marido las peripecias que me pasan cuando voy al supermercado.

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

P1: Pero es que al final te tienes que dedicar, un poco más egoístamente a ti, porque yo me he volcado, yo me... yo desde que he dejado de trabajar, yo no sé si es que a veces hablando con mi marido, me he visitado todos los hospitales, con mis padres, con mi marido, con mi hija, con mi perrita, con todos, digo es que me siento como acompañante de enfermos...

P6: Pero para mí es importante cuidar de mi nieta

P1: Vale, que muy bien, que para mí también es muy importante cuidar de los que tengo al lado mío, súper importante... pero claro hay momentos que te sientes, aquella cosa de..., es que no estoy haciendo lo que a mí me gusta

P7: Tienes un pensamiento de hacer una cosa y nunca...

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

2.2.3. Espacios de reconocimiento: sentirse partícipe

Si bien entre las mujeres la vivencia conflictiva de la cotidianeidad doméstica presenta un cariz especial debido a las significaciones mencionadas, la problemática expresada por éstas señala una perspectiva de gran relevancia de cara a la interpretación de las relaciones familiares durante este trayecto de sus vidas. La familia representa un espacio de primer orden para quienes desarrollaron algún modelo de convivencia o lazo afectivo duradero a lo largo sus trayectorias. Durante el proceso de aclimatación al nuevo escenario vital que plantea la jubilación, suspendidos ya algunos de los principales vínculos con el entorno, el hogar y las relaciones construidas en él se postulan como el referente más claro en el que encontrar un campo de responsabilidades a través del cual el individuo constata la pervivencia de su relevancia en el mundo. En la familia y en el hogar se sigue encontrando una demanda, una asignación de requerimientos útiles para los demás. Ser abuelos y abuelas, (condición no exenta de problemas, como veremos más adelante) colaborar con la pareja, atender a los mayores o cubrir las necesidades cotidianas que

el espacio doméstico requiere, representan deberes que canalizan una salida ante el encontronazo que en muchos casos supone romper las disciplinas desarrolladas hasta entonces. Entrañan espacios de reconocimiento en un momento en el que las zozobras de la cotidianeidad desestructurada amenazan al sujeto con lo que en las entrevistas ha sido descrito como una caída en el «anonimato» que alude directamente a las inquietudes por el sostenimiento de la identidad cuando el escenario en el que fue construida se ve modificado. Venimos argumentando cómo el tiempo de la jubilación se define por el reto de rellenarlo de un modo en el que el sujeto se reconozca en lo que hace, y la búsqueda de ese espacio de sentido para una identidad despojada de referentes se topa con la necesidad de una alteridad que le confirme que el mundo le sigue viendo donde se ve a sí mismo. Frente a esta búsqueda, los espacios de mayor cercanía suponen una garantía de estabilidad a la que pueden entregarse gracias a las certezas que reporta la presunta solidez de los lazos afectivos. En su calidad de cónyuges, de abuelas, de hijas o de amigas, no exentas de cierto extrañamiento ante las modificaciones en esos roles al ser retomados a tiempo completo (pues los hijos o los nietos han crecido, sus mayores requieren otro tipo de atenciones, etc.), las personas que se jubilan abrazan sus diversos roles familiares en cuanto que entrañan un espacio de reconocimiento y seguridad. De ahí, en suma, que muchas personas entrevistadas hayan asumido con ilusión los quehaceres de la cotidianeidad doméstica y familiar también como una estrategia que permite atenuar el vértigo de su nueva situación.

P4: Sí es el momento en que a uno le dicen, aquí hemos cortao y es el momento en que uno se dice a sí mismo, aquí comienza algo, algo nuevo

¿no? Es decir, esa primera mañana en que dice uno, huy, hoy no tengo que... que ir al trabajo ¿no?

P3: Yo lo llevé fatal.

P1: Yo primero, claro, me hundí porque claro necesitaba contacto con las personas, yo soy mucho de contactar con personas, toda la vida con... soy abierta, luego, cuando ya desperté de ese hundimiento, pues yo me dedico pues como me dedicaba igualmente a mi nieta, ahora me dedico con más ilusión.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

¿NECESITAS SENTIRTE NECESARIA DE ALGUNA MANERA O CÓMO ES POR LO QUE VIENES DICIENDO...?

Sí, sobre todo cuando ya... hombre, necesaria es una madre con niños pequeños... necesaria la madre con niños mayores, pero cuando tus hijos se manejan por sí mismos y tal, yo cuando dejé de trabajar empecé a hacer de chófer de María y decía, no, yo te llevo, yo te llevo al Instituto y... era un poco por ella pero también era un poco por mí, por controlar adónde iba y por sentir que mi presencia se notaba, ¿no? Y yo no digo que yo no sea necesaria aquí en la casa, pero quiero decirte que si yo no hago de comer la gente no se muere de hambre, pero si no estoy en la EOI, a mí nadie me echa de menos.

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

Si bien el desempeño de estos roles otorga una tregua al sujeto frente a las incertidumbres del «qué será» una vez jubilado, los papeles desempeñados en ellos no colman, en todo caso, las aspiraciones de ocupar una posición en la sociedad manifestados por las personas entrevistadas. Desarrollar una serie de ocupaciones familiares permite aplacar las angustias de ese primer enfrentamiento con el vacío de un proyecto vital por definir tras la jubilación, pero representa una dedicación incapaz de sostener por sí sola la voluntad de seguir perteneciendo al mundo del que aún se siente parte. Las relaciones domésticas revelan la necesidad que el grupo cercano tiene del sujeto, pero no son percibidas como un vehículo de vinculación con otras esferas que

conforman el mundo mental que construyó a lo largo de toda su experiencia. Ser únicamente abuelo o abuela se comprende como una reducción de la persona a una de sus dimensiones relacionales. Constreñiría en un solo ámbito toda una suma de méritos y vivencias acumuladas durante su trayectoria. Por ello el espacio doméstico se identifica no solo con la desaparición («no ser nadie») del entorno, sino también con la vejez como un estado personal de relegamiento del mundo. Significa un espacio de reclusión y retiro que no permite una integración efectiva en entornos más amplios, situación que en el imaginario de esta generación aparece reservada para las personas más ancianas. El mundo está fuera y ser joven significa tener mundo, por lo que al trascender el espacio doméstico y familiar se lucha contra la vejez como forma de preservación de un reconocimiento en él. Se trata de un reto que entraña enfrentarse a los propios cambios personales en la medida en la que, cuando uno ha cambiado, su percepción del mundo también se ve alterada y esto provoca un extrañamiento al sentir desconocido a lo ya conocido. Pero todos nuestros interlocutores/as tienen claro que sin ese esfuerzo se deja de ser necesario para quedar anónimo, sin nombre para lo que eres, sin función para tu participación en lo social, sin rol. Si uno quiere dotar de continuidad a su persona debe, tanto en su sentido figurado como en el literal, «salir a la calle»; establecer compromisos con el mundo para que este le reclame proclamando la necesidad de su aportación; el sentido de su existencia en el grupo.

P6: O sea buscar cosas para no estar en casa

P3: Exactamente, exactamente, porque con la edad que tenemos, no somos jóvenes pero tampoco somos ancianos.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Hay un momento en el que la ciudad se vuelve toda tuya, después se convierte en algo extraño, a medida que envejeces.

(Varón, 65 años, clase media alta, Barcelona)

Porque aquí cuando eso se acaba da igual, el teléfono no suena y nadie te necesita, es que no eres necesario para nadie. Entonces yo..., creo que... que ahí hay un camino y hay una, hay una acera por la que hay que andar y bueno y que esa acera sea más creativa, tenga flores, tenga verde y esto depende un poco de ti, pero la acera está un poco ya atrasada y tú vas por ahí, tratas de no salirte. Aquí en la casa no hay aceras, ¿verdad? te la tienes que fabricar tú.

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

Esta salida hacia el mundo implica no pocas dificultades en cuanto que les enfrenta a la posición que pueden ocupar en él. Tras ser protagonistas de sus vidas y de su tiempo comprueban cómo este, siendo el de siempre a pesar de el ritmo de transformaciones aceleradas que no siempre han podido acompañar (sobre todo con relación a las constantes innovaciones tecnológicas), ya no lo sienten suyo. Asumen, con mayores o menores resistencias, el desfase de su cosmovisión del mismo, lo cual provoca dos respuestas complementarias. Por un lado, reivindican el valor de su experiencia como saber devaluado por los constantes cambios erigidos en valor supremo por la sociedad postfordista que, precisamente debido a ello, las generaciones venideras no pueden atesorar. Y reclaman, en ese sentido, un espacio para su despliegue que sea capaz de valorizar una perspectiva y unas destrezas que consideren que merecen, un reconocimiento, definiendo con ello el lugar desde el que quieren posicionarse con relación a la posibilidad de aportación a la sociedad. Por el otro, presentan actitudes pragmáticas y positivas con relación a su voluntad de actualizarse como forma de vinculación hacia un mundo del que

desean seguir siendo parte. Descartan la posibilidad de posicionarse como portadores de un saber arcano desde el que tomar distancia con la sociedad que les acoge y definen desde esa actitud una postura novedosa en la medida en la que proclama de una forma inédita la voluntad de impugnación de un sino asociado a sus edades por las que el sujeto debía asumir su retirada de sus tiempos y sus espacios. Ellos y ellas, sin embargo, admiten un cierto desplazamiento de los focos pero se muestran firmes a la hora sostener un espacio propio de continuidad con lo que han sido y desean seguir siendo. Piensan seguir perteneciendo al mundo desde una posición menos protagonista pero no exenta de reconocimiento hacia su función. El principal reto que afrontan, en consecuencia, radica en la incógnita en cuanto a las posibilidades que tendrán de desempeñar un rol en el que se reconozcan. No necesitan ya que el mundo les diga quiénes son, sino un lugar donde seguir siéndolo.

P3: Lo malo de esta cruda historia es que aparte de tu casa, no encajas en ningún sitio.

P7: Que no encajas ya, o no te dejan encajar.

P6: Que no te dejan.

P3: Yo en la retaguardia no me veo pero...

P4: Yo con un ejemplo, día a día lo ves, me veo necesario porque, la cría por ejemplo, la nieta esta que es la que convive más con nosotros, no tiene un instante que no me busque, me busca, lo sé porque soy casado por segundas nupcias, los hijos de mi mujer me siguen buscando. ¿Cómo te encuentras? Están por mí o sea me encuentro eh... no excluido, no activo pero necesario.

P7: Yo cuando digo la retaguardia quiero decir que estás expectante.

P4: Evidentemente, evidentemente.

P7: A ver, quien toma las decisiones ahora es la juventud.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

¿QUÉ ES LO QUE TIENES PARA OFRECER, DIGAMOS CUANDO, CUANDO PIENSAS EN SENTIRTE NECESARIA?

No sé, una experiencia... el conocimiento de algunas cosas, alguna reflexión... alguna dosis de sentido común que yo creo que se pierde, el comprobar que, que es bueno salirse de los estereotipos, que la gente está demasiado fijada en estereotipos y con presupuestos que no son... el poder pensar las cosas... [...] Puestos a pensar, yo no me he puesto a pensar en eso, pero sí creo que el estado pueda hacer montones de cosas, es decir, que es que somos un colectivo de gente que está sobradamente preparada, que además está en relación con las nuevas tecnologías es decir que mis compañeros en el curso de la Universidad de mayores éramos 140. Más todas las universidades que hay dando esto. Imagina que toda esa gente que sabe usar el ordenador sabe hacer un Power Point, sabe moverse por el correo electrónico, sabe usar Internet... o sea hay gente que está totalmente actualizada, quiero decir... Hombre yo no sé manejar ese cacharro y no sé hacer las cosas que sabe hacer Concha con las tarjetas sin y aprovechar una cosa con otra, pero yo puedo hacer una presentación en Power Point perfectamente y... me muevo con la tecnología, entonces ahí hay un colectivo de gente muy preparada que puede ser aprovechado perfectamente...

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

Esta inquietud nos da cuenta del campo motivacional que puede generar una inclinación hacia la integración en distintos proyectos de la llamada «participación social», pero demarca a su vez la necesidad de que ésta sea capaz de tener en cuenta la experiencia particular de cada sujeto permitiéndole encontrar en ella una plataforma de vinculación al mundo desde la que pueda desempeñar un papel en el que se reconoce, en continuidad con lo que ha sido a lo largo de su vida. Sea una solución formal o informal gracias a la creciente tendencia a la auto organización de la sociedad civil frente al desamparo que provoca la desatención de sus necesidades por parte del Estado, buscan formas de desarrollo personal que les proyecten hacia el espacio social (y, a la inversa, formas de participación en lo social que les proporcionen vías de desarrollo personal),

y para ello la participación social aparece como una realidad vivida de forma subjetiva (pues la sensación de participar es subjetiva) que puede dar respuesta a la voluntad de impugnación del rol del viejo que quedaba desvinculado del mundo. Esta generación, en coincidencia con los resultados de la encuesta que publicó la Fundación Pilares (Rodríguez Cabrero et al, 2012), quiere seguir en el mundo y está dispuesta a integrarse en procesos con las grupalidades y las comunidades con las que se identifiquen de forma independiente de su edad, por lo que el reto de la sociedad en estos momentos estriba en la capacidad de generar plataformas que den respuesta a esa búsqueda de reconocimiento a través de un desarrollo personal compartido. Las personas entrevistadas apuntan su rechazo a ser reclamadas para cualquier tipo de proyecto en calidad de personas mayores. Debemos delimitar claramente, en consecuencia, a qué tipo de persona nos dirigimos cuando diseñamos una oferta para esta generación. Cuestión que analizaremos en el bloque de la investigación que viene a continuación, centrado en la participación social.

P3: Yo creo que los conocimientos que uno tiene verdaderamente, ahora es el momento de poderlos...

P5: Llevar a, sí, sí, sí, verdaderamente los conocimientos tuyos los puedes seguir invirtiendo, los puedes eh, prestar, ofrecer a que..., a que sirvan para algo, qué mejor ¿No? Yo me encuentro también que pues... el típico partido político, del pueblo ¿no? Del, del... hablando en plata: ¡la mosca cojonera del ayuntamiento!

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)



Colección
Estudios de la Fundación

Los dos primeros bloques de la investigación vienen desarrollando un análisis sobre los motivos que confluyen en la impugnación por parte de las nuevas generaciones de mayores del sistema de comportamientos y actitudes que presuntamente la sociedad les reserva. Abordar las problemáticas asociadas a un rol implica de una forma más o menos explícita tratar el tema de la participación social en cuanto que el rol define la posición desde la que será parte del mismo: la función que se espera desempeñar en él. El rechazo a un rol determinado implica, como hemos visto, la reivindicación de un espacio diferente en el grupo. Esta generación reclama un reconocimiento a sus trayectorias desde el que interaccionar socialmente, una demanda de la sociedad en la que se sientan adecuadamente valorados en virtud de lo que son más allá de la edad que atesoran. Reivindican, en suma, seguir en el mundo desde un lugar dotado de sentido, y para ello proyectan sus expectativas de desarrollo personal en lo social hacia la participación social.

Por ello, si hasta ahora hemos analizado las causas que definen la predisposición hacia una forma de participar en el mundo, a partir de este capítulo las reflexiones realizadas en los apartados anteriores cristalizarán como un marco de comprensión del análisis estricto de las representaciones que manejan en sus discursos con relación a las formas de participación social conocidas.

Una de las premisas de la línea de investigación de la Fundación Pilares, tanto mediante la encuesta cuyos resultados han sido publicados ya (Rodríguez Cabrero et al, 2012) como mediante el presente estudio cualitativo consistía en analizar en qué medida las personas que llegan hoy a la edad de la jubilación afrontan su vida activa. En el fondo nos orientaba una reflexión sobre el grado en el que la liberación de tiempo objetivo que supone la jubilación puede ser invertido en realizar actividades que mejoren la calidad de vida de las personas, pero también las de sus entornos sociales. Mencionamos el concepto de tiempo «objetivo» porque la investigación demostró que en realidad la experiencia subjetiva del tiempo en estas situaciones es especialmente compleja. La ausencia de un factor estructurante de las jornadas, como lo era el trabajo, produce distorsiones importantes en la vivencia del ritmo diario, sobre todo en los primeros meses tras la jubilación. Esta experiencia, que todos los testimonios han corroborado, hace del tiempo una masa amorfa difícil de manejar y fácilmente desechable. Por esta razón muchas veces las personas entrevistadas mencionan no disponer de tiempo para acudir a actividades de participación.

A lo largo de toda esta tercera parte intentamos explicar qué tipos de participación social son llevadas a cabo por las generaciones estudiadas, en qué grado se realizan actividades de este tipo y cuáles son sus condicionantes. En el primer apartado analizamos las distintas formas de categorizar el concepto de participación social que se desprenden de los discursos producidos por las personas a las que hemos estudiado. El segundo apartado se dedica a desarrollar una serie de argumentos que pueden explicar las escasas tasas de participación social en España. El tercer apartado

expone, precisamente, los cuatro modos principales de comprender y practicar la participación social. En el cuarto, finalmente, ofrecemos algunas reflexiones, basadas siempre en los hallazgos del material empírico, acerca de los posibles desarrollos futuros de esta práctica y las posibilidades de intervención institucional y del tercer sector.

3.1. La participación social: una práctica compleja

Muchos de los estudios realizados sobre los estilos de vida de las personas mayores hasta fechas recientes insistían en que a medida que avanza en edad, la persona orienta su vida hacia prácticas y actividades más pasivas y centradas en ámbitos menos participativos socialmente, por ejemplo el doméstico. Es lo que se ha llamado en ocasiones *el repliegue de la persona*. Sin negar este hecho que la evidencia científica parece confirmar, queremos problematizar en alguna medida dicha afirmación, invitando a reflexionar sobre el concepto de participación social para densificarlo y ampliarlo, y entender así que quizá muchas actividades que desde un punto de vista externo al sentido de la prácticas pueden interpretarse como actos motivados por la experiencia y el interés personales pueden, en cambio, sostenerse en un componente colectivo y social, y que no todas las formas de participación social encajan con unos determinados ámbitos públicos de realización o con una formalización de las actividades.³

3. Por otra parte, en la actualidad la teoría clásica de la desvinculación de Cumming y Henry, del año 1961, está siendo revisada por nuevos hallazgos de la psicología y otras ciencias sociales. Un ejemplo son los desarrollos a partir de la teoría del ciclo completo de la vida de Erik Erikson.

La investigación ha mostrado que la participación social es un concepto complejo que excede una comprensión del mismo en términos estrictos de contribución a la sociedad, como podría ser por ejemplo el voluntariado. El voluntariado o el asociacionismo resultan ser en la actualidad los modos de participación más visibles y más conocidos, puesto que concentran en buena medida la principal imagen sobre el tipo de práctica que influye positivamente sobre otro grupo social, provocando una mejora de sus condiciones de vida en algún sentido. Pero el término *participación social* se complejiza en el discurso de nuestros interlocutores en tres niveles: en su definición, en el objetivo de la misma y en el grado de formalización de las actividades que la componen. La imagen del voluntariado refleja un tipo de participación social ya «tradicional», que se define por su contribución a lo público orientado hacia los otros y por estar organizada de manera formal. Sin embargo, en la actualidad el concepto parece estar ampliándose hacia otros estratos.

En primer lugar, en su definición la palabra participación social puede estar determinada por el verbo contribuir, en su sentido de realizar una acción orientada hacia otros agentes con unos objetivos basados en la mejora de sus condiciones de vida. Se trata, como decimos, del significado más manifiesto y obvio. Según éste, la participación consistiría en ofrecer el tiempo y el esfuerzo de uno mismo/a para ayudar o mejorar de alguna manera la realidad de determinados grupos que pueden estar sufriendo una situación de necesidad, sea ésta del grado que sea. Sin embargo, como señala Majid Ranhema, experto iraní en desarrollo y participación, el significado de participar contiene una versión intransitiva, según la cual participar consistiría en formar parte de una realidad social, en vivir de

manera espontánea un determinado proceso social (Ranhema, 2012). Según este segundo sentido, más amplio que el primero, participar tendría que ver con sentirse integrado en una sociedad o en un grupo social, o lo que anteriormente hemos denominado como *sentirse partícipe*. Y este segundo sentido permite ampliar enormemente el espectro de prácticas según las cuales las personas mayores estarían participando socialmente. En muchos casos, ya sea de manera sutil o manifiesta, los interlocutores han expuesto que se sienten integrados en la sociedad gracias a su papel como participantes de distintas actividades o esferas de actividad, incluso cuando han perdido su oportunidad de actuar en otro de los grandes escenarios de participación social como es el trabajo.

Este será, como veremos, el sentido más generalizado de la expresión participación que se ha encontrado en los discursos de nuestros interlocutores. Se trata, si se quiere, de un concepto más restringido y menos social que el de contribución. Es, seguramente, la principal razón por la que en la actualidad la vida activa de la persona se orienta hacia entornos asociados al ocio activo y a los «aprendizajes», lo que ya hemos denominado *desarrollo personal*. Tiene que ver, como podemos apreciar, con el proceso de evolución que estas generaciones han vivido a lo largo del periplo histórico descrito en los primeros capítulos.

Pero conviene no despreciar este ámbito como inútil de cara al fortalecimiento del sentido contributivo de la participación, ya que en muchos casos se percibe como un espacio de contacto social denso e intenso. Además tiene muchas posibilidades de convertirse en una verdadera plataforma de acceso hacia

actividades definidas por su contribución a la sociedad. Este tipo de espacios y de actividades proveen de un impulso al contacto social y de ahí pueden llegar a provocar algunas transiciones hacia ámbitos más estrictamente participativos, en su sentido social y de contribución. De este modo, incluso las expulsiones del sistema laboral pueden llegar a vivirse como una salida del sistema de relaciones sociales laborales, pero no por ello del sistema social en general. Gracias a la pertenencia a distintos proyectos de actividad estas personas pueden seguir considerándose parte de dicho sistema:

H. Me dices ¿Cómo te encuentras? Están por mí... o sea, me encuentro eh...no excluido, no activo..., pero necesario.

H. Yo cuando digo la retaguardia quiero decir que estás expectante.

H. Evidentemente, evidentemente.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Partiendo de los discursos producidos en el trabajo de campo, pero también de algunos datos estadísticos, proponemos una hipótesis que consiste en contemplar una posible transición de este segmento de población y de los mayores en general hacia una mayor capacidad y naturalidad en el uso de los entornos externos al ámbito doméstico. Y de hecho, en el *Libro blanco del envejecimiento activo* (IMSERO, 2011) se descubre que actividades totalmente vinculadas al funcionamiento del hogar, como hacer las compras y los recados, son realizadas por un porcentaje muchísimo mayor de varones que hace veinte años, mientras que para las mujeres crecen en menor medida que otras actividades como el voluntariado, salir a una cafetería, etc.

Consideramos que uno de los aspectos que mejor definen el momento actual para las personas que llegan a la edad de la jubilación es el de la

transformación de la concepción y la práctica de los espacios sociales. Es posible que al hilo del desarrollo de la cultura de envejecimiento activo, de la que hablaremos también más adelante, se haya consolidado una pauta de salida del *endogrupo*, formado por la familia y el entorno cercano de amigos o vecinos, hacia una interrelación con grupos sociales distintos (*exogrupo*). Es muy probable que en la actualidad una persona de alrededor de 65 años disponga de mejores condiciones y muchas más facilidades para relacionarse con otras personas fuera de su entorno que de las que han gozado otras generaciones. Este aspecto será relevante para analizar tanto la situación actual de los mayores respecto a sus opciones de participación como para establecer algunas hipótesis sobre potenciales intervenciones institucionales en este campo de cara al futuro.

Además, un segundo eje de oposiciones semánticas que está en la actualidad quebrándose es el del sentido orientado de la acción, que conduce a una revisión de la supuesta oposición entre las acciones dirigidas al ámbito social de los otros y las que se concentran en el espacio de lo personal o de lo cercano y doméstico, es decir, permite revisar las diferencias y ambigüedades entre las actitudes del «para los otros» y el «para sí mismo». En nuestra investigación la supuesta polaridad entre los dos términos se ha visto deformada por apelaciones a situaciones en las que esos dos polos se cruzan y mezclan. En primer lugar porque cuando una persona participa según los códigos del modelo tradicional, por ejemplo en una actividad de voluntariado, los intereses que la mueven a hacerlo no son simplemente sociales o dirigidos a ayudar al prójimo. En los encuentros con las personas mayores se aclara con precisión que dichas actividades tienen un

componente personal muy fuerte. En ocasiones se describen incluso como prácticas egoístas.

Entonces el voluntariado sí lo veo, lo veo bien. Lo veo bien, es un tiempo que dedicas a los demás y te da satisfacción a ti. Hasta cierto punto lo veo que es un poco egoísta, no es egoísta pero el primer privilegiado creo que eres tú, si le das la vuelta ¿no?

(Mujer, 57 años, trabajando, Barcelona, clase media, participante social)

Es decir, asumiendo que en la realización de este tipo de actividades evidentemente está implicada alguna forma de solidaridad, ya que la persona podría satisfacer sus deseos personales en otros tipos de actividades, por ejemplo en el ocio, lo cierto es que el aspecto personal cumple un rol fundamental. En los discursos esta satisfacción personal se reproduce en dos niveles: por un lado en el hecho de que la solidaridad en sí misma tiene un efecto personal, las ayudas suelen provocar una respuesta de agradecimiento y ésta eleva el tono de satisfacción consigo mismo de la persona participante.

Pero es que yo disfruto estando en ese ambiente... y otro, otro día del año llevamos a las niñas, un grupo de niñas y niños del síndrome de Down... y bueno yo me divierto porque, porque lo poquito que tú les des ellos te lo triplican. Entonces te sientes con un cariño y una cosa..., bueno cuando se va el autobús, allí nos quedamos todos llorando, por la alegría y cómo nos dicen adiós, eso es muy bonito...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

En esta satisfacción se puede encontrar una cierta base moral según la cual la consideración de ayudar a otros nos hace mejores personas, y en el caso de algunos de los perfiles entrevistados la fundamentación moral y

religiosa de su participación en voluntariado, a través de Cáritas por ejemplo, se justifica desde dicho punto de vista. Pero además, el agradecimiento es capaz de tener un efecto en la sensibilidad de la persona que puede ser entendido hasta cierto punto como una concepción moral no religiosa, un sentimiento moral civil. Si tenemos en cuenta que la etimología de la palabra religión se refiere al término *religare*, y que por lo tanto la función de vínculo social es esencial en su significado, el sentimiento que se ha descrito en el trabajo de campo cuando se ayuda al prójimo en una asociación parece hacer referencia a esta dimensión de lo religioso, a su vertiente social y de vínculo y no a la de establecer un patrón cultural de definición de la realidad según un orden trascendente.⁴

Pero además hay que tener en cuenta que desde este nuevo punto de vista actividades que tradicionalmente se han considerado una forma débil de participación social, como puede ser, por ejemplo, el cuidado de los nietos o de familiares, por considerarlas propias del ámbito privado, están sufriendo una redefinición profunda de su estatus. En los discursos producidos por nuestros interlocutores algunas actividades propias del ámbito doméstico, como estas del cuidado de nietos y también todos los apoyos familiares que puedan surgir, en las que se pueden incorporar las aportaciones económicas, aparecen reclamadas como contribuciones fundamentales a la sociedad y, por lo tanto, actividades de participación social en sentido estricto. Seguramente el actual contexto de crisis esté reforzando una posición más protagonista y más reivindicativa de estas personas. En muchos

4. Para esta problemática de la religión como arquetipo de sistema social se puede consultar el capítulo: «La religión como sistema cultural». Incluido en: Geertz, 2003.

momentos del trabajo de campo el debate sobre todo este tipo de aportaciones ha adquirido un tono político que se superpone al enfoque privado de la ayuda familiar o al íntimo del disfrute personal propio de los abuelos/as. Los cuidados se han terminado definiendo muchas veces como un verdadero ejercicio de soporte material de las familias, sin cuyo apoyo éstas seguramente no podrían subsistir, o al menos no podrían garantizar sus relaciones con el mercado laboral y del consumo. De alguna manera estos mayores están reivindicando el carácter condicional de sus apoyos para que sus familiares puedan desarrollar una vida productiva y contribuir así a la sociedad mediante el trabajo y la reproducción familiar. Así, los abuelos/as se transforman en pilares fundamentales del mantenimiento del sistema. Por lo tanto, la dicotomía entre un tipo de actividad dirigida a los otros como contribución social y una actividad dirigida a mí mismo o a mi grupo de referencia como contribución meramente personal o familiar se rompe. La ayuda a los entornos cercanos produce una mejora y sostenimiento general del sistema social.

EN GENERAL ENTONCES ESTA IDEA DE LO QUE PODÉIS APORTAR A LA SOCIEDAD, LO QUE SÍ, LO QUE NO, SI OS ESCUCHAN O NO, TODO ESO...

H. Sí hombre, sí escuchan, sí escuchan hombre, claro que escuchan...

H. Pero no nos hacen caso...

H. Solamente con lo que ha dicho con sus hijos, antes con el padre y todo con los niños ¿qué va a aportar? Fíjate si está aportando... y yo estoy solo, yo estoy solo...

A VER UN SEGUNDITO... O SEA UNA FORMA QUE APUNTAN DE QUE ESTÁN APORTANDO ES A TRAVÉS DE SUS PROPIOS HIJOS LAS AYUDAS ¿NO? COMO LES AYUDAN...

M. Los nietos, los nietos... Son las segundas madres...

M. Los hijos de hoy están viviendo y ganando jornal fuera por uno de nosotros, porque los nietos los llevamos nosotros al colegio y los llevamos nosotros, los recogemos nosotros, les damos de almorzar hasta que llegan ellas...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Esta politización reciente de las actividades del cuidado por parte de los sectores de personas mayores puede ser un ingrediente fundamental, como veremos más adelante, de una nueva manera de reconocer la posición social que ocupan. La demanda de reconocimiento, de valores con los que poder situarse y presentarse públicamente en tanto agentes positivos y activos de la dinámica social, encuentra en la politización de los cuidados, sobre todo los de los nietos, un terreno fértil sobre el que explorar nuevos discursos e intervenciones institucionales sobre el reconocimiento de la función esencial que cumplen estas generaciones al cuidar de los nietos y de otras personas.

Y por último, un tercer elemento que se redefine en el discurso de nuestros interlocutores a la hora de describir su experiencia de la participación social es el del carácter organizativo formal o informal en el que se inscribe dicha participación. La versión más conocida de la participación social apela a un tipo de organización formal, institucional, soportada por una infraestructura gerencial, espacial y de todo tipo, fija y estable. Es el caso del asociacionismo y el voluntariado, basados la mayor parte de las veces en la existencia de un cuerpo o un equipo organizativo y gestor, que por lo general toma las decisiones importantes sobre la institución, y un grupo de voluntarios que aportan su trabajo y el servicio de la institución. Los ejemplos más

conocidos de voluntariado entre nuestros interlocutores, el de Cáritas o el de la Cruz Roja, adquieren siempre esa estructura formal. Sin embargo, existe todo un ámbito de lo informal, de las organizaciones dinámicas que no tienen una estructura fija que codifique las actuaciones que se producen en un determinado contexto. Por ejemplo, todo el ámbito que hemos descrito de los cuidados familiares o el ámbito comunitario de los vecindarios pueden ser considerados como informales, por más que en ellos puedan establecerse obligaciones severas sobre determinadas rutinas, como en el ejemplo mencionado del cuidado de nietos. Informal es también, como se comprobó en la investigación, el contexto de las actividades en movimientos sociales. Todos ellos ejemplos de pautas de organización que no llegan a estabilizarse en una estructura de condiciones que den forma a las actividades, sino que el propio proceso de actuación puede generar y genera transformaciones en su curso.

Se ha comprobado que esta dicotomía entre lo formal y lo informal contiene un cierto poder explicativo de los diferentes posicionamientos que adoptan los diversos perfiles. Como veremos más adelante cuando hablemos de las opciones de participación social, la formalidad o informalidad de un determinado proyecto puede atraer o generar rechazo entre los/as posibles participantes según las actitudes propias de cada uno de ellos/as.

Todas estas redefiniciones y demarcaciones flexibles de lo que es la participación social configuran un escenario ambiguo que puede dificultar el esclarecimiento sobre qué actividades pueden ser catalogadas como participación social y cuáles no, sobre todo cuando uno de sus sentidos principales

se basa en la integración social de uno mismo y no tanto en la colaboración o aportación en una esfera más amplia. Pero con este apartado hemos querido analizar con mayor precisión ese complejo entramado para mostrar que, bajo la tendencia estadística que puede llegar a mostrar un cierto repliegue de los mayores hacia actividades más personales e incluso más pasivas, se encuentra una experiencia vivida de las actividades realizadas que a veces las sitúa precisamente en ese ámbito de la participación.

3.2. Condiciones de la participación social

En este apartado intentamos desarrollar una serie de argumentos que expliquen las relativamente escasas tasas de participación social de las personas mayores españolas cuando se las compara con otros países de nuestro entorno europeo. El análisis permitirá superar algunos sesgos que pueden distorsionar nuestra imagen sobre sus capacidades de intervención y de participación.

Para ello, y en primer lugar, vamos a partir de un dato estadístico clave: el porcentaje de la población europea que participa en alguna actividad de asociacionismo o voluntariado. Este dato ha sido ofrecido en el año 2012 por el Barómetro Social Europeo dedicado al Año del Envejecimiento activo (Eurostat, 2012: 89). Si la media de dicho porcentaje en la UE es de un 26%, en España es de un 12%. Un porcentaje solo mayor que el de Grecia (8%) y Portugal (6%). Se aprecia un contraste claro entre modelos de participación del sur de Europa y los del norte. En Suecia se alcanza el 55% de la población, en Holanda el 50%, en Dinamarca el 48% y en Austria el 46%.

Un aspecto interesante es que apenas se dan diferencias en función de la edad de los participantes. Es decir, quizá podamos concluir que la participación en voluntariado es un atributo más parecido a un «rasgo de personalidad» influido por las condiciones de socialización de la persona, similar, por ejemplo, a la ideología, que a una actitud fomentada por circunstancias singulares del ciclo de vida de la persona. Es un dato que debe ser tenido en cuenta a la hora de implementar medidas de incentivo a la participación. Lo que queremos plantear desde nuestro análisis es que el tema de la participación debería tratarse como un aspecto transversal a las distintas edades, intergeneracional o más bien biográfico. La llegada de la jubilación podría suponer un cierto impulso en la realización de este tipo de actividades, pero, como estamos poniendo de manifiesto, no lo suficiente. La llegada de la jubilación y la supuesta liberación de tiempo no pueden ser consideradas por sí mismas como las principales aliadas en el fomento de la implicación social de estas generaciones. Las disposiciones hacia la participación social parecen estar basadas, y eso es lo que se ha recogido en el discurso cualitativo, en aspectos culturales (simbólicos y materiales) arraigados en la biografía de la persona, sin los cuales resulta especialmente difícil que alguien se incorpore a dichas actividades solo por el hecho de disponer de mayor tiempo libre.

¿Cómo podemos explicar estas diferencias entre las sociedades del sur de Europa y las del norte en sus modelos de participación? En nuestra opinión, y teniendo en cuenta los discursos que se produjeron durante la investigación, existirían dos niveles explicativos.

Por una parte la diferente concepción de la sociabilidad en las dos culturas. Y en segundo lugar por la evolución socio-histórica de las instituciones y del Estado de bienestar en España.

En cuanto a la primera dimensión hay que tener en cuenta que muy posiblemente las actividades de participación en voluntariado estén resolviendo funciones sociales que en los distintos países pueden estar satisfaciéndose a través de ámbitos de actividad diversos para cada situación nacional. Hay que recordar que las que se incluyen en el cuestionario del Eurobarómetro son de un rango muy amplio, desde la participación en clubs deportivos y de entretenimiento, las que representan un mayor porcentaje, hasta las asociaciones en defensa de los derechos de los mayores, con porcentajes mucho menores de participación. Es posible que dichas actividades cumplan en el norte de Europa con una función de sociabilidad y de vínculo integrador que las situaciones más informales del día a día no son capaces de garantizar. Mientras tanto, en el sur de Europa, posiblemente con un mayor dinamismo y densidad del tejido de relaciones cotidianas, las necesidades de sociabilidad pueden satisfacerse sin necesidad de una inscripción en entornos formales de participación. Es posible que la centralidad de la familia en nuestro país, y el cuidado de los nietos en particular, esté ocupando un rol que las asociaciones despliegan en otros países.

Esta hipótesis es complementaria con una interpretación histórica de la constitución del Estado del bienestar en las dos regiones. En España un escaso desarrollo del Estado de bienestar y una modesta capacidad adquisitiva de la población, sobre todo en el momento actual, obligan en

muchas ocasiones a invertir mucho tiempo en tareas de cuidados que podría ser aprovechado para realizar actividades en el ámbito asociativo. Posiblemente éste sea el caso en los países nórdicos, donde la extensión del Estado de bienestar en la ayuda a las personas que necesitan cuidados permite a sus ciudadanos invertir una mayor porción de tiempo en las actividades asociativas.

Un dato del estudio *Active ageing and solidarity between generations* (Eurostat, 2011: 119) permite comprobar que España es el segundo país de la UE con menor porcentaje de personas mayores de 65 años que se sienten aisladas o desvinculadas de la sociedad. Muchos países nórdicos con altos porcentajes de voluntariado también ofrecen datos muy positivos, cercanos a los de España. Mientras tanto los países de la antigua Europa del Este, como Bulgaria, Lituania, República Checa y Polonia, ofrecen los porcentajes más altos en desvinculación social.

Nuestra hipótesis, por lo tanto, es que existen al menos tres grandes modelos europeos de participación social: un modelo nórdico dominado por la participación formal; un modelo del sur de Europa, caracterizado fundamentalmente por la participación informal; y un modelo de la antigua Europa del Este, donde se produce la situación más conflictiva, ya que no se dispone en gran medida de instituciones que modulen las interacciones sociales a nivel formal, pero tampoco se ha desarrollado un tejido comunitario suficientemente sólido como para satisfacer las necesidades de sociabilidad básicas de una parte importante de la población mayor.

Este motivo del escaso porcentaje de participación social en España puede ser analizado también desde la perspectiva de la particular historia de nuestro país. La generación que estamos analizando, la que parecía estar llamada a solucionar la mayoría de problemas estructurales de la dictadura, no ha sido capaz ni ha dispuesto de las condiciones adecuadas para construir un marco de participación social sólido. Bien porque el propio proceso de la Transición ha operado cambios que han desviado las intenciones primeras de los agentes implicados (discurso del desencanto), o bien porque realmente los propios ciudadanos vieron satisfechas sus expectativas de bienestar e integración social con los distintos protocolos y arreglos institucionales que se iban poniendo en marcha. En cualquier caso el resultado parece haber sido la disociación en España del plano político y social por un lado y el de la participación e integración por otro, con la atribución a la política institucional de las decisiones sobre bienestar social y mejora de las condiciones de vida, mientras que el campo del trabajo, el consumo y lo doméstico consumaban la integración básica de los ciudadanos. Mediante esta arquitectura de roles entre los ciudadanos y las instituciones se desplazó en buena medida el ámbito de lo civil a los márgenes de la dinámica social. Lo estatal se ocupó del bienestar y las condiciones de vida, el trabajo constituyó la gran contribución y participación social de los ciudadanos, así como el sistema de voto cada cuatro años, y el ocio y lo doméstico otorgaron la posibilidad de integración mediante diferenciación social en el sistema económico privado.

Se puede llegar a decir que la participación social como tal, y por lo tanto el ámbito de lo civil, pasó así a definir un campo de satisfacción personal, o

como mucho de mero complemento a la labor estatal, ya que las decisiones y la oferta de medios adecuados a las necesidades sobre distintos aspectos de la vida colectiva se entendió que pertenecían a dicho ámbito estatal.

Se puede decir que la secuencia de hechos que ha desembocado en la situación actual ha quedado bien descrita en diversos estudios que sitúan la política institucional como el principal agente captador de las incipientes propuestas de participación social, así como de su privatización progresiva (Rodríguez, 2003):

1. Años de la dictadura: pese a algunas perspectivas que lo niegan, ya en la dictadura de Franco se desarrolló un cierto estado del bienestar, que entre otras cosas tenía por objetivo la desmovilización social. Sin embargo, aunque reprimidos, los movimientos vecinales y obreros conquistaron determinados derechos y mejoraron las condiciones de vida de muchos barrios al hilo de la industrialización de los grandes centros urbanos.
2. Años setenta: momento de un cierto auge de movilización social estimulada por la organización del mundo obrero que formó la emergente sociedad civil española durante la transición.
3. Años ochenta: a la vez que se implanta el sistema de representación política se genera una cierta desmovilización social y las reivindicaciones se encauzan hacia formas asociativas y prácticas del voluntariado. Son los inicios de las leyes de servicios sociales, donde el estado comienza a «constreñir» el tejido civil para ampliar su toma decisiones sobre este ámbito.

4. Años noventa: por un lado el Estado sigue desarrollando sus leyes y servicios de prestación social, por otro se consolidan determinadas propuestas asociativas de gran infraestructura (ONCE, Cruz Roja, Cáritas, etc.). Se termina por instalar un sistema mixto con algunas pocas entidades de gran tamaño, como las mencionadas, que hacen de referente y reciben buena parte de los recursos económicos y concentran buena parte de los humanos, mientras el estado sigue ampliando sus servicios sociales. En este periodo muchas asociaciones pasan a convertirse en empresas de servicios.
5. Actualidad: periodo de consolidación de los equipamientos mixtos (público-privado) a través de la privatización de servicios.

Se puede constatar, por lo tanto, que todo el tejido asociativo y civil que podría dar forma a las iniciativas desde un plano local acompañando a la labor estatal ha quedado subsumido en el espacio de los «servicios sociales» como principal institución estructurante de los servicios y responsable de la canalización de las demandas. Y en este sentido coincidimos con el análisis de Donzelot sobre la extensión del ámbito de *lo social* en las sociedades democráticas como estrategia de gobernabilidad de la diversidad y la desigualdad (Donzelot, 2007).

No es este, quizá, el mejor lugar para plantear nuevas hipótesis de trabajo, pero si retomamos la argumentación comparativa respecto a los países de Europa del norte, una posible reflexión sugiere que el modo como se ha confeccionado el Estado del bienestar en los dos modelos ha ocasionado esta divergencia en los modos de participación. El incipiente Estado del bienestar

germinado durante la dictadura franquista se basaba en un diseño de reglas de participación en el que la ciudadanía no tenía lugar como agente decisor. Con la llegada de la democracia este déficit no se llegó a subsanar y la consecuencia fue un Estado de bienestar poco desarrollado con una escasa capacidad de la sociedad civil para organizarse de cara a satisfacer ciertas necesidades sociales que el Estado no pudiera abarcar, lo que ha derivado en sobrecarga familiar para atender estas demandas. En los países del norte de Europa es muy posible que la creación del Estado del bienestar se haya consolidado en colaboración o al menos en paralelo a la configuración de una sociedad civil sólida y participativa. Las dos vías se han complementado y posiblemente se han retroalimentado.

3.3. Las distintas opciones de participación social

En este apartado abordamos la pregunta fundamental sobre cómo acceden nuestros interlocutores al campo de la participación social, qué tipo de actuaciones son las que se practican y qué factores sociales influyen en cada opción. Antes de entrar en la descripción de esta realidad conviene apreciar que el diseño cualitativo que se organizó para el trabajo de campo sesgó los perfiles de participantes, tanto en grupos de discusión como en las entrevistas, para poder contar con un número de participantes sociales al menos mínimo, por lo que en general en el estudio se da una cercanía a la práctica de la participación que seguramente contrasta con la realidad, sobre todo con los datos mostrados por las estadísticas (y refrendados por la encuesta de la Fundación Pilares ya referida) donde la ratio de participación es menor que en nuestro diseño. Sin embargo, lo que interesa en

este apartado es proporcionar una clasificación de los tipos de actividades que se realizan en esta etapa vital y un análisis de cuáles son los aspectos sociales que se ponen en juego en cada uno de esos ámbitos.

Comenzaremos con lo más básico: un cuadro de doble entrada que resume gráficamente el marco dentro del cual vamos a movernos. Es un cuadro con dos ejes principales que explican las decisiones sobre la participación social de las personas mayores. Por un lado se encuentra un eje básico de ámbitos de actividad que diferencia entre lo público y lo privado. Además dentro de esta diferenciación los interlocutores han discriminado entre prácticas que se realizan en contextos formales y otras que se llevan a cabo en ámbitos informales. El resultado es el siguiente cuadro:

	Formal	Informal
Ámbito Privado	<p>EL DESARROLLO PERSONAL:</p> <p>Cursos, talleres, IMSERSO, viajes, etc.</p> <p>Participación: pertenencia a grupos de actividad y consumo.</p>	<p>LOS CUIDADOS:</p> <p>Ayudas a familiares y amigos cercanos. Los nietos.</p> <p>Participación: sostén familiar y social.</p>
Ámbito Público	<p>LOS SERVICIOS:</p> <p>Asociaciones y voluntariado.</p> <p>Participación: la ayuda social.</p>	<p>LAS COOPERACIONES:</p> <p>Intercambio en barrios y movimientos sociales.</p> <p>Participación: la transformación de las condiciones de vida.</p>

Tabla 1: Modelos de participación social.

La diferencia entre los ámbitos de lo privado y lo público no debe hacernos pensar en una diferencia entre prácticas individualistas y prácticas colectivas; todas ellas son colectivas en alguna medida, todas ellas implican un escenario relacional, ya que hemos obviado para este capítulo aquellas actividades más estrictamente personales, como son los paseos, ver la TV, leer, etc. Dichos términos tienen que ver más bien con la relación entre el endogrupo y el exogrupo, y sobre todo con el objetivo y el código de actuación, más social o más personal según cada caso. Por otro lado, el eje de la formalidad de los ámbitos remite a la organización de los mismos, como ya hemos expuesto en otro capítulo, y por lo tanto al modo de implicación de los individuos en el proceso colectivo que se pone en marcha. En primer lugar, la institución que se encarga de organizar las actividades, con sus reglas, horarios, especificaciones, roles, etc. permite estructurar el tiempo del participante, tanto el tiempo de la participación como el tiempo general de su jornada o del periodo semanal. Pero además, en las actividades de tipo público, es decir, fundamentalmente en el asociacionismo y en el voluntariado, la formalidad también genera límites y fronteras para salvaguardar la vida personal e íntima de la persona. Una de las entrevistas fue especialmente clara a este respecto: la diferencia entre ayudar en el ámbito informal del barrio y la participación en una asociación u organización (como Cáritas) se encuentra en que en el segundo caso la persona no se ve obligada a implicarse emocionalmente con el trabajo y sobre todo con las personas a las que ayuda o con las que colabora.

HÁBLAME UN POCO DE ESO QUE DICES QUE, QUE A LO MEJOR ES UNA COSA QUE UNO PODRÍA HACER CON EL VECINO, SIN EMBARGO

A TI ESO NO TE GUSTARÍA Y TE GUSTA MÁS ALGO PUES ESO TIPO COMO CARITAS Y TAL, HÁBLAME UN POCO DE ESO...

Es que no sé si eso será parte de preservar un poco tu intimidad... pero, pero... claro, cuando te involucras mucho con gente a lo mejor puede ser un problema, o sea de repente te das cuenta que le has dado mucha confianza a una persona y esa persona pues te resulta difícil que mantenga un cierto respeto con tus cosas ¿no?

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

A la inversa, actuar desde patrones informales permite que el proyecto en el que uno se encuentra implicado no se consolide como una realidad autónoma respecto a los propios miembros y, por lo tanto, permite a dichos miembros tener el control permanente de los fines para los cuales actúan. Eso es lo que define aquí un ámbito informal, ya que, por otra parte, contiene numerosos elementos organizacionales compartidos con las instituciones: horarios, contextos específicos de actuación, etc. Este tipo de organización informal es sobre todo la que se busca y la que se desarrolla en los movimientos sociales pero también en el ámbito de los barrios y las ayudas vecinales. Si en el caso anterior la formalidad permitía separar nítidamente el mundo íntimo o personal del mundo de la participación pública, en este caso la informalidad borra hasta cierto punto esas fronteras y la persona participante demuestra una implicación más fuerte con el proyecto.

Se trata, en definitiva, de cuatro grandes ámbitos de actividad y de socialización que no son excluyentes, sino perfectamente abiertos todos ellos para un mismo perfil, como es relativamente habitual que ocurra. Especialmente los ámbitos de los cuidados y del desarrollo personal son dos esferas que prácticamente todos los perfiles entrevistados han mencionado. Un cierto

número menciona además las opciones de voluntariado y de asociacionismo. Y solo una minoría habla además sobre proyectos que tengan que ver con movimientos sociales, aunque dentro del ámbito de lo comunitario sí se dan más casos de ayudas entre vecinos, pero especialmente en los hábitat de pequeña escala.

Como venimos indicando a lo largo de todo el informe, la llegada de la jubilación en la vida de las personas de la generación estudiada produce una serie de modificaciones en la participación social que reorganiza la importancia de los ámbitos de actividad y que podemos resumir básicamente en los siguientes efectos:

- **Ambigüedad de lo doméstico:** el ámbito de los cuidados, de lo privado informal, de lo reproductivo, del valor de uso de las actividades, se ve a la vez revalorizado y «rechazado». Las ayudas a familiares, sobre todo a los hijos (cuidado de nietos) reafirma este ámbito en el discurso, adquiriendo mucha importancia. El cuidado de nietos es a la vez un motivo de satisfacción muy potente y la causa de demandas y quejas sobre el nuevo papel de las personas mayores. Además, lo doméstico viene a significar un modo de vida más pasiva (el descanso vinculado al hogar) y en ocasiones aparece con connotaciones negativas (aislamiento, desprestigio social, etc.).
- **Fuerza del ocio activo:** el sector de lo privado formal, todo el área del desarrollo personal, ha aparecido en la investigación como el verdadero núcleo del compromiso activo de esta generación, el foco que viene a simbolizar lo que esta generación entiende que es pertenecer a esa

etapa vital tan especial entre el periodo de final del trabajo y la vejez: el envejecimiento activo.

- El campo institucional (público formal) tiende a convertirse en una ampliación de la actividad estatal: el espacio de las asociaciones y el voluntariado suele quedar definido como un área que tiene por objetivo el servicio a la comunidad, como si se tratase de una extensión de los servicios sociales estatales. Además contiene también algunos aspectos tanto del mundo del trabajo como de lo doméstico y aporta un grado de formalización y un cierto carácter público a actividades del cuidado.
- Mantenimiento del ámbito comunitario: el dominio de lo público informal suele mantenerse como un espacio de creación de redes e interacciones densas, tanto si es en su vertiente más política para aquellos/as pocos casos que la practican (movimientos sociales), como si se refiere a las relaciones con la comunidad local y los barrios.

3.3.1. Lo privado informal: los cuidados

El espacio de lo privado informal, donde se realizan las actividades de cuidado, es por definición el ámbito de lo doméstico. Se trata de las actividades que tras la jubilación se ponen en marcha con la intención de mantener la vida cotidiana de la familia.

Los nietos cumplen un rol importante en el proceso de envejecimiento de nuestros interlocutores, ya que suelen estimular su vida activa a partir de una fuerte dosis de demandas y de ofertas afectivas. En la investigación

se ha afirmado varias veces que el cuidado de nietos es una de las tareas más importantes para los jubilados/as, ocupando un tiempo importante de sus jornadas y con significados igualmente importantes para ellos/as. La práctica del cuidado contiene elementos sustanciales para el desarrollo moral y ético de las personas y cuando se llega a una cierta edad se refuerza al entrar en consonancia con una sensibilidad particular de la persona hacia los otros cercanos. Pero para el caso concreto del cuidado de los nietos se potencia aun más, al expresar el cuidado su sentido más arcaico de «impulso al crecimiento». Mediante el cuidado, los seres vulnerables como los niños actualizan sus potencialidades. Gracias a la existencia de personas que protegen y apoyan el desarrollo de las funciones «naturales» de los niños, estos van adquiriendo una personalidad o una identidad propia y una serie de capacidades de actuación. Haciendo una comparación técnica, se trataría del mismo proceso de cuidado de una planta: gracias a los nutrientes que se le aplican, la planta es capaz de desarrollar su altura, su color, su frondosidad, etc. Por esta razón los nietos pasan a convertirse en un «instrumento» esencial de la vida emocional de los jubilados/as.⁵

Por todas estas razones, el discurso debería quizá haber presentado esta actividad en un espacio externo al de la participación social, pero lo interesante es que hemos encontrado un fuerte componente social atravesando dicho dominio. Como ya hemos analizado, este espacio está en la actualidad, y con motivo de la crisis, en pleno proceso de politización, en el sentido preciso que se le da a dicho término en la teoría feminista

5. Veremos más adelante cómo este significado puede guardar relación con un uso religioso secularizado del mismo.

cuando sentencia que lo personal es político. Hoy en día las personas mayores están definiendo este tipo de actividad, este tipo de «ayuda» y de «autoayuda», precisamente como una actividad social que beneficia al estado general y estructural del mercado de trabajo y de consumo, al permitir que sus hijos puedan trabajar o puedan buscar trabajo con mayor eficacia, como ya hemos expuesto en otro capítulo.

Por esta razón, el concepto de participación que se maneja entre las personas cuyos discursos hemos analizado cuando hablan del cuidado de nietos es precisamente el de *sostén familiar y social*. Una práctica con la que se participa socialmente al hacer posible que se lleven a cabo tareas fundamentales para la supervivencia de una sociedad.

Pero esta politización viene acompañada, como toda politización, de una dimensión crítica. En diversos contextos en el trabajo de campo se encuentran ejemplos de debates en los que se problematiza este tipo de ayudas familiares, especialmente la del cuidado de los nietos, aunque no solo ellas. Han surgido con cierta frecuencia declaraciones en las que se critica la situación de personas jubiladas que apenas pueden encontrar tiempo para sí mismas y también indicaciones para el futuro de jubilados y sobre todo jubiladas que se niegan a verse a sí mismas como abuelas chantajeadas emocionalmente por sus hijos.

M. Yo es que he, he...he criado a mis hijos y creo que he cumplido como madre y los nietos que los..., que los, que los cuiden tus hijos.

H. Hay mucha gente a las que por descontado les condiciona los hijos o los nietos, pero digo...

H. Nadie nos obliga, es cierto nadie nos obliga, es decir eso es una tontería nadie te obliga

H. Hay una proporción muy alta que viene condicionada

H. ... y que aguantas y no haces cosas que podrías hacer

H. Pero mis cuñados y todos... y tal por los nietos, por los nietos, a colaborar por los nietos, a colaborar por los nietos, no me puedo ir a hacer otras cosas, no sé qué... porque los nietos porque... el otro trabaja, el marido trabaja

M. Una cosa es ayudar y otra cosa es una obligación

H. No, no es ayudar pero ayudas al final...

M. ¿por qué hombre? Yo, no es el caso, ya te digo pero yo pienso que si algún día uno de mis hijos..., lo que tú dices, el niño va la guardería y lo necesita me quedaré, pero yo estar como esos abuelos con la obligación de llevarle al colegio, ir a recogerlo a la... yo esa obligación no la quiero.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

El debate sobre este aspecto se intensifica cuando son mujeres las que lo llevan a cabo. Evidentemente, siguen siendo las mujeres las que se encargan de los nietos con mayor asiduidad, aunque en nuestra investigación los varones han mostrado un nivel de atención también muy elevado. Por eso mismo las críticas hacia los posibles chantajes emocionales y hacia la pérdida de independencia adquiere en la encuesta algo más de notoriedad entre las mujeres.

M. Yo soy la primera que dice que no se queden en guarderías.

M. Los hijos son muy egoístas, todos, eh, todos.

M. Sí, sí.

M. O porque te vienen a comer, o porque te dejan a los niños, o porque sólo piensan en ellos, solo de irse de viaje, solo, todos, eh, ¡son todos! Quizá nosotros hayamos sido igual que ellos, no te discuto, pero no hacíamos esas cosas antes, antes éramos más respetuosos con los mayores, eh, porque no había tanto a lo mejor, pero éramos distinto.

(GD2: Mujeres jubiladas y amas de casa, Madrid.)

Sin embargo, tenemos que matizar esta afirmación diciendo que es también entre las mujeres donde se han dado muestras de comportamientos más estereotipados centrados en el canon tradicional de «abuela», por lo que sobre todo en el grupo de discusión realizado con mujeres trabajadoras y amas de casa surgen algunos debates interesantes entre los dos perfiles. Y de hecho, en dicho grupo surgen algunas argumentaciones que tienden a justificar y a reevaluar la condición de «ama de casa» frente a la de mujer trabajadora.

En la base de estas críticas al papel irresponsable de los hijos al delegarles el cuidado de los nietos se encuentra la misma posición generacional que ya hemos descrito en otro capítulo, definida por la distancia entre dos éticas distintas. La posición ética de las personas que tienen entre 55 y 70 años en la actualidad, marcada por la cultura de la transición y sus correlativos valores de esfuerzo, responsabilidad, respeto, etcétera, y la posición de los adultos que empiezan a tener hijos ahora, integrados en la cultura del consumo. Para muchos de nuestros interlocutores el problema básico en los chantajes emocionales con respecto al cuidado de los nietos se sitúa precisamente en esa coordenada moral y ética, que al fin y al cabo contiene una interpretación generacional de la transmisión cultural y sus consecuentes cambios de valores sociales.

M: Nos dejaban los padres mucha responsabilidad, entonces hemos crecido con esa responsabilidad; hoy a los hijos no se le da responsabilidades... bueno vamos... no se les da, no se les da porque yo ya he compartido responsabilidades en mi casa y así han seguido nuestras generaciones todas...

A VER UN SEGUNDITO, ESPERA...

M: A mis hijos no les he dado yo ninguna de las responsabilidades que yo tenía ni cuando eran chicos ni nada de nada, se han criado de otra manera... que unos son más responsables que otros, de acuerdo, pero la responsabilidades que teníamos nosotros de nuestra generación era...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

3.3.2. Lo privado formal: desarrollo personal

Insistimos en definir este ámbito, que contiene toda una serie de actividades como los cursos, los viajes, el consumo cultural, los aprendizajes, las nuevas experiencias, etcétera, como el foco sobre el que se están dirigiendo hoy en día las principales expectativas y demandas de la generación que estamos estudiando. La interpretación que hacemos es que todo este campo simboliza la imagen que nuestros interlocutores conciben como la imagen socialmente positiva para las personas de su edad. Así como en los años sesenta o setenta los padres de las actuales personas mayores reproducían una imagen social marcada por el tradicionalismo, la centralidad de lo doméstico y de la familia, la moral de sacrificio, la austeridad, la discreción, la autoridad, etcétera, en la actualidad se estarían valorizando otro tipo de hábitos y de creencias: el hedonismo, el cuerpo y la salud, la responsabilidad, la actividad colectiva, la sociabilidad, la apertura mental, el contacto intergeneracional, etc. Y la oferta disponible de espacios, tiempos y programas de actividades para el disfrute y el desarrollo personal concentran la mayoría de estas variables.

En el informe sobre envejecimiento activo editado en 2011 por el IMSERSO se encuentran datos sobre cómo se ha modificado esta tendencia hacia la

actividad y cómo se ha terminado orientando hacia el ocio activo vinculado al desarrollo personal. Según dichos datos, el impulso hacia la actividad, hacia la realización de nuevos proyectos y actividades una vez que se llega a la jubilación, se daba en un 9,5% de la población de esa edad en 1993, mientras que en el 2010 supone un 53,6% de la misma. Un aumento muy considerable de personas que mencionan realizar actividades que no realizaban antes de la jubilación y que por lo tanto se adaptan a los campos motivacionales que en otro epígrafe hemos denominado «la jubilación como oportunidad» y «la jubilación como descubrimiento». Y como se puede observar en el propio gráfico, dicha actitud aperturista y entusiasta se orienta hacia actividades que pertenecen al ámbito privado (tal y como lo hemos definido aquí). Aumenta sobre todo el deporte y el ejercicio físico, dato muy coherente con el análisis sobre cómo el cuerpo se ha convertido en un espacio de intervención fundamental para el jubilado/a o la «ama de casa». Y crecen también actividades que coinciden con este ámbito del desarrollo personal: los cursos de manualidades, los viajes y las actividades culturales y sociales. Mientras tanto, el voluntariado, un espacio donde este segmento de población ofrece sus mejores resultados de participación en comparación con otras cohortes de edad, crece solo un 2,9%.

Utilizamos el término «desarrollo personal» para explicitar un tipo de actividad que genera un aumento de la capacidad de la persona para aplicar sus potencialidades de conocimiento y de disfrute. Puede concebirse como una forma de autocuidado, en el sentido en que anteriormente se ha definido el cuidado como la práctica del impulso al crecimiento, es decir, la organización de las condiciones ambientales y prácticas para que una

serie de potencialidades se puedan transformar en actividades reales. El paso de la potencia al acto.

En nuestra investigación se han citado toda una variedad de ofertas disponibles y practicadas por esta generación:

- Físicas: gimnasia, yoga, deportes y ejercicio, dietas, salud, etc.
- Expresivas: pintura, escultura, teatro, música, etc.
- Formativas: universidad para mayores, idiomas, etc.
- Culturales: cine, historia, charlas, etc.
- Sociales: clubs sociales, etc.
- Técnicas: Internet, informática, cocina para varones, etc.
- Aficiones: juegos, reuniones, etc.
- Etc.

Esta forma de «autocuidado» está íntimamente ligada a los gustos, gustos personales, aun cuando estemos de acuerdo con Bourdieu en que precisamente los gustos están sometidos a criterios y bases sociales, que se conforman a partir de principios de clasificación. Lo importante es que los sujetos los viven como estrictamente personalizados, es decir, al practicarlos generan efectos de personalización, de diferenciación social, y de esta circunstancia deriva en buena medida su potencial de satisfacción. Se trata, en última instancia, de una forma de autoconocimiento, como señala Bourdieu: «Descubrir una cosa a su gusto es descubrirse a sí mismo, descubrir lo que uno quiere (“esto es exactamente lo que yo quería”), lo que uno tenía que decir y no sabía cómo, y que, por consecuencia, uno no sabía» (Bourdieu, 1999: 124).

Lo que perciben en el fondo los miembros de esta generación es que se ha abierto todo un mercado en el que poder elegir conforme a sus aficiones y gustos, junto a otros participantes a los cuales les unen precisamente estos mismos gustos y aficiones. La capacidad de elección, la elegancia en la elección es lo que se pone en juego colectivamente en este ámbito del desarrollo personal y, por lo tanto, se comprende que sea una válvula de escape de otros dominios marcados por la necesidad y por la utilidad funcional (el trabajo y lo doméstico). Pero además se trata de un ocio activo, distinto a la mera elección de productos que se lleva a cabo en el ocio de consumo. En las tareas que se realizan en este tipo de cursos y talleres se moldea la propia capacidad del participante para desarrollar actividades, saberes, habilidades, etc. En última instancia se trata de una autoconstrucción del sí mismo.

Sin embargo, esta autoconstrucción no se realiza en el plano íntimo de la persona, sino que requiere de un contexto de producción colectivo, un espacio colectivo que valore los resultados del proceso de construcción de la personalidad. El componente colectivo de las actividades que se realizan sigue siendo un elemento esencial de esta opción de participación social. El espacio colectivo ofrece dos beneficios:

- **Sociabilidad:** por un lado permite resolver una de las grandes preocupaciones de este segmento una vez que se ve en la jubilación, encontrar grupos de referencia donde socializarse que sustituyan a los equipos de trabajo, donde se generaban entornos de socialización interesantes.

- Valorización social: pero el entorno colectivo además provee de un criterio de valorización de los «productos» propios de las actividades que se realizan en estos ámbitos. Un curso de la universidad para mayores, por ejemplo, es un espacio en el que poder poner en escena el saber, confrontarlo y socializarlo con los compañeros y con los profesores, mientras que un curso de pintura permite evaluar la habilidad técnica y artística del participante.

Es por esta razón por lo que hemos denominado a la concepción de la participación que aparece cuando se habla de este ámbito de actividad como *integración en grupos de actividad y consumo*, es decir, se entiende que la práctica de este tipo de actividades en sociedad genera, ya de por sí, una cierta participación social. Desde este enfoque, el discurso compara la actitud de anteriores generaciones con las actuales y el resultado es que en la actualidad, al menos, las personas de estas edades tienen la capacidad y la voluntad de participar en actividades que no se limitan a las personales y familiares.

Desde un cierto punto de vista el espacio del desarrollo personal estaría sustituyendo al mundo del trabajo en estos aspectos concretos: en la producción de relaciones interpersonales enmarcadas en un entorno práctico y en la producción de prestigio asociado a una capacidad de creación. Pero a la vez, la expansión real y simbólica de este espacio indica que la cultura del consumo está perfectamente integrada en esta generación, aunque gracias a toda la cultura del envejecimiento activo puesta en marcha en los últimos años parece haberse orientado hacia entornos de ocio activo, no simplemente consumistas. Así, un componente que tiende a ser

privilegiado en este espacio es el prestigio, que al igual que ocurre con el campo del consumo (ocio pasivo) permite a la persona participante generar, a través de sus capacidades de elección y de desarrollo de conocimientos y habilidades, una posición en la sociedad. La exploración de las potencialidades de la persona implica en este entorno una manera de presentarse en sociedad. Por todo ello, este contexto suele quedar expuesto a una lógica de valoración social basada en el valor-signo, en la producción de prestigio y de diferenciación social que se combina con el mismo valor puesto en práctica en el mundo del ocio pasivo (consumo).

Por esta misma adscripción al espacio del consumo un elemento central de este ámbito de identificación es el de la segmentación. Si bien en el espacio doméstico predominan las identificaciones de pertenencia al grupo primario, en estos espacios se generan grupos de afinidad por gustos, lo que produce una extraordinaria diversidad. Ciertamente, en nuestra investigación se ha podido comprobar cómo todo este espacio está estructurado internamente y también de cara al exterior por dos categorías básicas: la clase social y especialmente el nivel cultural. Se puede llegar a decir que las distintas opciones de desarrollo personal se eligen según patrones que remiten en última instancia a estas posiciones. Por ejemplo, la universidad para mayores suele estar mejor valorada por aquellos perfiles que han tenido una mínima formación, o incluso algunos que ya habían empezado alguna carrera y la tuvieron que abandonar sin finalizar. Así también, el impulso a viajar, muy generalizado, está en realidad dividido en sus destinos y modalidades de viaje por la capacidad de cada persona para costearse los viajes y por sus gustos sobre las distintas opciones.

H. O sea que, luego la Universidad, una clase que tengo en la Universidad de mayores, que eso es lo mejor que me ha pasado a mí en la vida. No sé si ustedes habrán ido alguno, la Universidad de mayores...

M. Me hubiera gustado... pero yo ya no tengo la mente adiestrada para meterme en estudios

H. No pero si no son estudios, son más bien charlas... ni exámenes ni nada

M. Asistir y eso... ahora ya llevar de tareas a casa, ahora no nada de eso...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Además de estas categorías, en la investigación surgió un caso muy especial que nos permite hacer una reflexión sobre el papel del género. Una entrevista puso en evidencia el posible papel de este espacio en el proceso de empoderamiento de las mujeres. Diversos estudios ponen de manifiesto como el entorno del voluntariado y el asociacionismo cumple un rol fundamental en el acceso de la mujer al espacio público y de participación social. Los datos estadísticos confirman un vínculo significativo entre el género y este tipo de opciones de participación basadas de alguna manera en la idea de «asistencia». Y desde enfoques cualitativos se precisa que, efectivamente, las asociaciones e instituciones tienden a otorgar a la mujer un ambiente propicio para desarrollar su voluntad lejos de un espacio como el doméstico, donde su papel está constreñido por rasgos tradicionalistas, y por lo tanto se convierten en verdaderos espacios de libertad y realización personal, además de lugares de valorización de sus habilidades. Por ejemplo el estudio de Gregorio Rodríguez Cabrero (1997: 160): «Su participación [de la mujer] es, sobre todo, un proceso social de liberación de las ataduras personales y sociales y una socialización tardía de conocimientos y experiencias que les fueron negadas».

Pero lo más interesante es que diversos datos, como por ejemplo la Encuesta de la Fundación Pilares (Rodríguez Cabrero et al, 2013) y la *Encuesta de empleo del tiempo* del INE (INE, 2010), permiten precisar que dentro del ámbito del asociacionismo civil (lo que hemos denominado lo público-formal) las mujeres se sienten más atraídas por el voluntariado y otras propuestas de carácter asistencial, pero que es precisamente en el área del ocio y la vida social donde sacan más ventaja, superando en los porcentajes de participación a los varones en actividades como: ir a centros comerciales, visitar y recibir visitas, visitas culturales y a monumentos, charlas y tertulias fuera del domicilio, pasear o conversar por teléfono. Mientras tanto, el voluntariado, hasta cierto punto y como expondremos mas adelante, puede llegar a considerarse una variante de la práctica del cuidado, pero aplicada a un ámbito no doméstico. Es por esta razón por la que en nuestra entrevista una mujer que ha vivido durante más de treinta años dedicándose al cuidado del hogar sin apenas disponer de vida personal y social prefiere evitar la opción del voluntariado cuando realiza una toma de conciencia prácticamente feminista a sus 55 años. Frente a su nuevo escenario, prefiere dedicar su tiempo al desarrollo personal por considerarlo como un tiempo propio, mientras que las opciones de voluntariado y similares se le presentan como actividades dirigidas a otros que ella ya ha realizado a lo largo de toda su vida.

SEGURO QUE EN EL FUTURO, ENTONCES NO VA A HACER COSAS DE ESTAS DE VOLUNTARIADO Y LO QUE HEMOS DICHO...

En el futuro no lo sé, mira tú, en el futuro... pero ahora te juro que no me apetece a mí meterme otra vez a hacer lo mismo, ¿qué voy a hacer

a cuidar, a coser? Mira llevo ya muchos años, déjate tú [...] La pintura sí que me ha gustado y salgo también a hacer trekking que no te lo he dicho antes...

(Mujer, 60 años, amas de casa, Palma del Río, clase media baja, participante social)

¿Generará esta tendencia hacia la participación en el ocio activo de las mujeres una aminoración de los porcentajes de participación en voluntariado por desvío hacia estas otras actividades de tipo personalista? ¿Evitarán las mujeres del futuro el voluntariado y el asociacionismo asistencial debido a un mayor arraigo de los valores sobre la igualdad entre los sexos en sus vidas? Por el momento las estadísticas no lo indican, ya que el voluntariado es una práctica que crece entre las mujeres en los últimos veinte años (IMSERSO, 2011). Sin embargo, crece en mucha menor medida que otras opciones, como son: ir a un bar o cafetería, pasear, ir a una asociación, a un club social o de mayores. En los próximos años podemos asistir a una nueva socialización de la mujer mayor en el espacio público basada en patrones más parecidos a los del varón. Y lo que es más importante, de lo obtenido en el trabajo de campo cualitativo se puede apuntar a una orientación de estas mujeres hacia un ocio cada vez más activo, en forma de este tipo de ofertas de desarrollo personal. Este campo del desarrollo personal entroncaría con ciertos patrones culturales de género, de acuerdo a los cuales las mujeres estarían en mejores condiciones para potenciar la reflexión sobre sí y la puesta en duda de sí mismas que los varones, tradicionalmente más expuestos a su papel público y de autoridad colectiva. De alguna manera, el espacio del desarrollo personal puede llegar a convertirse en una profesionalización del tradicional mundo femenino del autocuidado en un sentido amplio.

En cualquier caso, nos gustaría plantear algunos matices sobre el efecto de las categorías sociales en este ámbito. Una de las principales consecuencias del proceso de modernización y de desarrollo de la sociedad de consumo consiste precisamente en la generación de sociedades cada vez más diversas internamente, aspecto diferencial con respecto al momento de formación de las sociedades modernas, cuando la implantación de los Estados-nación estableció la necesidad de generar colectivos homogéneos internamente y disímiles con respecto a otras comunidades políticas. En la actualidad las personas mayores tienden a ser más diversas entre sí que lo que eran hace 20 años y seguramente estas diferencias crecerán en el futuro. Hemos pasado de una estructura social basada en las grandes categorías sociodemográficas (edad, género, etc.) a una nueva forma de articulación mediante estilos de vida. Y esta nueva dinámica promueve transversalidades entre esas distintas categorías. Dos personas de la misma edad pueden desarrollar caracteres y personalidades totalmente distintos, mientras que dos personas de edades disímiles pueden encontrarse en algunos de sus gustos y hábitos. En este contexto, las categorías que hacen de articuladores son más bien los gustos, figuras mucho más maleables que las categorías sociales clásicas, incluso cuando a veces estén muy determinados por otras categorías, especialmente por el nivel cultural. Y el espacio del desarrollo personal es el más abierto al efecto de los gustos como principio de estructuración del espacio social, tal como ya se pudo analizar de los resultados del estudio cuantitativo de la Fundación Pílares.

Esta es la razón por la que la generación que hemos estudiado ha valorado con reticencias las ofertas específicas para mayores, como son por

ejemplo las del IMSERSO. Este organismo ha concentrado en el discurso de nuestros interlocutores la imagen de oferta específica para personas de su edad, y sin embargo, como veremos, obtiene de estas edades una valoración como mínimo distanciada. La crítica de fondo consiste, precisamente, en que no se tiene en cuenta esta nueva configuración de la estructura social y plantea ofertas desde un mensaje que sigue un código de segmentación clásico: oferta para jubilados/as. Es esta imagen y este mensaje el que es criticado en mayor medida que los contenidos y las propuestas propias de la institución, las cuales son ponderadas con algunas valoraciones positivas. En una de las entrevistas realizadas se explicitó claramente la sensación que un jubilado puede tener frente a este tipo de ofertas: la de sentirse etiquetado.

Que creen que la sociedad, vamos, que mi generación tiende más a eso... por eso no lo sé... Yo creo que hay un cierto repudio a... a que eso... a... ni a ser llamado tercera edad ni a ser viejo ni a ser mayores o... Yo soy una persona y nada más ¿no? O sea entonces bueno pues entrar ahí supone que me clasifican como, como... esa etiqueta... esa etiqueta yo creo que no es buena, no es buena y... lo que subyace debajo de la etiqueta...

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

De aquí se deriva el distanciamiento con respecto al IMSERSO en tanto que ofertador de programas destinados a un bloque demográfico demasiado amplio y que contiene ya en la actualidad demasiada heterogeneidad como para ser interpelado mediante categorías de hace 20 o 30 años. Las ofertas del IMSERSO parecen estar tan connotadas que ante sus programaciones algunos de nuestros interlocutores han sentido que participaban en un espacio restringido, no solo para una edad

concreta, sino para un estilo de vida que se refleja en el concepto de oferta masiva tradicional: clases populares, escaso nivel cultural, ocio pasivo, etc. Esta imagen ha generado rechazo incluso en personas de edad avanzada.

M. Yo, no me importa gastarme lo que sea en viajes. Si me lo dan con el IMSERSO más baratito pues mira también...

H. A mí no me gusta el IMSERSO ¿Eh?

M. Pero es cuestión de ir bien acompañado...

H. No es porque no me guste, si no porque no le gusta a mi mujer.

H. Mi mujer no quiere.

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Pero esta imagen hasta cierto punto degradada del IMSERSO como concepto de programación, no se extiende totalmente a la oferta de servicios y productos como tal. En primer lugar, los propios mayores ya están modulando la oferta de manera personalizada. Por ejemplo, en el caso de los viajes, hemos encontrado menciones sobre prácticas de personalización de los mismos, utilizando recursos que se ofrecen masivamente, pero recreando luego el viaje en el destino de manera singular sin tener que participar grupalmente en todas las actividades organizadas.

Pero quizá es, bueno las personas, yo lo veo con mis padres, mis padres tienen 80 años y 81, y bueno pues bien, pero son personas, normalmente, mucho mayores, entonces yo con mi edad, tampoco yo me veo, ¿eh?

Pero no hace falta que vayas en grupo, tú haces tu vida.

Ya lo sé, ya, ya.

(GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona)

Además, las ofertas del IMSERSO se consideran indispensables para permitir que determinados perfiles con menos recursos puedan incorporarse a la vida activa, social y pública. Desde este punto de vista este organismo se ve a día de hoy muy cercana en cierto modo a la asistencia social, en tanto instrumento de mejora de la socialización para perfiles desfavorecidos.

E igual que se engancha con la Universidad de mayores, claro es otra..., un aspecto que me parece que es positivo. Sí positivo, pues porque todo lo que sea salir de casa es positivo

SALIR DE CASA...

Creo que sí, a la calle, al extranjero o a otros sitios a... creo que es positivo y abrir un poco la mente.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Y en última instancia varios de los participantes en nuestra investigación han confesado que la imagen que tenían del IMSERSO quedó en cierto modo deconstruida al participar en alguna de sus ofertas. Y es algo que también se ha citado con respecto a otros recursos públicos, como son, por ejemplo, los centros de mayores.

Sí, hombre, entrar a comer a un centro de mayores, lo más tonto del mundo..., bueno pues yo llevo intentando por lo menos un año entrar a comer en un centro de mayores. Bueno porque, no quería yo,... y pues bueno entré un día... Y comí estupendamente, pero ya no comíamos nosotros, sino que había gente, gente, gente joven... pero no veas que para que a mí me metieran... ¿Qué fuera capaz? Que no, que no...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

A todos estos aspectos atribuidos al IMSERSO y a la oferta institucional para personas mayores hay que sumar su carácter de oferta transicional.

Éstas son el ejemplo más típico de propuestas que se sitúan del lado de las ofertas de ocio, pero con una capacidad especial de trazar lazos hacia el ámbito doméstico, de capturar, si se permite la expresión, perfiles amoldados al espacio doméstico para sacarlos a un entorno más colectivo y socializado. Aunque en la tendencia histórica este papel puede estar siendo superado por la oferta privada del mercado del desarrollo personal en nuestra investigación siguen apareciendo algunas afirmaciones que lo colocan en ese punto.

3.3.3. Lo público informal: las cooperaciones

Un tercer espacio es el de las actividades de cooperación en contextos comunitarios. Se trata de un espacio con poco desarrollo en los discursos de la generación estudiada, más allá de los pocos perfiles directamente implicados. Es el área donde se pone en juego más claramente el valor simbólico, basado en una lógica de la deuda difusa, de los favores, de los dones. Es decir, la participación en este ámbito no se rige por valores estrictamente utilitarios de lo necesario (aunque en ocasiones se desarrollan actividades claramente funcionales), tampoco por el valor signo de lo prestigioso, ni tampoco por el valor de servicio o el valor de cambio que veremos en el último espacio de participación, sino que se dirige a la creación y fomento del bien común entendido como un espacio donde se colabora sin buscar una devolución ni una amortización en términos de desarrollo personal. En ese sentido, la principal cualidad ética que recorre este campo es la del compromiso, en tanto consiste en una forma de implicación basada en la adhesión a un proyecto que se considera justo en el objetivo de mejorar la vida de la

mayoría. Un compromiso que va más allá de la mera responsabilidad, que implica una personalización de las demandas, de los valores y las prácticas y por lo tanto una implicación mayor.

Una de las principales características que diferencia este espacio del entorno de las asociaciones y otras instituciones que también gestionan un tipo de actividad altruista es el hecho de que las condiciones en las que se llevan a cabo las acciones están marcadas por la autonomía de los proyectos y la horizontalidad de las relaciones, impidiendo que se genere una estructura organizativa que termine imponiéndose al colectivo, separando a los individuos entre sí y rearticulándolos en la institución por medio de una división social del trabajo. Siguiendo el análisis de Jean Baudrillard sobre el valor simbólico, se puede decir que es el tipo de organización de los intercambios que impide que se genere un mercado con sus reglas y condiciones externas (Baudrillard, 1980). Esta es la esencia, como ya hemos visto anteriormente, del carácter informal de este ámbito público, al impedir que se genere el proceso tan habitual de institucionalización de los colectivos, por el que los fines que se persiguen en el origen quedan subsumidos en la necesidad de poner en marcha recursos y medios para llevarlos a cabo, hasta el punto de cristalizar una serie de mediaciones que terminan por desviar el objetivo original. Precisamente por esta razón las intervenciones que se quisieran realizar sobre estos espacios desde un enfoque institucional y formal pueden resultar inadecuadas.

Me da la impresión que si tú crearas espacios juveniles ningún joven se va a involucrar ahí, sino que los jóvenes van a ir por libre adonde vayan ¿no?

Pues un poco también me da la impresión de eso... o sea, no se pueden crear Pilukas... porque si creas una Piluka, deja de ser una Piluka o un centro social por así decirlo, o sea, un centro social o es de una manera autogestionada o surge de... o sea las cosas surgen de abajo para arriba o tú no puedes crear cosas que... es como contestar a una pregunta que no se te hace, pues no... si no hay pregunta... no hay respuesta...

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Pese a que, como decimos, en nuestra investigación este espacio de la autonomía y la horizontalidad no goza de notoriedad, lo cierto es que en el momento presente, y gracias a las movilizaciones que está generando la crisis, con el 15M como referente más visible pero no único, podría empezar a obtener una mayor presencia en el discurso y la percepción de la generación de jubilados/as. Este espacio parece contener principios de actuación que entroncan con una cierta tendencia del presente a reivindicar una forma política y de participación pública nueva. Precisamente, al calor de las críticas al sistema político institucional se están poniendo en marcha en muchos barrios iniciativas que pueden facilitar una vinculación más clara y natural entre la generación que estamos estudiando y este espacio a medio camino entre la política y el voluntariado.

En nuestro trabajo de campo, se han producido pocas menciones a posibles vinculaciones con este espacio, pero estas quizá puedan ayudar a entrever mecanismos de conexión con otros ámbitos de actividad, como analizaremos más adelante.

Es un espacio realmente dividido en dos áreas separadas, por un lado los intercambios comunitarios que se dan a nivel de los vecindarios y el

entorno local, y por otro el gran eje de los movimientos sociales como proyectos con un carácter político más claro y definido.

Los intercambios comunitarios consisten en todo tipo de actividades que se producen en los entornos vecinales y locales bajo la forma de redes de apoyo mutuo o de favores entre conocidos o vecinos. En nuestra investigación se han encontrado muy pocos ejemplos de este tipo de actividad que aquí distinguimos del trabajo asociativo vecinal. Y precisamente, estos ejemplos surgen en contexto de localidades de pequeño tamaño, donde la vida social se nutre precisamente de este tipo de apoyos por efecto de un patrón de convivencia de confianza distinto al de las urbes. Así, cuando se pregunta en las entrevistas sobre el tipo de actividades que se realizan en el ámbito público no se cita ninguna que tenga que ver con voluntariado o asociacionismo, y se coloca este nivel del tejido vecinal como el entorno natural para desarrollar prácticas de contribución a lo social. Es posible que en las poblaciones pequeñas y para algunos perfiles, sobre todo varones, las ayudas a vecinos bajo distintas formas (arreglar una rueda, enyesar un muro, etc.) se consideren un formato más que suficiente de colaboración colectiva, por lo que las opciones de asociacionismo y voluntariado quede en un segundo plano, como ocurrió realmente con una de las entrevistas.

¿EN EL CENTRO ESTE TAMBIÉN ES UNA ASOCIACIÓN?

Creo yo que hay una asociación, me parece, pero yo no voy... voy a otra cosa, voy a las cartas solo.

¿Y NO PARTICIPAS ENTONES MUCHO D ELA VIDA DEL PUEBLO, DE LAS ASOCIACIONES Y TODO ESO, COSAS PARA LA SOCIEDAD?

No. Pero aquí en el pueblo no veo yo eso. Lo que hacemos es que uno se ayuda a otro, ¿te refieres a eso?

POR EJEMPLO...

Pero eso sí hay aquí mucho entre los vecinos, de ayudar. El otro día arreglamos una rueda de un coche...

(Varón, 72 años, jubilado, Veilla de San Antonio, clase media, no participante social)

Por su carácter informal y por quedar insertadas en las lógicas de las relaciones vecinales y de confianza, este tipo de actividades son en realidad una opción que se encuentra muy cerca de las que rigen el ámbito doméstico. Sin embargo, hemos querido situarlas en este otro ámbito para subrayar su carácter no obligatorio, en el sentido de que al no existir realmente un vínculo fuerte entre los vecinos y ciudadanos, no se perciben como actos estructurados por la familiaridad de las relaciones.

Durante el trabajo de campo, como hemos indicado anteriormente, se hizo en algún momento alusión a este espacio, y en concreto a los bancos de tiempo, como una posible vía de participación de los mayores tras la jubilación. Es significativo, en todo caso, que en el contexto en que surge esta cuestión, ninguno de los participantes acierta a encontrar el nombre de banco de tiempo y usan el término de trueque para referirse a esta práctica. No parece que en la actualidad, pese al cierto desarrollo de estas iniciativas en barrios, esté alcanzando la notoriedad suficiente entre esta generación. Pero al menos ya empieza a dejar su impronta en algunos perfiles.

¿TIENES ALGUNA IDEA DE POR DÓNDE VAN LOS TIROS O NO?

H. Pues no, es que no tengo ni idea, pero me ha dicho alguien... pues mira es que hay asociaciones que luego tú les ayudas e incluso luego te pueden ayudar a ti, o sea, a ver si me entiendes, yo les puedo ayudar en este momento en esto y ahora resulta que se me funde la bombilla y soy

un... soy una pena... soy una pena pues vienen y me cambian la bombilla sin ningún coste...

M. Es verdad, yo también he oído eso, un trueque, eso es, un trueque.

M. Si yo creo que está muy de moda pero yo creo que es más en sitios pequeños.

H. En pueblos, en pueblos que han repoblado...

H. Pero es una ayuda.

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

Los movimientos sociales constituyen en cambio el ejemplo más puro de las características de este espacio. Con la denominación de movimientos sociales designamos los proyectos colectivos que mantienen un objetivo político, aunque sea en sentido amplio, con la intención de mejorar y transformar las condiciones de vida de un entorno a distintas escalas. Uno de los ejemplos que surgieron durante el trabajo de campo consiste en un proyecto vecinal y comunitario centrado en una vivienda compartida que además es un centro de producción material (huerto, panadería, obras de reforma, etc.) y cultural (conferencias, clases de idiomas, etc.).

Su carácter informal, como ya hemos adelantado, es lo que le distingue de un partido político. La clave de la participación en este tipo de proyectos colectivos se basa en las ideas de colaboración y compromiso, por lo que rechazan los postulados de asistencia social y altruismo caritativo que rigen otros ámbitos. De acuerdo al discurso que defiende este tipo de proyectos, en un movimiento social no se ayuda sino que se intentan resolver problemas colectivos mediante un tipo de participación también colectiva. No existe nada semejante a un mercado de oferta y demanda de ayuda y

apoyo mutuo, sino la consideración política de determinados problemas, así como la puesta en marcha de redes que intentan transformar la realidad para atacar las causas de dicho problema.

No... no queremos hacer nada para los demás, no queremos ser una ONG, no queremos ser el que soluciona los problemas del vecino. Queremos estar ahí para que si un vecino quiere resolver sus problemas que lo resuelva él. Y entonces te acompañamos, te ayudamos o no sé qué, pero no... o sea si tú no vas yo no voy, o sea tú verás...

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Pero además hemos comprobado que este tipo de prácticas suelen generar un nivel de implicación muy alto, de hecho el más alto de todos. En las iniciativas políticas informales se da el hecho de que a la vez que no existe un mercado de oferta y demanda de ayuda tampoco existen limitaciones de tipo institucional que permitan distinguir con claridad qué parte corresponde a la gestión del proyecto y qué parte a la iniciativa personal de cada participante. La distinción entre proyecto político y vida personal no está tan claramente establecida como en el campo asociativo, por lo que finalmente la implicación acaba siendo muy fuerte, tanto en términos de esfuerzo y de tiempo como de identificación. Hasta el punto de que en una entrevista se menciona la intención de aminorar la intensidad de participación.

La cosa era muy... simplemente pues bueno... a ver, cuando tú te metes en el lío, el problema es que tú mantienes una reunión y resulta que esa te lleva a otra, compromisos... es una bola que te va absorbiendo, absorbiendo, absorbiendo... hasta casi ocupar 24h del día, bueno, no 24h del día porque también hay que dormir.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Como es lógico, este tipo de proyectos políticos están fundamentados en corrientes ideológicas, desconocemos si existen proyectos de este tipo de ideología «de derechas», pero en la investigación solo han surgido ejemplos y menciones a iniciativas desde la izquierda. Pero lo interesante es que los perfiles que se han identificado plenamente con esta opción han construido un discurso sobre la izquierda y la Transición distinto al de la mayoría de esta generación. Se trata en ocasiones de perfiles que durante los años de dictadura militaron en movimientos políticos e incluso sufrieron la cárcel; sin embargo su discurso sobre la Transición es crítico y muestra un descreimiento sobre la misma que no se percibe en el resto de nuestros interlocutores, para los cuales la Transición fue una tendencia beneficiosa, aunque en la actualidad puedan pensar que resulta incompleta. Desde el enfoque de esta posición de los movimientos sociales la política institucional que se instauró durante la Transición no encajaba con postulados como los que se defienden desde estos proyectos. Y resulta curioso que justamente aquellos perfiles que han vivido el mito de la transición en su realidad más concreta, como militantes y luchadores por el cambio político, son los que se encuentran más distanciados de la misma como proyecto de renovación política.

¿CON QUÉ EXPECTATIVAS RECIBÍAS TÚ A LA DEMOCRACIA, CUANDO VENÍA?

Eh... bueno, primero fue aceptar un fracaso, o sea... No habíamos llegado adonde queríamos, ¿no? Adonde hubiéramos querido, o sea la, para nosotros la democracia era la democracia burguesa, y por tanto no tenía un gran interés, tenía un gran interés la revolución social, o sea que la evolución burguesa, la gente iba a seguir igualmente explotada, por tanto, no era un plato de gusto.

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Estos perfiles han vivido también la época de cooptación de las iniciativas sociales por parte de la política institucional y las entidades privadas, con lo que se sienten lejanos a las opciones asociativas que pueden emprender trabajos hasta cierto punto parecidos al de estas instituciones. Pero son, en cambio, los más capacitados para ver en las nuevas formas de movilización, que encajan a grandes rasgos con sus modelos organizativos, una oportunidad para regenerar la sociedad civil española. Se producen simpatías con el 15M y se desvelan procedimientos y estrategias organizativas que tienen como fuente de inspiración no ya al comunismo o el marxismo, sino a la tradición anarquista española y sus modelos de militancia horizontal y asamblearia.

Y el 15M más, es un poco como lo que era la militancia los años 60, 70 que compromete... y es una prueba en el que te vas involucrando cada vez más y entonces...

(Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

Y en este punto exacto se está produciendo en la actualidad un cierto movimiento que enlaza este tipo de movilizaciones con la categoría de edad. La aparición de los *iaio-flautas* como colectivo vinculado al 15M y representado por personas mayores que llevan a cabo actos reivindicativos creativos, como por ejemplo la ocupación de un autobús de línea en Barcelona, parece ser un signo de cómo la ideología de la vida activa está también impregnando a algunos perfiles que tienden a situarse cerca de los movimientos sociales, así como el aspecto político más asociativo se puede estar movilizando desde un enfoque de partido, como puede llegar a ser el caso de los *Panteras grises* creado en España en el año 1991 a imitación del partido estadounidense (EFE, 1991).

Por todas estas razones hemos etiquetado a la concepción de la participación que surge de las reflexiones realizadas por las personas afines a este ámbito *la transformación de las condiciones de vida*, es decir, como una concepción que asocia la participación en la sociedad con la posibilidad de cambiar la estructura de roles y de funciones que actualmente estarían presionando para que determinados colectivos sufran condiciones de vida indignas. Una concepción distinta a la que manejan los sujetos que se sitúan más claramente en el espacio que definimos a continuación.

3.3.4. Lo formal público: los servicios

Llegamos al último ámbito de participación, el de la prestación de servicios en asociaciones y entidades de voluntariado. Junto al espacio de lo público informal que acabamos de analizar, se trata del otro ámbito que podemos definir como sociedad civil en sentido estricto y más en concreto lo que se ha venido a llamar tercer sector. Se trata, por lo tanto, de la sociedad civil entendida como conjunto de instituciones cívicas que se encargan de canalizar las demandas, intereses y servicios de y para distintos grupos sociales.

Durante el trabajo de campo se mencionan todo tipo de participaciones en muy variados modelos de asociación o entidad, desde las fundaciones y ONG a asociaciones de barrio y de ayuda a colectivos, grupos en defensa de intereses, asociaciones de consumo, etc. Todo un variado panorama de ofertas disponibles para las personas mayores que han sido por lo general muy bien valoradas como opción de participación, tanto por los propios

participantes como por los perfiles que no participan por el momento en ninguna propuesta de este tipo.

Por tratarse de un área de la sociedad civil está organizada en principio a partir del valor simbólico en un sentido muy amplio, ya que las prestaciones que se ofrecen no tienen como objetivo generar una ganancia o una contraprestación monetaria. Pero el carácter formal y público de estas organizaciones fomenta una confluencia y mezcla de procesos de valorización social muy importante. Aun así, como veremos, el valor que parece imponerse más claramente es el de servicio y, por lo tanto, cercano al ámbito de lo estatal. En esta conjunción de valores en un mismo ámbito pensamos que está actuando la evolución histórica que el espacio del asociacionismo viene sufriendo desde los años ochenta, sometido a la tensión constante entre la cooptación administrativa de las iniciativas populares autónomas y la privatización y mercantilización de los servicios bajo el concepto de servicios sociales privatizados.

Como decimos, a diferencia del espacio de los movimientos sociales, este contexto se caracteriza por su formalidad, es decir, por mantener una estructura más o menos estricta y explícita de funciones, horarios, objetivos, gestión, etc. y una presencia pública definida como oferta elaborada para una demanda. Es este carácter formal lo que permite que sea este ámbito el citado con mayor naturalidad durante el trabajo de campo, cuando los debates entran en el tema concreto de la participación social, de los modos de socialización y de contribución de los jubilados/as y las amas de casa a la sociedad aparecen por lo general este tipo de ofertas como los

ejemplos típicos y más conocidos. La palabra asociación o voluntariado son a las que se recurre con mayor insistencia. La existencia de una organización, de una entidad en última instancia responsable, visible, que concentra la interlocución con la sociedad, permite que la oferta sea conocida y facilita a los potenciales participantes la labor cognitiva de comprensión sobre la naturaleza y misión de dicha organización, dónde buscarla y qué demandas posibles satisface.

Este carácter institucional, organizacional, es muy importante, ya que, como hemos adelantado en otro capítulo, para muchos de nuestros interlocutores la formalidad de las instituciones se presenta como un factor clave de cara a su atractivo. En primer lugar producen una sensación de estabilidad y de consolidación, otorgando a las iniciativas que se ponen en marcha una proyección de utilidad (elaboración de objetivos y consecución de los mismos), construyendo así un sentido general para el conjunto de participantes. En segundo lugar, permite a quien se acerca disfrutar de una estructura ya consolidada, que no debe ser recreada en cada momento y que está directamente abierta a la participación de nuevos socios, miembros o simplemente colaboradores. Este aspecto se ha destacado en alguna entrevista como de especial interés para los/as mayores, ya que facilitan el salto al exogrupo, la salida del aislamiento doméstico que a veces resulta tan difícil operar llegados a una edad más o menos avanzada.

Yo, mi familia es una familia numerosa, se han ido todos casando, se han ido de Sevilla, me quedé con mi madre, 11 años de Alzheimer, y cuando se fue digo y ahora qué hago yo... si es que era lo que yo tenía, lo que me movía... al año siguiente me jubilé y digo... que ¿qué hago?... a la calle, por la mañana y por la tarde a la calle, salí y me metí en una asociación de

vecinos de aquí de la huerta de Santa Teresa, me puse a organizar viajes, yo que sé la actitud de que... y yo no me siento vieja...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Pero además, y esto es importante, protege al participante de una implicación personal con las tareas y la institución. Esto se pone de relieve sobre todo en el caso de aquellas modalidades en las que se trabaja directamente con colectivos desfavorecidos (inmigrantes, personas con discapacidad, toxicómanos, etc.), ya que el contacto con las realidades humanas puede complejizar el trabajo y la relación social. En una entrevista se muestra perfectamente el beneficio que puede tener el ayudar a los otros a través de un agente mediador, frente a las incomodidades propias de las ayudas personales en un bloque de vecinos, por ejemplo.

Yo supongo que cuando uno acude a una organización que es por eso porque a lo mejor en el minuto que sales de ahí un poco que desconectar o sea... porque a mí sí eso sí me preocupa, o sea las vecinas esas muy así no, no me gustan y sin embargo me llevo bien con varias personas que intercambiamos algún saludo un ratito de conversación pero sin mayor intimidad.

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

A pesar de que en la extraordinaria diversidad de modelos de gestión de estas entidades existen casos de participación muy implicada, con atribuciones en la gestión e incluso acercándose a un tipo de gestión horizontal, como la de los movimientos sociales, el discurso ha puesto de manifiesto que los participantes que actúan en este ámbito suelen posicionarse y caracterizarse por valorar precisamente ese tipo de participación mediada. Y esto con independencia de que las relaciones personales en el seno de

la entidad sean uno de los factores importantes de atracción. Es por esta razón por la que la significación más pura del valor simbólico no puede ser atribuida a este tipo de actuaciones ya que, como hemos descrito en el apartado anterior, cuando lo que rige un intercambio es el valor simbólico se ponen las bases para evitar que dichos intercambios se consoliden en un espacio independiente de la propia actividad, impiden su institucionalización.

Siguiendo estos razonamientos podemos percibir que las entidades y asociaciones generan espacios de intercambio de actividades que en realidad tienen un cierto carácter pseudo-mercantil, en el sentido muy flexible de estar constituidos mediante normas explícitas o implícitas que regulan un sistema de ofertas y demandas. Espacio de pseudo-mercado que cobra especial visibilidad en los casos de fundaciones o entidades de gran tamaño que median en la oferta de servicios y/o productos con colectivos desfavorecidos, como puede ser la participación seleccionando o arreglando ropa o en la asistencia a enfermos de Alzheimer. Disponemos de un testimonio especialmente interesante para analizar este tránsito entre la participación en una asociación bajo la forma del voluntariado y la misma actividad participativa realizada como un empleo. Una de las entrevistadas había sido participante en una asociación de enfermos de *Alzheimer* y terminó por conseguir allí mismo un puesto fijo como ayudante del personal psicólogo y médico. Desde su punto de vista dicho tránsito no supuso ningún cambio en su manera de vivir la experiencia en dicha asociación.

¿ENTONES TÚ HACES LO MISMO QUE ANTES CUANDO TRABAJABAS ALLÍ MISMO?

Hago prácticamente lo mismo, sí, lo mismo.

¿PERO HA CAMBIADO ALGO DE ESTAR ALLÍ DE VOLUNTARIA A ESTAR TRABAJANDO?

Que si ha cambiado...

¿TÚ LO VIVES DE DISTINTA MANERA?

No, es lo mismo, lo mismo...

(Mujer, 50 años, desempleada, Palma del Río, clase media baja, participante social)

En este sentido confirmamos lo que ya se adelantó en otro epígrafe: el espacio de las asociaciones y el voluntariado puede estar asumiendo buena parte de las atribuciones y valores que pertenecen al campo del trabajo. Una de las formas de valor social que se pone en juego en este espacio tiende a configurarse en el modo del valor de cambio. Los sujetos individuales acuden a participar aportando sus habilidades funcionales, que generan productos o servicios para que sean disfrutados por el propio colectivo o por otros. Por supuesto, en este caso el «trabajador» que ofrece su «fuerza de trabajo» no recibe un salario, pero la forma de su organización está inscrita en procedimientos que se acercan a lo mercantil. Hemos confirmado así en nuestra propia investigación lo que argumentábamos a nivel más teórico en el apartado sobre las condiciones socio-históricas de la participación social: el efecto de privatización de las iniciativas sociales altruistas.

Por esa misma razón debemos recordar que otro de los procesos que afectan a este ámbito es el de la estatalización de las propuestas (dirección, coordinación, financiación, etc.). En los discursos se percibe que si bien el estímulo explícito que origina la participación en estas organizaciones

es de orden personal, como ya hemos apuntado con datos estadísticos, lo cierto es que el sentido de la participación tiene que ver muchas veces con la prestación de ofrecer un servicio público, a veces como prolongación del estado en su función de dotación de infraestructuras de servicios sociales y otras como cobertura de un área al que no llega o no apoya la administración.

¿CREES QUE LAS INSTITUCIONES DEBERÍAN FAVORECER ESTO DE ALGUNA FORMA? Y ¿CÓMO TENDRÍAN QUE HACERLO?

Eso sí que es muy fácil de contestar, es muy fácil. ¿Por qué no lo hace la...? ¿por qué no lo hace la administración? y si lo hacen los hacen lo mínimo, a mínima escala, y sin nada de información. Pues está muy fácil, la presión del capitalismo es fuerte, la presión del capital es fuertísima.

(Varón, 63 años, prejubilado, Aranjuez, clase media, participante social)

Este sentido es, creemos, el que más encaja con el discurso que se produjo durante los encuentros con participantes de este ámbito, se trata del valor de servicio que enmarca la vida del ciudadano. En el ámbito de lo estatal el valor de servicio lo contienen las actividades que se realizaban bajo el dominio de la administración. Sin embargo, lo interesante es que en este ámbito el participante se sitúa en el lado del proveedor de dichos servicios y no en el de consumidor, como ocurre cuando se disfruta de los servicios hospitalarios, educacionales, el espacio público, etc.

Pero aun se puede rastrear un proceso de valorización social que mantiene un cierto rol en este ámbito, el valor de uso, significado por la aplicación o extrapolación de la actividad del cuidado hacia un espacio público, no doméstico. Uno de los aspectos relevantes en cuanto a los perfiles que

ocupan este espacio es la segmentación por género que se da en ellos. Es conocido que las asociaciones y organizaciones que se dedican a las actividades que podemos denominar de asistencia social (ayuda altruista) están ocupadas fundamentalmente por mujeres. ¿Qué nos sugiere este hecho sobre el sentido de la participación en el ámbito de lo público formal? Nuestra hipótesis es que al menos en esta área de la asistencia social la mujer encuentra una manera de crear un valor público, de valorizar socialmente una práctica que de otro modo solo obtiene un valor de uso restringido al entorno doméstico. La práctica del cuidado que ellas llevan a cabo en el ámbito doméstico es posiblemente trasplantada a este otro de las asociaciones y el voluntariado porque supone un espacio de transición natural de este tipo de actividades desde su ámbito privado al público. Y así hemos encontrado declaraciones que asimilan el trabajo realizado en el hogar con el que se desarrolla en el voluntariado:

Para mis nietos hago yo arreglos, se lo hago para ellos, no es que se lo haga para otros, pero se lo hago a ellos algunos arreglos, y luego yo participo en la Fundación del Padre X, y que además lo tengo al lado de casa, y allí vamos a arreglar la ropa que, o sea la ropa que lleva todo el mundo, a clasificarla, no a arreglar, porque la que está mal, eso se tira... Pues bueno, es lo mismo, es lo que hago yo, no lo mismo, pero es parecido a lo que hago yo para mis chicos.

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Por lo tanto podemos observar cómo en la actualidad la mujer estaría aprovechando distintos contextos para poner en valor sus habilidades sociales y manuales, saliendo del espacio doméstico para ocupar cada vez más entornos y de manera más diversificada, tanto si se trata del ocio activo

para su desarrollo personal como si es en este otro de las asociaciones y el voluntariado.

Estas distintas formas de valorización social recogen parte de la extraordinaria diversidad de modos de participación que se pueden dar en el ámbito público y formal como resultado de la evolución histórica y social que se ha producido en la España de los últimos 30 años. Pero además podemos clasificar los distintos tipos de organización en función de la cualidad motivacional y ética que la impulsa. Si bien en cualquiera de los casos se trata de asociaciones que se forman para conseguir mejorar la situación de una cierta colectividad a la vez que la del propio participante y, por lo tanto, supone una combinación de dos cualidades éticas y motivacionales que son la responsabilidad y el interés, también se puede establecer que de acuerdo a lo que hemos encontrado en los discursos de estos segmentos existe una división de las iniciativas según estas dos cualidades.

- **Las organizaciones asistenciales:** regidas fundamentalmente por el valor de la responsabilidad, son las que se dedican a ofrecer servicios para determinados perfiles sociales con escasos recursos, del tipo que sean. Es en este sector donde predomina el perfil de participación femenino y los trabajos que tienen que ver fundamentalmente con el cuidado y el trabajo manual o basado en habilidades sociales (enseñar un idioma, lectura para ciegos, etc.).

En este espacio es donde ha destacado la presencia de la iglesia y lo religioso como figura organizadora de las actividades. Nos referimos tanto a Cáritas como a multitud de experiencias basadas tanto

en las parroquias de barrio como en otras instituciones y fundaciones amparadas en la Iglesia (hermandades en Sevilla, por ejemplo). Este ámbito específico de la acción asistencial parece estar muy connotado al menos en la generación que estudiamos aquí por el factor religioso. Sin embargo, apenas se han encontrado en el discurso detalles que demuestren que la motivación para participar en dicho contexto esté marcada por un sentimiento religioso relevante. Lo que muestran los discursos es más bien una secularización del hecho religioso vinculado a una sentimentalidad básica y flexible de la ética cristiana que puede convivir, incluso, con un distanciamiento hacia la infraestructura de la jerarquía eclesial. En diversos encuentros con nuestros interlocutores/as se ha hecho manifiesto el vínculo existente entre la ética cristiana y el concepto abstracto y humanista de la solidaridad.

¿TIENE QUE VER EL EJERCICIO QUE TÚ HACES EN EL VOLUNTARIADO ENTIENDES QUE TIENE UN SIGNIFICADO DE ALGUNA MANERA RELIGIOSO QUE TIENE ALGO QUE VER ESO CON ÉL, CON LO QUE SERÍA, LO QUE SE SUPONE QUE PARA TI ES LA RELIGIÓN EL CRISTIANISMO? ¿O NO ESTÁ TAN IMPLICADO?

No, a ver, el cristianismo tiene una gran parte o sea... mira cuando yo era jovencita una monja hablando porque hablábamos los temas... me dijo todas las religiones son buenas. Y yo me quedo con eso, o sea que el cristianismo tiene una parte que es humanidad, solidaridad, todo eso que debería ser natural en el ser humano y que lo es en la mayoría de las personas, la mayoría de las personas afortunadamente son buenas personas, quieren ayudar, no quieren fastidiar al prójimo, no quieren robarle, o sea la humanidad en general es buena, o sea hay casos afortunadamente que son pocos, a lo mejor desgraciadamente hay demasiada gente que hace daño pero, pero yo creo que no es, que es parte de del ser humano...

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

Además, el vínculo discursivo se extiende entre lo religioso y otros dominios con los que está relacionado. La misma entrevista señala más adelante lo que constituiría la principal satisfacción que una persona puede obtener de este tipo de ayudas voluntarias: que la persona a la que ayuda crezca. El vínculo, por lo tanto, se cierra sobre el motivo de la práctica del cuidado.

LO DIGO PORQUE AL PRINCIPIO ME DABA LA IMPRESIÓN COMO QUE LO QUE, LO QUE MÁS TE HABRÍA GUSTADO ERA QUE AL FINAL ESTE CHICO CONSIGUIERA EL TRABAJO.

Ah, no, eso ha sido añadido, eso ha sido una alegría tremenda porque en..., porque, a ver, si ves el resultado es como si plantas una plantita está muy mona pero si te echa cuatro flores más de las que tú pensabas te da una alegría... pues pasa lo mismo con esto.

(Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, clase media, participante social)

Sin querer excedernos en la interpretación, podemos decir que quizá exista aquí un vínculo entre el acto de ayudar a crecer y el de dar vida propio de la teología cristiana de raíz aristotélica, elaborando y aplicando el pensamiento causal según el orden de la potencia al acto que Tomás de Aquino implementó en el pensamiento cristiano. Un paradigma que encontramos en las nociones del cuidado al observarse el mismo como una forma de potenciar las cualidades existentes que esperan a ser desveladas. En otro apartado ya hemos expuesto la naturaleza de este proceso cuando se aplica al terreno del cuidado de nietos.

- **Las organizaciones cívico-culturales:** sostenidas fundamentalmente por la cualidad del interés y con un mayor índice de participación

masculina. Aunque, como es lógico, este tipo de asociaciones se encuentran distribuidas por todo tipo de entornos urbanos y son sostenidas por todo tipo de segmentos sociales, durante nuestra investigación se han detectado sobre todo en las poblaciones de mediano y pequeño tamaño y pertenecían sobre todo al movimiento asociativo de personas mayores. Este tipo de formatos asociativos parece cumplir funciones importantes que quizá en las ciudades estén cubiertas por otro tipo de recursos, o bien estatales o bien privados. En ocasiones este tipo de organizaciones se pueden presentar vinculadas a los Centros para Mayores de la localidad o de los barrios, verdaderos centros de activación de la población mayor.

Y DESPUÉS TIENE LO QUE ME HA DICHO LO DE IR AL SITIO A JUGAR AL DOMINÓ ¿NO? Y ESTO ¿DONDE ES? CUENTEN UN POCO...

Aquí, en un hogar que hizo el ayuntamiento para los mayores... y ahí vamos a echar... ya iré mañana que ya hoy habrán echado la partida. Pues eso, y ahora que entra el ajedrez, las damas... y tienen... a mí el ajedrez también me gusta. Me gusta jugar al dominó o al ajedrez, lo demás, los juegos, las cartas... echó una partida al mus al tute, pero, pero, no... Que no soy capaz de ser bueno. Porque no... yo no he tenido tiempo de aprender a jugar a las cartas.

¿Y QUÉ ES LO QUE LE GUSTA DE IR AHÍ AL SITIO ESE?

Pues ahora a las cuatro se abre y te echas una partida hasta las seis. Nos juntamos ahí todos los amiguetes, normalmente yo juego al dominó. Una partidita al dominó... hoy ya no se puede echar porque hoy ya han jugado. Y ese es el plan diario. Y no hay más.

¿O SEA QUE ESO ES UN SITIO PARA DISFRUTAR CON LOS AMIGOS?

Sí. Sí sí sí. Ahí vamos casi siempre los mismos. Mujeres y hombres, y hacemos excursiones, cuando tenemos una excursión lo hacemos.

(Varón, 72 años, jubilado, Velilla de San Antonio, clase media, no participante social)

Hay que tener en cuenta, no obstante, que para muchos de nuestros interlocutores, especialmente para la clase media y media alta urbana, este tipo de propuestas no son asumidas como escenarios ideales para los jubilados/as actuales, sino como recursos adaptados a las necesidades de una generación mayor que ellos, incluso cuando muchas veces reconocen no conocer las ofertas directamente.

Los formatos en los que se han presentado este tipo de organizaciones, tanto en poblaciones pequeñas como en las ciudades, han sido de tres tipos, de acuerdo con los objetivos que se persiguen en cada una:

- *La promoción social:* que reivindica mejoras en derechos para colectivos. Como por ejemplo, las asociaciones de gays y lesbianas mayores, pero también de alguna manera las clásicas asociaciones de vecinos.

COGAM o sea que es, el COGAM en sí mismo es lo que, lo que organizan todas las cosas de defensa de derechos, entonces nosotros somos un sector, un grupito dentro del COGAM, claro la proyección que tenemos nosotros es para lo que nuestro grupo necesita pero evidentemente si cualquier asociación tiene que tener un objetivo y el objetivo puede ser siempre hoy luchar por los derechos o el defender un colectivo determinado de una serie de problemas.

(Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social)

- *La actividad lúdico-cultural:* se trata de una opción muy importante, ya que traza de alguna manera una conexión entre el espacio

del desarrollo personal, del ocio activo no participativo y el de la sociedad civil como tal. Si bien muchas de estas asociaciones pueden quizá ofrecer un servicio parecido al de la oferta de ocio activo (cursos, talleres, etc.) su contextualización en un formato asociativo permite al menos darle un impulso colectivo, social y público, que el espacio del ocio a veces no tiene.

Es importante también desde un punto de vista cuantitativo, ya que algunos estudios plantean que el conjunto de las asociaciones culturales, deportivas y festivas representan el 72% de todas las asociaciones existentes en España (Ariño, 2004: 90). Este dato viene a indicar que el modelo del desarrollo personal obtiene una extensión muy importante en su vertiente asociativa, eliminando en parte la distinción entre oferta privada de propuestas de desarrollo personal y organizaciones públicas. Pero nunca hay que olvidar que el entramado asociativo contiene, al menos en potencia, elementos fundamentales para construir actitudes cívicas y de contribución a lo social prácticamente inexistentes en la oferta privada. Lo importante, en todo caso, es señalar que existe un puente, una conexión temática entre muchas de las prácticas que realizan las personas mayores que no se consideran participantes con aquellas que realizan los asociacionistas.

- *La actividad con trasfondo político:* hemos querido situar este tercer nivel separado del resto en cuanto que parece que pueda

representar una posición intermedia, mediadora incluso, entre el ámbito de lo público informal (de los movimientos sociales) y el del asociacionismo. En nuestra investigación solo hemos encontrado un ejemplo de este tipo, y se trata de una asociación que adopta la forma de grupo de consumo basado en un proyecto de agricultura. Lo interesante de este modelo es que partiendo de un formato asociativo y formal (aunque menos formalizado que el resto de opciones de este mismo espacio) y basado en el interés, es decir, en la explotación de un recurso como es un huerto por parte de un colectivo, la reivindicación presente en el discurso del participante es muy parecido al de los miembros de movimientos sociales. En este caso, el proyecto de una explotación agroecológica se plantea como una posible solución a los problemas actuales de la crisis desde una noción de la autonomía alimentaria crítica con la industria de los cultivos.

O SEA DE ALGUNA FORMA VES ASÍ COMO QUE EL FUTURO,
DIGAMOS, PINTA...

Sí, sí, sí, sí.

QUE ES IMPORTANTE POTENCIAR LA AUTONOMÍA DE LAS
PERSONAS...

Sí, sí, sí, sí.

CON RELACIÓN A SU SUSTENTO.

Exactamente. Pero es que no queda más remedio, si es que esto no tiene sentido, el mundo no tiene sentido, el único que lo tiene es el capital. Y el capital es... el capital es inhumano, los capitalistas son muy malas personas y entendiendo como mala persona aquella que sabe que va a hacer daño y lo hace.

(Varón, 60 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social)

3.4. La participación social en la encrucijada actual

¿Qué características del contexto social e histórico actual definen los parámetros para abordar la cuestión de la participación social en el futuro cercano? ¿En qué momento nos encontramos en el presente con respecto al campo motivacional de la participación? Y unido a ello, ¿cuál es la labor de las distintas instituciones? Estas son las principales preguntas que orientan la investigación en esta fase final de nuestro informe.

3.4.1. La transición cívica

El primer dato que hay que tener en cuenta debe ser extraído del capítulo que acabamos de abandonar: el momento actual para una mayoría de las personas que están llegando o se acaban de incorporar al estatus de jubilado/a está determinado por una definición de la participación social elaborada en términos de desarrollo personal y de ocio activo. Es decir, nos encontramos, como ya hemos adelantado, en una fase de la cultura sobre la vejez y sobre el envejecimiento en la que las personas que llegan a estas edades se encuentran con condiciones físicas y mentales, y sobre todo sociales, muy propicias para acceder al espacio social en calidad de sujetos activos. La salida del hogar, o más bien, del ámbito y de la institución de lo doméstico, es hoy el primer dato básico que hay que tener en cuenta. La capacidad y el deseo de estas generaciones para resolver sus demandas de satisfacción personal y de construcción de su identidad tienen como escenario los espacios de socialización que les conectan con exogrupos. Vínculos que potencian aun más sus facultades de aprendizaje

y refuerzan el posible impacto de sus acciones en la realidad que les rodea. Se trata, por lo tanto, de un momento marcado por un gran potencial de apertura y de conexión de un número muy importante de personas mayores con la vida social de sus entornos y comunidades.

Este estadio aperturista y estimulante converge con un contexto socioeconómico en el que se desenvuelven actualmente los proyectos y las acciones de estos mayores. Este contexto es, claro está, la crisis. Hay que pensar que estas generaciones han protagonizado los cambios más relevantes de progreso económico vistos jamás en nuestro país. Su generación ha visto mejorar progresivamente sus condiciones de vida desde una situación realmente precaria en la que vivieron sus padres tras la Guerra civil hasta los años de la burbuja inmobiliaria. Esa tendencia generó una estructura de expectativas según la cual la historia española podía seguir una línea ascendente, con algunos momentos de crisis cíclica capitalista, pero estable hacia el progreso continuado. Esa estructura de expectativas es la que actualmente se encuentra en proceso de desmontaje, como ya hemos analizado en otros capítulos. La crisis económica permite hablar de un *impasse* o una quiebra en los modelos de interpretación de la realidad, no solo para estas generaciones, pero también para ellas.

Si colocamos esta definición del momento actual en su contexto histórico se puede decir que coincidimos así con Rodríguez Cabrero cuando en su primer estudio sobre la participación social de los mayores concluye como hipótesis general que en aquellos años (1996) se estaba produciendo una transición sociocultural de las personas mayores que sigue a

las ya realizadas en lo económico (bienestar, prestaciones, etc.) y en lo sociodemográfico (vida autónoma, salud, etc.). El momento presente se caracterizaría por la consolidación de dicha transición sociocultural y la profundización en la participación como integración social vía ocio activo y desarrollo personal.

Pero la actual situación de crisis se puede plantear como un momento clave de posibles transformaciones hacia una cuarta transición sociopolítica, donde la implicación social amplíe el concepto de la participación desde la simple integración social hacia la contribución colectiva. La retirada del Estado del bienestar operada en los últimos años podría llegar a provocar una nueva expectativa de formulación de demandas sociales y de producción creativa de recursos comunitarios e institucionales a través del asociacionismo o de otros dispositivos menos formalizados.

Pero lo importante es que en el discurso de nuestros interlocutores no se refleja todavía un verdadero impulso en esa dirección, aunque sí se aprecian valores latentes que convergen con dicha tendencia, como es la preocupación por la crisis del Estado del bienestar y de los efectos que puede tener en la vida de sus hijos y nietos, las críticas y la politización de la asignación de su papel de cuidadores de nietos o la percepción positiva de las iniciativas de voluntariado y asociacionismo en términos generales. De hecho, frente a la actual crisis del Estado del bienestar los discursos presentan más bien una visión nostálgica en la que los deseos de la gran mayoría de los interlocutores demandan un refuerzo de los esquemas del estado social tal y como lo conocían, pero no la

construcción de nuevas fórmulas combinadas con dicha demanda estatalista, como pueda ser la reactivación de la sociedad civil como figura acompañante de la actuación del Estado.

Además la perspectiva de transformación política de la realidad, o lo que podemos llamar la transición cívica de los mayores, se introdujo en los discursos de la investigación sobre todo cuando se habló de los acontecimientos del 15M. Como ya hemos mencionado, existen incluso iniciativas con cierto alcance mediático en las que los mayores se convierten en agentes importantes de las movilizaciones (los *iaio-flautas*). Sin embargo, estas acciones aparecen en el discurso muy minoritariamente, muchos de nuestros interlocutores no las conocen y otros no les conceden gran importancia.

Sin poder llegar a formular ninguna conclusión, sí nos gustaría desplegar alguna hipótesis en forma de pregunta sobre el futuro: ¿Supondrá la nueva evolución de las movilizaciones sociales un distanciamiento entre las generaciones? ¿Encontrarán en cambio en ellas un campo de actuación nuevo donde poner en valor recursos que ya no son funcionales en muchos de sus espacios de socialización habituales? La siguiente cita deja abierta la pregunta, por su postura contradictoria entre la pura delegación generacional y el apoyo hacia las iniciativas futuras:

No tenemos nada que hacer ¿eh? Pero claro, no depende de nosotros, depende de la gente joven. O sea, de la gente que tiene dieciocho para arriba, porque... la, la vida es de ellos, no mía, mía ya... [...] ¿Vale? entonces yo lo único que puedo hacer es apoyar, con lo que sepa: o con lo que, la experiencia que pueda haber tenido antiguamente, ¿no? Antes o

después te puedo ayudar, pero la, la, las ideas, las ideas han de ser tuyas, porque las ideas siempre han de ser nuevas ¿vale? se puede partir de las viejas, pero mejorándolas, mmmm... o poniéndolas a, a, al modo actual ¿no? ¿eh? Hay que mejorarlas.

(Varón, 58 años, desempleado, Barcelona, clase media baja, no participante social)

3.4.2. Los discursos de la Transición y del envejecimiento activo

Existe, por lo tanto, una coyuntura más o menos favorable al aumento de la implicación activa de los mayores, y de la sociedad en general, en la vida social y política desde un enfoque de la contribución y no de la mera integración. Perspectiva que no se está encarnando por parte de los segmentos con los que se trabajó en esta investigación. Pensamos que en buena medida esta cierta apatía frente a las condiciones presentes deriva de la extensión entre la población de estas edades de dos discursos que han arraigado con fuerza en la dimensión motivacional de esta generación.

Por una parte el discurso de la cultura de la Transición. Al margen de si se construye de forma mítica o de manera más realista, la Transición a la democracia, en tanto que discurso basado en determinados valores y constructor de determinados posicionamientos ante la realidad, es asumido por una mayoría de nuestros interlocutores. Exceptuando a una minoría más activa políticamente, que suele coincidir con los perfiles que participan en movimientos sociales, la mayor parte de las personas mayores se sienten identificadas, aun cuando dicha identificación se produce con cierto desencanto o resignación, con los valores promovidos por la política institucional

de los años ochenta. Es decir, existe un marco de expectativas políticas en el que el estado debe ser la instancia gestora y ejecutiva de los procesos de distribución y de garantía de las condiciones de vida de la población. A su vez, los modos de participación ciudadana se ven prácticamente reducidos a la mediación de los partidos políticos. Como ya hemos señalado, todo el diseño institucional confeccionado durante los últimos treinta años ha ido permeando en una actitud ante la realidad pasiva respecto a la contribución social. Muchos de los perfiles entrevistados muestran además un cierto componente emocional en la identificación con este discurso, al que hacen responsable de la explosiva evolución de progreso en nuestro país.

Pero junto a este discurso, se ha ido formando en los últimos quince años un complejo de perspectivas, programas, ofertas y en general valores y prácticas que convergen con el discurso de la Transición para consolidar lo que en el apartado anterior hemos denominado la transición sociocultural de las personas mayores, en detrimento, seguramente, de la transición cívica que podría haber tenido un mayor impulso en la actualidad. Ese conjunto de programas, ofertas, planes políticos, mensajes publicitarios y toda otra serie de materiales lo denominamos *discurso del envejecimiento activo*. Se trata, como discurso, de un paquete de valores articulados para enmarcar el sentido de los comportamientos y las imágenes de y sobre los mayores. Un discurso orientado a promover una nueva imagen de la vejez, más activa, menos diferenciada de otras generaciones y más integrada socialmente.

En su origen, el discurso del envejecimiento activo toma impulso a partir de la declaración de la Organización Mundial de la Salud del año 2002,

definiéndolo como «el proceso de optimizar las oportunidades de salud, participación y seguridad en orden a mejorar la calidad de vida de las personas que envejecen» (OMS, 2002). Como se puede percibir, el concepto de participación aparece ya explícitamente en la propia definición, y es definido y explicado del siguiente modo por la OMS:

Las personas mayores seguirán haciendo una contribución productiva a la sociedad en actividades tanto remuneradas como sin remunerar cuando las políticas y los programas sociales, laborales, de empleo, de la educación y sanitarios fomenten su total participación en las actividades socioeconómicas, culturales y espirituales, de acuerdo con sus derechos humanos básicos, capacidades, necesidades y preferencias.

Si se desagrega todavía más concretamente el significado práctico de la participación social así entendida se comprueba que la OMS enfoca el concepto hacia toda una diversidad de ámbitos, como la educación, el trabajo, vivienda, los transportes, etc. En rigor, la participación ciudadana tal y como se está entendiendo desde esta investigación es apelada en un solo punto cuando se habla de las asociaciones de representación de los intereses de las personas mayores:

Apoyar a las organizaciones que representan a las personas mayores. Proporcionar ayuda financiera y material, así como formación, a los miembros de estas organizaciones para que puedan defender, promover y mejorar la salud, la seguridad y la plena participación de las mujeres y los hombres mayores en todos los aspectos de la vida de la comunidad.

Es decir, el primer impulso hacia los procesos de envejecimiento activo se realiza desde un plano institucional enmarcado en las políticas de salud (OMS), donde se concede mucha importancia a la vida funcional y a la

autonomía de las personas mayores. Valores que, sin duda, son prioritarios en la configuración del discurso sobre el envejecimiento en la actualidad.

Sin embargo, pensamos que esta primera definición y marcaje de la cuestión de la participación ha podido devaluar, hasta cierto punto, el propio concepto de participación social, reduciéndolo como ya hemos sugerido, hacia su vertiente de integración social y distanciándola de los aspectos más cercanos a la contribución colectiva y a la implicación local. Además, el impulso institucional ha estado dirigido fundamentalmente al fomento de las formas de participación más formales, bajo el paraguas del asociacionismo. En España este plan político diseñado por la Segunda Asamblea Mundial de las Naciones Unidas sobre el Envejecimiento (en Madrid) se tradujo en el Plan de Acción para las Personas Mayores 2003-2007, que actualiza el Plan Gerontológico de 1992. Y en el nuevo Plan las políticas de participación se centran en las ayudas y en la modernización de las asociaciones de mayores a través del Consejo estatal de personas mayores.

Así pues, desde el ámbito institucional la participación social se ha considerado desde un enfoque en el que el asociacionismo o el voluntariado es solo un punto dentro de toda una serie de objetivos que priorizan aspectos de autonomía personal y bienestar individual frente a la contribución colectiva como tal. Además cuando ésta es efectivamente abordada se hace desde una perspectiva formalista vinculada a asociaciones, sin aspirar a impulsar o al menos mencionar otras formas de participación informales como las que se han presentado en este informe.

Lo más significativo es que esta dimensión institucionalizada y administrativa del discurso del envejecimiento activo ha sido apoyada e incluso superada por el discurso privado, es decir, por el discurso del mercado bajo la forma de las ofertas de consumo, donde los mensajes publicitarios están actuando como verdaderos constructores de sentido común sobre lo que significa ser activo después de la jubilación. El mercado, como es lógico, anula toda referencia a la participación entendida como contribución y acentúa los aspectos referidos al bienestar individual y a la legitimación del deseo de consumo en los mayores. El mercado, como es habitual, ha generado un nicho particular para las personas de estas edades:

Como consumidores, este *target* se moverá hacia un consumo más activo e involucrado priorizando la confianza, el prestigio y transparencia de las marcas que les hagan una propuesta de valor práctica, fácil y tangible. Los productos y servicios deberán de ser rediseñados, en todos los sentidos, para este nuevo grupo en el que la funcionalidad básica sea la suficiente sin tener que pagar más dinero por aquello que realmente no se vaya a usar; y es que el precio será esencial, dado el previsible recorte en su poder adquisitivo. La proximidad de los puntos de venta no solo por movilidad sino por ahorro de tiempo y la accesibilidad a contenidos, dado su ya alto equipamiento, serán la clave para un *target* al que las nuevas tecnologías no le serán ajenas.

(Rovira, 2013)

Por lo tanto, el discurso del mercado entra en consonancia con los valores de fondo del discurso institucional para consolidar un andamiaje de modelos referenciales y de programas de acción en el que la persona mayor encuentra acomodo muy fácilmente en tanto sujeto del ocio activo. Comprobamos, por lo tanto, como la particular situación de estas generaciones, adaptadas a las nuevas dinámicas del consumo tras la crisis

de hegemonía del valor del trabajo soportada por la generación de sus padres, se engarza con los discursos institucionales y privados y ha terminado por canalizar las energías de participación de los nuevos jubilados, con más salud y vitalidad que los de hace décadas, hacia el concepto del desarrollo personal.

Quizá la tendencia latente hacia una reconfiguración de las condiciones de participación social y de la contribución colectiva abierta por la crisis pueda ser afrontada por las distintas instituciones, tanto públicas como del tercer sector, si se intenta trabajar sobre el ensamblaje que se ha generado entre los discursos públicos y privados respecto al concepto de actividad y de participación. Para ello parece necesario deconstruir estos discursos y reconstruirlos bajo un nuevo enfoque.

3.4.3. Un capital a reevaluar: el hedonismo responsable

Cuando a esta generación se le pregunta sobre su capital, es decir, sobre qué es lo que tiene para ofrecer a la sociedad, la mayor parte de las veces se alude a la experiencia. Pero la experiencia es un factor que en una sociedad industrial y de consumo ya no mantiene apenas prestigio, porque no resulta útil para producir efectos que puedan tener un valor de mercado, donde el principal valor de cambio se basa en la innovación. Muchos interlocutores lo han mencionado directamente, la experiencia es muy enriquecedora, pero no encuentra a receptores a los que les interese, y menos a los jóvenes con los que ellos se relacionan. Lo hemos visto con respecto a los posicionamientos cívicos frente al 15M o a colectivos como los *iaio-flautas*.

Del discurso obtenido en el trabajo de campo se puede extraer una conclusión: la experiencia válida o valiosa es aquella que se puede aplicar en un contexto pragmático, como es el del trabajo. ¿Es entonces la experiencia un valor totalmente anulado o puede ser revaluado, como sugiere hasta cierto punto la cita que hemos expuesto anteriormente? Como solemos hacer a lo largo de este informe, aplicaremos un análisis más preciso al concepto de experiencia para comprobar, una vez más, que se trata de un término con varios sentidos y no todos ellos negativos respecto a su valor social global.

Evidentemente, su sentido más negativo existe y no solo es sostenido por los jóvenes, sino que los propios mayores tienden a negativizar una cierta afirmación de la experiencia que la concibe como pura memoria, como mera indicación del pasado. La descripción más manifiesta y simple de este sentido de la experiencia ha sido construida mediante apelaciones a ocurrencias, a situaciones vividas que de alguna manera dejan una marca en el sujeto, identificándolo, otorgándole un carácter. Es el ejercicio de socialización material de la personalidad, la cual no se forma en la separación de un sujeto y un hecho o un objeto, sino que el encuentro entre ambos termina por producir un impacto en la condición de sujeto. Es lo que mencionan los mayores al aludir a situaciones difíciles y traumáticas, o en caso contrario especialmente felices e intensas, para ejemplificar este proceso de adopción de la experiencia. En un principio este camino de evolución de la persona es positivizado, frente a la vida más neutra y sin grandes acontecimientos que atribuyen a los jóvenes. Sin embargo, esta dimensión memorial y de registro no es bien acogida cuando se la intenta poner en valor narrando dichas

situaciones y acontecimientos. Hacerlo coloca a la persona en una condición devaluada, como es la figura del «abuelo cebolleta», si utilizamos sus propias palabras. Narrar las experiencias personales como si en sí mismas supusiesen un valor no es visto positivamente por muchos de los interlocutores, y de hecho se convierte en uno de los signos más evidentes de que la persona está entrando en el proceso de envejecimiento.

H. Yo hice la mili con la marcha verde

M. En el Sahara...

H. Cuando la marcha verde me tocó allí un año tirado en el desierto ¿que?

H. Ya entramos en batallitas eso ya sí que... (RISAS)

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

Un segundo sentido que adquiere el concepto de experiencia es el que apela a la diferencia como recurso en sí mismo. Es un sentido menos extendido o defendido pero que merece la pena presentar. La experiencia, como capital de las personas mayores, se puede presentar como una aportación de la sociodiversidad correlativa a las sociedades modernas. Del mismo modo que se defienden valores de igualitarismo con respecto a otras culturas, como expresión de la diversidad de la especie humana y como factor de enriquecimiento y no de conflicto de una colectividad. La experiencia adquirida en sí misma es suficiente para ubicar al mayor como una figura interesante en el contexto de muchas actividades sociales.

He cuidado sí

¿PERO A MAYORES?

Bueno, he cuidado a un familiar, a un tío, no es que lo haya cuidado, déjame que te diga, no cuidado así de cuidar de trabajo, sino que esta persona

era importante para nuestra familia y yo he estado ayudándola... Y es que ser mayor es algo muy grande, muy grande, yo lo creo así...

¿PERO POR QUÉ?

Por ser mayor, porque se tienen muchos años y mucha experiencia de la vida, simplemente, no es poco ya...

(Mujer, 50 años, desempleada, Palma del Río, clase media baja, participante social)

El tercer sentido vinculado a la idea de experiencia es el funcional. Es un sentido que se usa con bastante ambigüedad en las reuniones mantenidas con las personas mayores. La trayectoria de vida profesional y doméstica de estas personas es a veces rescatada como un valor importante, como un capital del que se dispone para invertir. Es ambiguo ya que, por una parte, la mayoría de estas personas son conscientes de que al haber terminado su ciclo de vida profesional o al haber estado localizadas en un ámbito tan poco valorado socialmente como el doméstico, su experiencia ha podido quedar desfasada con respecto a las necesidades de la población general. Pero a la vez se insiste en la posibilidad de reorganizar dichos saberes, de introducirlos en dispositivos formativos distintos a los del trabajo y a los de la formación reglada, donde podrían adquirir un perfil más útil y práctico. En el trabajo de campo cualitativo uno de los ejemplos que se presentan es el de un agricultor prejubilado que tiene en mente participar en un proyecto comunitario de su pueblo, donde el ayuntamiento ha puesto a disposición de los ciudadanos unos terrenos donde poder cultivar.

Lo he pensado a veces porque en unos terrenos que había allí por donde el polideportivo, ¿tú conoces esto?

NO, NO SOY DE AQUÍ, ES LA PRIMERA VEZ QUE VENGO (RISAS)

Bueno, pues unos terrenos que ahora se puede cultivar, o sea que todo el mundo puede cultivar, pues no me importaría ir allí...

¿PERO TE REFIERES IR A CULTIVAR O IR A ENSEÑAR A LA GENTE?

Ir a enseñar, claro, a enseñar, yo ya tengo mi huerto...

(Varón, prejubilado, 59 años, Palma del Río, clase media baja,
no participante social)

Un cuarto sentido, quizá el más interesante, y al que ya se ha aludido en el primer capítulo es el de la experiencia como habilidad psico-social. La experiencia ganada durante toda una vida concede a la persona un punto de vista especial sobre la realidad. Precisamente porque se basa en la acumulación de experiencias muchas veces negativas, o al menos fuertes e intensas, construye una mirada sobre el mundo y sus acontecimientos, más distante, más equilibrada y fría. Esta actitud es definida siempre como un factor diferencial importante respecto a los segmentos jóvenes, donde ellos contemplan una menor capacidad de afrontar las situaciones problemáticas con serenidad. Y la serenidad, como factor psico-social se asocia a veces a la idea de sentido común, lo que puede llevarnos a los teóricos a una vinculación con el concepto de resiliencia⁶, en tanto facultad de enfrentarse a la adversidad y la resolución de problemas en situaciones dramáticas.

¿QUÉ ES LO QUE TIENES PARA OFRECER, DIGAMOS CUANDO,
CUANDO PIENSAS EN SENTIRTE NECESARIA?

6. En psicología, el término resiliencia se refiere a la capacidad de los sujetos para sobreponerse a períodos de dolor emocional y traumas. Cuando un sujeto o grupo (animal o humano) es capaz de hacerlo, se dice que tiene una resiliencia adecuada, y puede sobreponerse a contratiempos o incluso resultar fortalecido por los mismos.

No sé, una experiencia... el conocimiento de algunas cosas, alguna reflexión... algún... alguna dosis de sentido común que yo creo que se pierde, el comprobar que, que es bueno salirse de los estereotipos, que la gente está demasiado fijada en estereotipos. [...] Yo creo que se gana en capacidad de entender cosas que pasan. Se gana en... se gana en la capacidad de poder poner en perspectiva cosas que suceden, me doy cuenta que a María le digo María esto es solo un momento, no va a durar toda la vida, esto dentro de unos años te vas a acordar de esto y vas a decir que ya pasó... se gana en... Yo creo que se gana en serenidad... y... sí... en capacidad de comprender las cosas.

(Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social)

Este sentido de la palabra experiencia parece ser el que más gusta a nuestros interlocutores, y evidentemente es el que ofrece una imagen del mayor cargada de atributos positivos y funcionales. Sin embargo, aun siendo este sentido muy positivo desde el punto de vista subjetivo, no parece encontrar aun un nicho en el que pueda ser aplicado y puesto en valor, revaluado. La serenidad como actitud sabia ante la vida, esa virtud antigua que permitía ordenar la existencia no parece encontrar acomodo en los mercados sociales. Lo que parece realmente contradictorio es que una cualidad de ese tipo no sea puesta en valor en la actualidad, justamente cuando una mayoría social se encuentra sometida a presiones emocionales muy fuertes a causa de la crisis.

Desde dentro de esta definición, y profundizando en su significado, diversos encuentros con personas mayores ofrecieron la posibilidad de construir una figura o una cualidad ética que algunos/as mayores defienden con mucha fuerza y que es producto de las condiciones sociohistóricas que les ha tocado vivir y que, por lo tanto, podemos tratar como un

producto típicamente generacional. Se trata del *hedonismo responsable*. Es un concepto que de cara a una puesta en valor del factor de la experiencia conjuga toda una serie de significados y aportaciones que encajan muy bien con los valores que se rescatan hoy en día socialmente, contrarios a los puestos en práctica por la sociedad española tanto en la dictadura (moralismo sacrificante, discreción, control comunitario, etc.) como en el periodo de crecimiento económico (consumo irresponsable, cortoplacismo, etc.).

M. Nos dejaban los padres mucha responsabilidad, entonces hemos crecido con esa responsabilidad. Hoy a los hijos no se le dan responsabilidades... bueno, no se les da, no se les da porque yo ya he compartido responsabilidades en mi casa y así han seguido nuestras generaciones todas...

HAN DICHO... SOMOS UNA GENERACIÓN DISTINTA A LOS JÓVENES PORQUE TENEMOS NOS HAN EDUCADO EN ESA RESPONSABILIDAD SE HA DICHO ¿NO? Y CON RESPECTO A LA GENERACIÓN DE MAYORES POR EJEMPLO CON RESPECTO A VUESTROS PADRES ¿HAY DIFERENCIAS TAMBIÉN? ¿EN QUÉ?

M. Claro, en todo...

M. Y además le decíamos ¿por qué no?, yo por ejemplo le decía mi padre papá me vas a comprar unos zapatos que visten muy bonitos... no... pero ¿por qué no?... porque no... a mí no me digas porque no, dime porque no hay dinero, porque no quiero, porque no me da la gana, pero porque no me lo digas, tú dime a mí una respuesta que a mí me convenza.

M. Que las hijas no tenían que ir al colegio muchos de ellos que el hombre era que se tenía que preparar para... las mujeres la casa...

M. Sí, sí, sí...

M. Eran todavía más cerrados.

M. Por eso nosotras hemos sido más flexible con nuestros hijos entonces ahora esos hijos están siendo ya demasiado...

(GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla)

Coincidimos con el sociólogo Enrique Gil Calvo cuando apunta a que una de las contribuciones que se pueden realizar desde el segmento de mayores es precisamente la de la formación de una nueva cultura de consumo, más equilibrada, sabia y responsable. Más sostenible, al fin y al cabo (Gil, 2004). Por lo tanto, el principal valor que esta generación posee en términos de experiencia y cualidad ética frente a las nuevas generaciones y también frente a las de sus propios mayores sería el de *saber disfrutar*.

Y sin embargo, que determinadas cualidades psicosociales y éticas de nuestro segmento de población entronquen con tendencias del momento no es un acontecimiento suficiente para reevaluarlas, y eso es precisamente lo que está ocurriendo, que hasta ahora los mayores no sienten que éstas puedan ser puestas en valor en el mercado social. Una de las propuestas más interesantes que se pueden desprender de la presente investigación tiene que ver, justamente, con el diseño de campañas, dispositivos, situaciones, comunicaciones, etc. que lleven a cabo esta reevaluación, terminando de articular el valor con la tendencia social. Es posible que a partir de este elemento ético se pueda establecer al menos más eficientemente el acceso de las personas mayores al campo de la participación social.

3.4.4. Del desarrollo personal a la contribución colectiva

Por último, intentaremos en este apartado hacer frente a la cuestión de si la situación ambivalente en la que se encuentra nuestra sociedad puede ser aprovechada por las instituciones y por el tercer sector para impulsar las tendencias ya existentes hacia la actividad y la participación social, sin que

esta se reduzca exclusivamente a la participación en grupos de actividad (desarrollo personal). El análisis de las distintas opciones de participación desplegado en el capítulo anterior, así como los resultados de la encuesta de la Fundación Pilares (Rodríguez Cabrero et al, 2013), nos permiten señalar algunos formatos, algunas opciones, que podían funcionar como espacios transicionales entre los cuatro cuadrantes. Se pueden situar en el cuadro descrito anteriormente de la siguiente manera:



Gráfico 1: Espacios transicionales entre ámbitos de participación social.

Encontramos así cuatro tipos de propuestas que pueden llegar a ejercer una función mediadora entre distintos espacios. El núcleo estratégico de todo el mapa se encuentra en el paso del espacio de las ofertas de ocio activo en desarrollo personal al del voluntariado y asociacionismo. Dicho tránsito parece que podría ser facilitado por algunos tipos de asociaciones a las que se han referido nuestros interlocutores, organizaciones que se encargan de organizar actividades de tipo lúdico o cultural pero con un carácter asociativo. Así, cuando en una de las reuniones de grupo se solicita a los participantes que mencionen el modelo ideal de organización para que ellos se implicaran, surge enseguida una visión lúdica y cultural como mecanismo de transición suave hacia la participación:

¿CÓMO DEBERÍA SER ESE SITIO? ESA LLAMÉMOSLO ESA COSA VAMOS A CONSTRUIRLA PARA QUE A VOSOTROS OS INTERESE PARTICIPAR AHÍ...

Podría ser como una federación...

Desde mi punto de vista un centro en el que pudieras tú ayudar a gente pero que fuera como un centro de ocio un lugar en el que reunirse en el que poder hacer cosas creativas y, y luego pues que tú pudieras a la vez ayudar a otras personas pero que fuera un centro de reunión...

(GD1: Mixto, prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid)

Existen, por ejemplo, iniciativas deportivas en las que participan jubilados donde se intenta potenciar el valor del deporte entre la juventud. Esta modalidad podría quizá resultar atractiva a muchos perfiles que en el trabajo de campo han mencionado el deporte y el ejercicio como una de sus actividades más importantes. Pero se podría extender a muchas otras posibilidades: varios varones han mencionado que los cursos de

cocina les han resultado especialmente satisfactorios, ¿podrían incorporar sus conocimientos a proyectos de cultura culinaria, o a talleres de igualdad de género? La universidad para mayores es un caso especialmente interesante de potencial de transferencia de conocimiento, ya que los alumnos/as que acuden a los cursos podrían colaborar con asociaciones de barrio para impartir clases o charlas a personas con menos recursos educativos o incluso a jóvenes con problemas de aprendizaje, construyendo o contribuyendo con experiencias de «universidades populares» ya existentes o que se puedan poner en marcha. Es decir, se pueden promover las más variadas combinaciones entre aficiones que ya se realizan en ofertas de desarrollo personal y proyectos sociales propios del ámbito asociativo.

Por su parte, los intercambios comunitarios podrían acoger a perfiles cuyas vidas transcurren fundamentalmente en el ámbito doméstico, a través por ejemplo de los bancos de tiempo. Sería una manera de atender al escenario de los entornos convivenciales mediante propuestas informales pero que entran ya en la esfera pública y civil de los vecindarios. Por su parte, se empiezan a dar algunas iniciativas basadas en intereses grupales, pero con un cierto trasfondo latente político o reivindicativo y que, siendo formales, podrían también atraer a perfiles que se sienten cómodos en los movimientos sociales, y quizá pueda hacer más atractiva este tipo de propuesta a un público más amplio. Nos referimos, por ejemplo, al movimiento incipiente de huertos urbanos que durante la investigación fue señalado por una minoría de nuestros interlocutores.

Por último, la oferta pública (IMSERSO, Centros de mayores, CCAA, etc.), según el discurso que hemos encontrado en la investigación, se encuentra en un momento clave para rediseñar su imagen pública, pero también para repensar su función en el nuevo contexto de una generación con mayores capacidades de disfrutar del ocio activo. Puede seguir soportando las ofertas más económicas, lo que sigue siendo un factor absolutamente necesario en la situación actual, pero puede también comenzar a tener en cuenta segmentaciones de la demanda mucho más precisas y variadas, y con un mayor enfoque participativo.



Colección
Estudios de la Fundación

Conclusiones

Si quien se enfrenta a este texto ha sido capaz de leer todas las páginas que le preceden, podrá comprender las dificultades de abordaje que supone de antemano la pretensión de esbozar, llegado este punto de la investigación, una suerte de ideas concluyentes sobre el mismo. Estamos ante dos visiones que se han influido de forma recíproca para terminar generando, como cualquiera puede comprobar, dos bloques de investigación complementarios entre sí, en cuanto que el primer y el segundo capítulo son una suerte de híbridos entre el ensayo y el análisis cualitativo que tratan de describir el perfil social de una generación y proporcionan la base conceptual del tercer capítulo, un análisis cualitativo más ortodoxo y propositivo con relación a la comprensión que la citada generación tiene de la participación social. Si bien representan dos miradas diferenciadas, consideramos que una y otra podían ser encadenadas generando una progresión narrativa dotada de cierta coherencia, por lo que esperamos que estas últimas palabras pergeñadas con la intención de sintetizar lo expuesto y proponer algunas discusiones sean capaces de dar cuenta de la continuidad pretendida.

Las preguntas que nos hacíamos respectivamente nos permitían semejante licencia porque, en primer lugar, el sujeto objeto de nuestro estudio, la generación de las actuales cohortes de edad que agrupamos entre los 55

y los 70 años de edad en virtud de su cercanía con las edades asociadas a la jubilación, era en todos los casos protagonista de los fenómenos que tratábamos de comprender. La pregunta inicial era una: dada la creciente incapacidad del Estado para generar una respuesta a las necesidades y expectativas de la nueva población mayor, portadora de valores y actitudes inéditas en estas edades hasta el momento actual, ¿qué posibilidades ofrece y cómo es valorada la participación social por parte de esta generación? ¿Entraña alguna salida al conflicto? Ante semejante planteamiento no extraña que rápidamente surgiera una segunda inquietud que cuestionase las bases del planteamiento expuesto: ¿Quiénes son las personas que componen esta generación? ¿Es esta realmente portadora de otros valores? ¿Cuáles son y cómo influyen en los roles que están dispuestos a desempeñar en la sociedad? Muchas incertidumbres para una sola investigación, todas merecedoras de una revisión profusa. Y un elemento en común: los roles. Tanto al tratar de dibujar el perfil social de una generación como al indagar en torno a sus formas peculiares de pertenencia y aportación al grupo social estábamos abordando la cuestión de las posiciones que la sociedad espera de unos sujetos definidos, a priori, por su edad, así como las posibles respuestas que éstos establecen desde sus propios deseos ante tal expectativa. Es por ello que el estudio comienza con el fenómeno más sobresaliente entre los manifestados por nuestros interlocutores/as: Estamos ante una generación que envejece pero que no se identifica con el rol que han desempeñado las personas mayores hasta el momento. Toda una generación dispuesta a impugnar que su edad la defina socialmente enfrentándose, si no al vacío, sí al menos a un escenario

plagado de propuestas difusas con relación a su inquietud de quién ser como personas mayores; de cómo envejecer sin ser un «viejo».

Cambios en la comprensión del ciclo vital

A este respecto, la primera tarea que tratamos de acometer fue definir las causas que posibilitan tal situación. Los roles designan posiciones en estructuras sociales dadas; asignan funciones que el sujeto interpreta tratando de dar respuesta a una expectativa del grupo en virtud de alguna cualidad que le haya hecho merecedor de tal atribución. El rol del «viejo» clásico respondía a una concepción del ciclo vital determinada por la relación que cada individuo establecía con el sistema de producción. Definía una «cultura de las edades» estructurada por las tres posiciones esenciales que una persona atravesaba en ese sistema a lo largo de su biografía: formación (infancia y juventud), trabajo (adulthood) y retiro (vejez o, en consonancia con el esquema, «tercera edad»). La desigual posición ocupada por las mujeres debido a su reducido acceso a las formas de trabajo institucionalmente reconocido no suponían un problema en la validez de esta concepción en cuanto que sus proyectos vitales se veían supeditados a los de sus cónyuges de modo que, por pura dominancia androcéntrica, la problemática de los hombres se veía acompañada por el acompañamiento de sus mujeres, y la comprensión subjetiva de estas edades se compartía también por ellas hasta adquirir un cariz universal.

Este modelo de comprensión, sin embargo, viene debilitándose desde hace aproximadamente tres décadas en España debido a la inhabilitación

del eje que lo articulaba, el sistema de trabajo como referente capaz de generar relatos biográficos que se ajusten a las etapas que demarca. La desregulación del mercado laboral ha diluido las fronteras entre las funciones que se esperan de cada sujeto en un momento determinado de su vida, prolongando la necesidad de la formación durante toda la vida del sujeto para adaptarse a la constante renovación de destrezas y conceptos que impone. La vida laboral se define en la inestabilidad de los vaivenes a través de distintas ocupaciones y trata, más que nunca, a los trabajadores como meras mercancías que respondan a las necesidades de cada situación, por lo que éstos ya no pueden ni quieren generar una vinculación hacia una institución del trabajo que no les permite planificar un proyecto vital de largo recorrido ni, por lo tanto, una identificación hacia sus haceres y sus ámbitos de desempeño que resulte en una identidad.

Los efectos de esta situación nos han permitido valorar, por lo tanto, un primer hecho de gran relevancia de cara a nuestros objetivos: la concepción clásica del ciclo vital dividido en etapas y, con ella, el criterio de clasificación que antaño aportaba la edad a la hora de definir a una persona se han quedado obsoletos a la hora de dar cuenta del lugar que ocupa un sujeto en la sociedad. Las narrativas vitales progresivas o lineales se han visto desplazadas por itinerarios fragmentados en los que otros elementos han pasado a desempeñar el papel de referencia que el trabajo suponía en las formas de construcción de las identidades. Los roles se refieren a otras estructuras a la hora de designar posiciones. Entonces, ¿cómo afecta esta cuestión a la generación estudiada? ¿Y

qué elementos son esos que generan identificación en la actualidad permitiéndonos comprender las razones de la superación de los roles que antaño se reservaban a las personas mayores?

Una generación de «trabajadores consumidores»

El trabajo supuso el medio de mejora de la situación de esta generación tanto en el sentido colectivo, en calidad de cotizantes que con sus impuestos construyeron un sistema de bienestar, como individual, en la medida en la que su salario les permitió tomar parte de la práctica social del consumo a través de la cual expresaban socialmente su proceso de movilidad social ascendente con relación a sus padres. El valor del trabajo, por lo tanto, quedó inserto en sus percepciones y así lo han manifestado en sus discursos al enfatizar el sentido de realización personal que quienes no han tenido trayectorias laborales muy ingratas le atribuyen. Sin embargo, el proceso de desregulación, sin anular el valor de la ética del trabajo mencionada, sí rompió el idilio con el mercado laboral generando su consabida desvinculación hacia un medio que ya no proporcionaba reconocimiento. Esta situación está facilitando en la actualidad, como se observa en sus discursos, la superación del trance de la jubilación, en cuanto que abandonar el trabajo ya no implica quedar huérfanos del ámbito en el que construyeron su identidad. Este proceso, sin embargo, no puede explicarse de manera completa sin atender a la incidencia de la progresiva complejización y regulación del sistema de consumo que ha acompañado las trayectorias de estas personas. A través de él han generado pertenencias diversas que se han manifestado más estables que las que ofrecía un sistema de trabajo incierto. Y en el despliegue de sus

estilos de vida, que emulan narrativas capaces de generar adscripciones identitarias, han encontrado un vehículo de expresión de su identidad en el grupo. Esta posibilidad de participar en la circulación de valores que estructura el consumo les dota de un reconocimiento en un sistema de producción consagrado al mismo y, si bien no resulta una situación novedosa con relación a generaciones pretéritas en cuanto práctica integradora, sí que lo es el hecho de que estas personas son, dadas sus trayectorias, portadoras de un habitus, de una comprensión de las dinámicas de la sociedad de consumo, que les permite desempeñarse en ella de forma más natural y eficiente. Estamos ante la primera generación de «consumidores» en España, unas cohortes que ejercen de bisagra entre la ética del trabajo de sus padres y la estética del consumo que sus hijos abrazaron como forma de construcción de una identidad. Y el efecto más significativo que esta condición anfibia tiene sobre las preguntas que nos hacemos es que, llegada la jubilación, estos sujetos no han visto suspendido el único elemento que les definía ante el mundo porque sus identidades se vertebran en buena medida en torno a sus estilos de vida, por lo que no ven el sentido en la adopción de un rol, el de la persona mayor o vieja, que se definía precisamente desde su condición de persona retirada del sistema de producción. Tienen aún muchas cosas que hacer dando continuidad a lo que hacían, y la adopción de un rol que despersonalizaba a los sujetos anulando las identidades que habían construido a los largo de sus trayectorias (el rol del viejo) ha perdido sentido puesto que disponen de elementos que les permiten seguir conectados con lo que han sido. La continuidad aparece así como la estrategia para dar respuesta al principal reto que supone el proceso de envejecimiento

en cualquiera de sus etapas, el sostenimiento de la identidad, y solventa la inquietud que se planteaban inicialmente con relación a cómo envejecer sin ser «viejos». Esta generación se identifica más como los mayores de los adultos que como los jóvenes de los mayores, manifestación que da solidez a la idea de que el principio posibilitador de todo esto, el aumento de la esperanza de vida, no ha hecho más larga la vejez, sino que ha prolongado el periodo que tradicionalmente identificamos como la vida adulta. Y así deben de ser tratados y comprendidos desde la sociedad. Porque la jubilación, en conclusión, ya no genera viejos.

¿Una nueva etapa?

Esta avalancha de ideas más o menos discutibles pone sobre la mesa, en todo caso, algunas cuestiones esenciales de cara a la comprensión del papel que pueden desempeñar estas personas hoy en la sociedad. No se identifican como personas mayores y, de facto, en comparación con lo que ese concepto encierra, no lo son. Pero tampoco son estrictamente adultos en la medida en la que sus proyectos vitales de la vida adulta ya se han visto definidos. Indudablemente las últimas cohortes de jubilados vienen dando forma desde hace aproximadamente una década (en paralelo con la consolidación de los principios del envejecimiento activo) a un modo distinto al del pasado de afrontar este periodo, pero es con la llegada de esta generación con la que parece generarse una ruptura definitiva con los esquemas desde los que lo explicábamos. En la medida en la que el significado atribuido a este momento de la vida ha visto modificados los contenidos que le daban coherencia, se impone la necesidad de renovar el modelo que tenemos para

explicarlo. En todo caso, sobre la base misma de la defunción del ciclo vital dividido en etapas que venimos certificando, quizá no guarde sentido tratar de preguntarnos cómo se llama esta etapa, pues no será la edad sino la situación personal la que la defina. Resulta elocuente en ese sentido el rechazo que las personas entrevistadas han manifestado ante la posibilidad de ser categorizados. No querían poner nombre a su momento vital porque consideran que las adscripciones que generan en ellos un sentimiento de pertenencia responden más al sistema de prácticas y actitudes que conforman sus respectivos estilos de vida, los cuales no se atienen bajo su perspectiva a clasificaciones generacionales. Sin embargo, las peculiares condiciones que definen la posición que ocupan en la sociedad sí nos permiten identificar una serie de actividades y perspectivas compartidas dentro de los despliegues de estilos de vida diferenciados que reivindicamos. No marcan, efectivamente, severas diferencias en cuanto al sentido de sus interacciones en la sociedad con relación a las que se desarrollan en edades anteriores, pero la forma y los contenidos que se derivan de su libertad de acción en calidad de personas jubiladas sí definen roles diferenciados que dotan de un sentido específico al periodo vital que atraviesan. Éstos, de momento, en su calidad de roles emergentes, aún están por consolidarse a través de su repetición de cara a la posibilidad de generar una imagen social que permita establecer una categoría que los comprenda y abarque. Y dejan sugerida, en definitiva, una etapa intermedia entre la edad adulta y la vejez como estado a la que hemos denominado, en espera de que mentes más preclaras en el arte del etiquetaje refuten, confirmen o maten las posibilidades de tal significativo, como etapa de la «madurez» en cuanto que se trata del momento

en el que el individuo ha finalizado el desarrollo de todas las dimensiones que conformaban su proyecto vital hasta la fecha y se encuentra en un momento óptimo para el disfrute de lo que son sin la necesidad de rendir cuentas al mundo.

El proyecto vital que da continuidad a una identidad consolidada

La siguiente cuestión que nos planteamos es muy predecible: entonces, si la jubilación no genera viejos pero sí define unos roles diferenciados, ¿por qué sucede esto? ¿Qué características propias del momento en el que viven traza ese hecho diferencial? Más que etiquetar, podemos delimitar el comienzo de un periodo asociado a la finalización de un proyecto vital de vida adulta que se estructuraba en torno a la carrera laboral, la obtención de un patrimonio y la construcción de un modelo de convivencia cada día menos similar al esquema familiar tradicional pero que sigue guardando en todas sus formas similitudes en cuanto a la función de espacio primario de los sujetos. Llegada la jubilación se presumen consolidados todos estos proyectos: la sociedad presupone «terminados» a estos sujetos.

Las personas entrevistadas han manifestado en ese sentido la percepción de haber vivido más de lo que vivirán, de no sentirse individuos en construcción como durante su juventud; de no necesitar preguntarle al mundo quienes pueden ser porque ya «son». Esta sensación les reporta cierta tranquilidad en la medida en la que han consolidado una identidad

y han aprendido a aceptarse con sus contradicciones, la cual les permite interaccionar de una forma más libre y desinhibida con su entorno. Ya no proyectan sobre el futuro la construcción de su ser porque este resulta incierto en cuanto que la salud ya no ofrece las garantías del pasado y, de forma principal, porque ya no necesitan seguir buscándose en él. Viven más en el presente continuo: sus proyectos ya no se ven revestidos de una pragmática que los dote de un sentido trascendente, ahora el camino importa más que el destino. No se embarcan en un curso de cualquier disciplina, por ejemplo, para adquirir unas destrezas que puedan vender posteriormente en el mercado de trabajo, sino por el placer del proceso mismo de desarrollo personal y las posibilidades de vinculación a otros grupos y gentes que las actividades ofrecen. Ya cumplieron sus deberes con la sociedad y ahora se ven enfrentados a la tesitura de ser capaces de generar una cotidianeidad satisfactoria en la que el principal destinatario de lo realizado sea uno mismo. Trazan un proyecto «para sí mismos», lo cual, si bien implica una percepción de libertad muy positiva, también conlleva sentir la crudeza de adoptar una responsabilidad, inédita en muchos casos, sobre sus propias vidas. Deben aprender a dar forma a una masa de tiempo amorfo a través de la autoimposición de tareas como estrategia de combate contra la inercia que invita a abandonarse en la apatía generada por la falta de compromisos. Y persiguen, desde la situación existencial aquí descrita, seguir perteneciendo al mundo desde una posición menos protagonista pero no exenta de reconocimiento hacia su función. El principal reto que afrontan, en consecuencia, radica en la incógnita en cuanto a las posibilidades que tendrán de desempeñar

un rol en el que se reconozcan. No necesitan ya que el mundo les diga quienes son, sino un lugar donde seguir siéndolo. Esta inquietud nos da cuenta del campo motivacional que puede generar una inclinación hacia la integración en distintos proyectos de la llamada «participación social», pero demarca a su vez la necesidad de que ésta sea capaz de tener en cuenta la experiencia particular de cada sujeto permitiéndole encontrar en ella una plataforma de vinculación al mundo desde la que pueda desempeñar un papel en el que se reconoce, en continuidad con lo que ha sido a lo largo de su vida.

Desarrollo personal en el grupo

Los nuevos roles que pueden desempeñar las personas que ahora envejecen son, por lo tanto, roles en continuidad con lo que hicieron. No definen personas sobre el criterio de su edad sino en función de prácticas y actitudes concretas desde una situación, esta sí, particular con relación a su calidad de jubilados liberados, en principio, de compromisos con el sistema. Estamos ante personas que no inician de forma estricta un proyecto pero tampoco prosiguen con el que tenían. Quienes no han podido finalizar de un modo acorde a sus expectativas sus carreras laborales, de hecho, entrañan el colectivo más vulnerable con relación a un hito de la jubilación que ya no genera «viejos» pero sí representa un punto de inflexión en las trayectorias. Estos sujetos no han podido dar cierre a los procesos que venían desarrollando a lo largo de sus vidas pero tampoco pueden desbloquear la sensación de que queda una cuenta pendiente con su pasado que no les permite dar el paso adelante en el que asumen su nueva situación comenzando a

modelar su tiempo de forma acorde con sus deseos. Representan la población de mayor riesgo en relación con este momento vital y resulta urgente, en la medida en la que la actual situación incrementa cada día el número de parados que no podrán volver al mercado de trabajo, un programa de intervención que les ayude a salir de ese espacio flotante facilitando la reasignación de una función para ellos en la sociedad a través de la participación. Sea una solución formal o informal gracias a la creciente tendencia a la auto organización de la sociedad civil frente al desamparo que provoca la desatención de sus necesidades por parte del Estado, tanto en el caso de este colectivo más vulnerable como en el de quienes buscan formas de desarrollo personal que les proyecten hacia el espacio social (y, a la inversa, formas de participación en lo social que les proporcionen vías de desarrollo personal), la participación social aparece como una realidad vivida de forma subjetiva (pues la sensación de participar es subjetiva) que puede dar respuesta a la voluntad de impugnación del rol del viejo que quedaba desvinculado del mundo. Esta generación quiere seguir en el mundo y está dispuesta a integrarse en procesos con las grupalidades y las comunidades con las que se identifiquen de forma independiente de su edad, por lo que el reto de la sociedad en estos momentos estriba en la capacidad de generar plataformas que den respuesta a esa búsqueda de reconocimiento a través de un desarrollo personal compartido.

Sobre la participación social y el envejecimiento activo

Ante este planteamiento, el análisis de la percepción que la generación investigada tiene de la participación social cobra la solidez de la

comprensión de las motivaciones sociohistóricas y existenciales que conforman el campo de motivaciones y actitudes desde las que la comprenden. De ahí que en su segundo bloque, la investigación haya tratado de dar respuesta a la cuestión de cómo los roles, actitudes y conductas que emergen en esta nueva fase vital están respondiendo y se articulan con la dimensión de la participación social. Se ha tratado de esclarecer cómo pueden las nuevas generaciones de personas mayores concebir y construir un modelo de participación social que mejore sus condiciones de vida de forma que éste tenga impactos positivos sobre sus entornos sociales. Se trataba de analizar cómo se estaba haciendo operativo uno de los planos definidos como esenciales en la comprensión que tenemos del concepto de envejecimiento activo que preside hoy muchas de las políticas de intervención social en este sector: la participación en la sociedad.

En ese sentido, la principal conclusión extraída se refiere al momento histórico en el que se encuentra la cohorte de edad estudiada. Las situaciones que han vivido las distintas generaciones de personas jubiladas en cada momento histórico. Esta evolución puede ser vista como una serie de saltos cualitativos y de conquistas conseguidas con las que ha ido aumentando de forma progresiva la calidad de vida de este colectivo. El primero de esos pasos concerniría a las condiciones de salud: gracias a la extensión de la sanidad pública, las y los jubilados han disfrutado de una mejor situación biológica al llegar a la jubilación. Tras ese salto cualitativo se puede identificar históricamente un cambio en las condiciones económicas que aseguró con las pensiones un nivel de vida cada vez más digno para estas cohortes de edad. La extensión de la educación no obligatoria

entre estas generaciones acompañó al punto de inflexión anterior, un factor importante en el impulso de la participación social.

El momento presente se define, sin embargo, no tanto por estas conquistas sino por la relevancia que ha adquirido en la vida y en el imaginario de estas personas la crisis económica. La crisis, precisamente, ha puesto en duda dicho modelo evolutivo y ha debilitado el consenso y la confianza depositada en el Estado para garantizar los valores conquistados en las etapas sucesivas y para generar nuevos valores y recursos. Se produce la problematización de las condiciones de vida actualmente existentes y, por lo tanto, algunas interpretaciones de la realidad presentadas durante la investigación adquieren rasgos políticos. De este modo, en el discurso de nuestros interlocutores se puede rastrear, aunque a veces sea en una dimensión latente, el contorno de un nuevo salto cualitativo hacia lo cívico-político. Lo cívico-político sería la dimensión de la realidad social sobre la que puede llegar a jugarse la situación y las condiciones de vida de las y los jubilados en el futuro. La capacidad de empoderamiento personal y para la participación en proyectos colectivos de carácter social (demanda de recursos) puede ser el siguiente potencial con el que cuenten estas cohortes de edad para reconstruir sus condiciones de vida.

Según nuestra interpretación, la situación abierta con la crisis económica, social y moral puede influir en una toma de conciencia por parte de la generación que actualmente tiene entre 50 y 70 años y de las siguientes. Cabe la posibilidad de que la participación social sea cada vez más tenida en cuenta a la hora de afrontar sus demandas, bien sea formalmente

mediante el asociacionismo o informalmente mediante el recurso a la movilización social o a las prácticas comunitarias (el vecindario, las redes sociales cercanas, etc.) Se trata de una posibilidad que derivaría del hecho de que la retirada del Estado del bienestar obligaría a conseguir los recursos que antes garantizaba el Estado mediante otras fórmulas. Esta hipótesis debería cobrar más fuerza si cabe cuando analizamos la mencionada situación de muchos perfiles de estas edades que han perdido el trabajo antes de haber culminado su ciclo de vida laboral.

Sin embargo, en el discurso que se ha reproducido en esta investigación dicho horizonte es para la mayoría de los interlocutores solo un bosquejo difuso. Únicamente algunos perfiles minoritarios se han situado claramente en la tendencia hacia la participación social en tanto que elemento sobre el que construir su identidad y su relación con las instituciones y la sociedad en general. Otro grupo relativamente extenso participa socialmente en el ámbito del asociacionismo y el voluntariado, pero su discurso no encaja totalmente con la vertiente de participación que puede abrirse con la crisis, sino que sus decisiones y actitudes están enraizadas en el discurso clásico del voluntariado como servicio asistencial (sobre todo el femenino) o entidad cívico-cultural (sobre todo masculino). La gran mayoría de perfiles entrevistados, así como las encuestas más recientes, como la realizada por la Fundación Pílares (Rodríguez Cabrero et al, 2013), sitúan todo el campo del ocio activo, lo que en esta investigación hemos llamado el «desarrollo personal», como el principal terreno de proyección para las personas que ocupan y ocuparán en el futuro cercano este nuevo periodo abierto por la jubilación activa. El sector de perfiles más vulnerables

(las personas que han perdido su trabajo) parece que se colocan paradójicamente en una posición próxima a las tendencias hacia la participación social (al menos, así resulta del análisis de los datos de la encuesta de la Fundación Pilares), lo que se interpreta como una salida que tranquilice su situación (desesperada e infructuosa) de la búsqueda de trabajo.

Se encuentra actualmente en el aire la posibilidad de reelaboración del ámbito de «lo civil», de la sociedad civil, que en España ha estado tradicionalmente muy debilitado, expulsado de las dinámicas sociales más relevantes por la actuación preponderante del Estado en lo que a servicios sociales se refiere o por el mundo privado del ocio en su faceta de construcción de perfiles identitarios personales. Entendemos que las tendencias sociales no se realizan por el simple criterio funcional o utilitario al que puedan responder, sino por el nivel de sentido y de deseo que sean capaces de movilizar. No será únicamente en razón de su carácter funcional por lo que, por ejemplo, el sector de desempleados vaya a adoptar una postura activa frente a su situación mediante la participación en una asociación. Como hemos comprobado en el trabajo de campo, los argumentos que se aportan con relación a la participación en proyectos colectivos superan la simple mención a la funcionalidad material de las acciones desarrolladas (por ejemplo, en términos de beneficios para un colectivo marginal). De cara a la planificación de la intervención sobre este ámbito, en consecuencia, se manifiesta la necesidad de otorgar a los proyectos de participación elementos simbólicos que permitan a los sujetos establecer un sentido de realización personal, la cual aparece asociada tanto a su capacidad de generar reconocimiento social como a la posibilidad de que el sujeto pueda apropiarse de los resultados de su labor también como forma de

desarrollo personal. Resulta esencial por ello enfatizar el significado productivo de la implicación en esta clase de proyectos de modo que su diseño sea capaz de dotar de un valor social a la función desempeñada por parte de cada una de las personas implicadas ajustándose, en la medida de lo posible, a las destrezas que estas ya atesoran en virtud de sus trayectorias pasadas.

Es necesario, por lo tanto, deconstruir los discursos y las dinámicas que pueden estar bloqueando la participación, así como reconstruir discursos y prácticas, programas y mensajes que se articulen con los nuevos modos de sentir y de concebir la vida de estas generaciones que se encuentran en la fase vital cercana a la jubilación.

Desde la interpretación desarrollada en la presente investigación sostenemos que el impacto del discurso sobre el envejecimiento activo se ha acoplado hasta casi ser absorbido por la tendencia hacia la participación en el ocio, una corriente ya muy marcada en nuestro país desde los años ochenta. Este proceso ha producido una cristalización del sentido de dicho concepto de envejecimiento activo bajo una acepción reduccionista que privilegia aquellos factores que tienen que ver con el concepto de calidad de vida personal determinada por la salud, el bienestar y la autonomía personal. Es decir, el discurso del envejecimiento activo ha sido asimilado socialmente, pero sobre todo en su faceta de propuesta de impulso a la actividad, desde un sentido que otorga el valor principal a la dimensión individual de la propuesta. Desde este punto de vista es notorio como las actividades relacionadas con el cuerpo (deporte, paseos, yoga, etc.) son las que en la actualidad se presentan con valores más positivos en estos

sectores de edad y las que más crecen en porcentaje de personas que las realizan según las distintas encuestas. Sin menoscabo hacia la relevancia de este tipo de actividades, sin lugar a dudas la situación descrita revela una comprensión problemática, excesivamente acotada, de las posibilidades que encierra la vivencia de un envejecimiento activo en plenitud. Por ello a continuación procederemos a desplegar una serie de propuestas que, esperamos, puedan contribuir al debate sobre las posibles estrategias para potenciar el valor de la participación social entre las nuevas generaciones de mayores. Las mismas son complementarias y vienen a completar las que se proponían en la obra que recoge los resultados de la fase de encuesta de la línea de investigación de la Fundación Pilares (Rodríguez Cabrero et al, 2013).

Propuestas para fortalecer la participación social

Potenciar el sentido de integración de la participación

Es importante señalar que el vínculo social preponderante en el ejercicio de la actividades de ocio activo es el de la pertenencia (formar parte de la sociedad) y no tanto el de la contribución (transformación de la realidad y toma de decisiones). Sin embargo, en todos los discursos producidos en la investigación el espacio de la participación social asociado a la aportación a la comunidad ha sido valorado muy positivamente, especialmente el de las iniciativas formales, que son las que

más se conocen (asociacionismo y voluntariado). Existe en relación con la imagen de este tipo de actividades un gran potencial en cuanto a la posibilidad de dar respuesta a la disposición manifestada por muchos de nuestros interlocutores a participar en proyectos en la medida en la que éstos satisfagan sus expectativas de reconocimiento y desarrollo personal. Sería de gran eficacia, por consiguiente, tratar de explotar el sentido de pertenencia que encierran los proyectos que responden más a ese perfil de «contribución». Para ello aparece como requisito indispensable la necesidad de dar mayor visibilidad al tipo de labores que se realizan en cada tipo de proyecto, pues muchos de los perfiles entrevistados no perciben que dispongan de recursos reconocidos socialmente una vez que abandonan el sistema de trabajo, y desconocen el valor que sus habilidades podrían tener dentro de una organización cuya separación de funciones ignoran.

Más allá de su papel de apoyo al sistema de cuidados familiares, sobre todo en el caso del cuidado de nietos, no parece que exista un discurso público que ponga en valor la capacidad de actuación de las personas en situación de jubilación (y mucho menos de aquellas que han perdido el trabajo o se encuentran en situación vulnerable sin haber llegado a alcanzar dicha situación), por lo que sería recomendable comenzar a poner un mayor énfasis en las necesidades concretas de una labor que ahora mismo es percibida bajo el manto de abstracción que entraña el concepto «participar». Se trata, en suma, de generar un mensaje que permita a los sujetos comprender la clase de papel que podrían desempeñar en los proyectos en los que se implicasen de forma que

sean capaces de imaginar sus posibilidades de acción en los mismos para poder asumirlos como propios. La oferta que se dirija hacia ellos debe ser capaz de explicar el valor de las posibles aportaciones a realizar remarcando las necesidades que cada proyecto tiene de ellas. En la comprensión de estos aspectos reside la comprensión del reconocimiento que se puede obtener «participando».

El valor de una generación

La Administración y sobre todo las organizaciones pertenecientes al tercer sector se encuentran en la actualidad ante una coyuntura decisiva para afrontar las problemáticas que se perciben en el horizonte. El principal reto consiste en elaborar un discurso público o un relato social que consiga alcanzar la base motivacional de los distintos sectores que en la actualidad habitan ese nuevo espacio de la jubilación activa, esa etapa limitada por el final de la vida laboral y la llegada de la vejez como estado de salud que cercena las capacidades de desarrollar actividades y la desvinculación de la sociedad.

Pensamos que dicho discurso debería partir de la actual crisis de legitimidad de la cultura de la Transición, del mito de la transición española, en cuya construcción han participado en buena medida nuestros interlocutores pero ante el cual también pueden llegar a distanciarse afectiva y discursivamente. Es posible reconstruir un nuevo mito, un nuevo relato que apoye el advenimiento de un nuevo modelo de integración social y de relación entre los individuos y el Estado. Un nuevo modelo social que

estaría basado en un pacto entre la ciudadanía y el poder político en el que el orden de lo civil tuviera mucha mayor presencia y en el que las instituciones fueran más permeables a la participación de sus usuarios. Se trata de un discurso que se está construyendo ya espontáneamente en la sociedad española desde enfoques muy distintos (políticos, tecnológicos, culturales, de género, etc.) y al que se puede agregar la perspectiva de la nueva configuración vital que supone la etapa de la jubilación.

El valor de la experiencia

Uno de los aspectos más difíciles de resolver sería el del reconocimiento. ¿A partir de qué valor atribuido a esta generación sería posible presentar a estas cohortes de edad de tal modo que ellos se sintieran identificados y a la vez sean reconocidos por la sociedad? Todo el problema gira alrededor del valor de la experiencia, pero de manera muy compleja. La experiencia acumulada es el gran capital del que disponen frente a otras generaciones, pero precisamente la experiencia es un valor con escasa reputación en una sociedad con un desarrollo tecnológico y social tan dinámicos y acelerados que desplazan a la obsolescencia todo aquello que no exhiba una pátina de actualidad. Esto no obsta, sin embargo, para que a lo largo de los discursos producidos haya sido posible detectar una reivindicación por parte de los sujetos que otorga un nivel de sentido potencialmente aprovechable a su experiencia precisamente como actitud ética que puede ser operativa a la hora de mediar entre las demandas y deseos de los sujetos y las ofertas

de la sociedad de consumo. El análisis nos permite proponer nombrarlo como «hedonismo responsable». Estamos ante una generación que, en contraste con la de sus padres, se percibe liberada de constricciones morales a la hora de disfrutar de la vida, pero sin haber renunciado por ello a los valores del esfuerzo y de la responsabilidad. Es decir, la nueva generación de entre 55 y 70 años puede ser capaz de desarrollar y transmitir una suerte de «sabiduría en el disfrute». Se trata de un valor que ellos han expuesto para diferenciarse y a la vez dirigirse hacia las generaciones jóvenes, a las que, según su visión, les interpela un mundo de placeres que no siempre son fáciles de manejar. Tanto es así que, según su interpretación, el origen de la crisis se encontraría muchas veces en esa capacidad de la oferta asociada al placer como esfera del consumo para promover procesos autónomos difíciles de controlar por el individuo. «Saber disfrutar», por lo tanto, aparece como uno de los valores que esta generación podría exhibir tanto frente a las generaciones más jóvenes como a la de sus mayores, así como en el seno de su propia generación.

Transferencia participativa

Por último, y descendiendo a un nivel más concreto, otra de las grandes conclusiones a las que llega el análisis se dirige a la localización de posibles zonas de transferencia participativa y de experiencia entre el gran espacio actual de desarrollo, el del ocio activo y el desarrollo personal, y el de la participación social en términos de asociacionismo y voluntariado.

Se citan, por ejemplo, experiencias de participación en el ámbito de la educación, como en el caso de la universidad para mayores, que podrían ser relativamente fáciles de exportar a otro ámbito generando espacios en los que los y las alumnas que terminen estos cursos puedan ejercer de profesores en otros escenarios junto a personas con menos recursos culturales, en institutos de enseñanza secundaria con jóvenes con dificultades de aprendizaje, etc. Entendemos que esta transferencia de experiencias entre el espacio del ocio activo y el del asociacionismo sería la fórmula más provechosa para consolidar prácticas de participación social en esta nueva etapa vital. Sería en este tipo de actividades donde las instituciones y organizaciones deberían centrar sus esfuerzos, al menos en una primera fase, ya que es donde posiblemente se presenten movimientos hacia la participación más naturales o intuitivos y con mayores garantías de éxito, lo cual podría potenciar nuevos proyectos y una difusión de los mismos más efectiva.



Colección
Estudios de la Fundación

Anexo: Ficha técnica. Metodología aplicada

Objetivos de la investigación

Objetivo general

El estudio trata de analizar cómo la nueva generación de personas que se encuentran en las cohortes de los 55-70 años da sentido a su vida y participa en la sociedad tras haber abandonado el mercado de trabajo.

La pregunta estratégica que organiza el análisis trataría de comprender de qué manera se puede intervenir institucionalmente para aprovechar el potencial de actividad, conocimiento, recursos materiales y sociales, etc. de los que todavía dispone este grupo de población para mejorar, tanto su calidad de vida como la de su entorno.

Objetivos particulares

Sobre la etapa vital:

- Cómo se define desde esta generación la particular fase vital que se ha abierto entre el final del periodo laboral y la llegada a la vejez: modos de nombrar, percepciones, etc.
- Comparación con otras cohortes: cómo se posicionan en su edad en comparación con otras generaciones anteriores y posteriores.
- Experiencias: qué estado de ánimo define esta edad (emociones, sentimientos y sensaciones) ¿Es una época de aislamiento y depresión o existen motivaciones que impulsan al individuo hacia nuevos retos? ¿De qué factores depende la formación de una u otra perspectiva?

Sobre el trabajo:

- Qué elementos del trabajo han conformado la identidad de estas generaciones: como institución social, disciplina, moral, prestigio, herramienta instrumental (sueldo), relación social, etc.
- ¿Qué significó la experiencia de la carrera laboral para estas cohortes y qué significado e influencia tiene en la actualidad para ellos?

En el momento de quiebra con la trayectoria laboral:

- Identificación de fases y estados psico-sociales por los que atraviesa la persona.
- Tipología de posicionamientos, defensas frente al riesgo y la desubicación, apoyos que se buscan, factores que potencian o equilibran los aspectos problemáticos, etc.

Diferencias entre trayectorias voluntarias e involuntarias: nuevos excluidos

- ¿Cómo se afronta esta etapa vital desde posiciones subalternas sociales (desempleados, ERES, etc.)?
- ¿Qué significado particular adquiere el final de la etapa laboral para posiciones que no la han elegido o que la viven con menos recursos?

La participación social:

- ¿Qué actividades se desarrollan una vez que ha terminado el ciclo de vida laboral?
- ¿Cuáles de esas actividades dotan de sentido relevante las vidas de esta generación?
- Formas de integración social: modos imaginados de dar continuidad a una actividad que vincule y sostenga referentes identitarios, remunerada o no.

- Discurso en torno a la participación comunitaria, barrial, política, etc.
- ¿Qué lugar ocupa en concreto el voluntariado dentro de las distintas opciones existentes? ¿Qué imagen se tiene del voluntariado, qué valores se le atribuyen? ¿Qué estímulos y resistencias se generan frente a esta actividad? ¿Qué papel juegan el consumo, las familias, la actividad formativa, etc. junto al voluntariado?
- Visión de la redefinición del clásico papel transmisor conferido a las personas mayores en su relación con las generaciones siguientes.
- ¿Qué líneas de intervención se pueden seguir para impulsar este tipo de actividad?

De cara a contrastar los objetivos planteados en el proyecto de investigación con la realidad empírica, se eligió la metodología cualitativa como perspectiva de investigación.

Solo la metodología cualitativa permite acceder al substrato de discursos, experiencias biográficas e imágenes que se encuentran involucradas en el complejo entramado social que nos planteamos en los objetivos. En la medida en que no se buscaba una cuantificación de opiniones, sino el análisis de distintos posicionamientos sobre el tema del final o la interrupción del periodo laboral, solo la perspectiva cualitativa permite acceder a ese nivel de sentido.

En cuanto a las técnicas concretas a utilizar durante el trabajo de campo se aplicaron tanto la entrevista en profundidad abierta como el grupo de discusión. Mediante las entrevistas se accedió al nivel de las experiencias biográficas, tan importante en un estudio en el que el propio tema a

investigar está planteado como la interrupción de un desarrollo biográfico. Por su parte, el grupo de discusión permitió conocer los principales discursos, consensos e imágenes hegemónicas que se encuentran actualmente en circulación en el imaginario social, así como las posiciones heterodoxas o subalternas respecto a dicho discurso hegemónico.

Diseño de la investigación

El universo de nuestro estudio está formado por la generación que en la actualidad se encuentra en el tramo de edad entre los 55 y los 70 años, ya que son los que han tenido tiempo de asumir la cultura del trabajo y a la vez se ven expuestos a los nuevos modelos de identificación con esta actividad y a las quiebras de la desregulación laboral.

A partir de este universo se construyó un diseño que daba cuenta de las principales tendencias y tensiones que definen el contexto de nuestros interlocutores:

- La diferencias existentes en las estrategias y proyectos de vida ante la llegada de la inactividad: actividades que se realizan (voluntariado, consumo, familia, etc.)
- La cultura del trabajo tradicional en tensión con las nuevas culturas y con los procesos desreguladores.
- La tensión entre un impulso a la igualdad de oportunidades entre varones y mujeres y las todavía hoy diferencias en los modos de acceder y de asumir las condiciones del mercado de trabajo por cada género.

- Las diferencias y tensiones de «clase social» que se producen de forma paralela al desarrollo de la desregulación.
- La tendencia hacia la metropolización de la vida cotidiana y la emergencia de posiciones de clase media aspiracional asociadas a ella, en tensión con posicionamientos más adaptativos y «rurales». (Rurales no se define únicamente por zonas de producción agrícola, sino también por el tamaño de hábitat y la cultura «provincialista» de la localidad.)

Para ello, el diseño tuvo en cuenta las siguientes variables de cara a la construcción de los perfiles de las personas candidatas a ser entrevistadas:

- Edad
 - Personas de 55 a 65 años de edad
 - Personas de 65 a 70 años de edad
- Género
 - Varón / Mujer
- Hábitat
 - Rural y ámbitos comunitario / urbano
- Clase social
 - media baja / media media / media alta
- Situación frente al mercado de trabajo
 - Trabajadores
 - Jubilados
 - Prejubilados
 - Despedidos, etc.
 - Trabajo doméstico.

- Realizando distintas actividades: voluntariado, desarrollo personal, universidad para mayores, cuidado de familia, etc.

En la búsqueda de estos perfiles que se definirán a través del cruce de las variables mencionadas, la distribución geográfica trató de abarcar distintas casuísticas que definan situaciones específicas del territorio nacional, seleccionando tres comunidades con proyección de distintas posibles culturas del trabajo: Madrid (cultura aspiracional), Andalucía (cultura más rural o tradicional) y Cataluña (cultura industrial clásica).

Para un correcto manejo de la complejidad que describe este mapa de variables, se realizaron un total de 20 entrevistas en profundidad y 4 grupos de discusión, distribuidos de acuerdo al siguiente diseño:

	Mujeres	Varones
Trabajando	Mujer, 57 años, trabajando, Barcelona, clase media, participante social	
Desempleados	Mujer, 50 años, desempleada, Palma del Río, clase media baja, participante social	<p>Varón, 51 años, Madrid, clase media, no participante social</p> <p>Varón, 58 años, desempleado, Barcelona, clase media baja, no participante social</p> <p>Varón, 58 años, desempleado, Barcelona, clase media baja</p>

Prejubilados	<p>Mujer, 65 años, prejubilada, Madrid, clase media alta, no participante social</p> <p>Mujer, 63 años, prejubilada, Madrid, Clase media, participante social</p>	<p>Varón, prejubilado, 59 años, Palma del Río, clase media baja, no participante social</p> <p>Varón, 60 años, prejubilado, Aranjuez, clase media, participante social</p> <p>Varón, 60 años, Madrid, prejubilado, no participante social</p> <p>Varón, 67 años, prejubilado, Madrid, clase media, participante social</p>
Jubilados	<p>Mujer, 68 años, jubilada, Barcelona, Clase media, no participante social</p> <p>Mujer, Madrid, 69 años, Madrid, Clase media, participante social</p>	<p>Varón, 72 años, jubilado, Velilla de San Antonio, clase media, no participante social</p> <p>Varón, 75 años, jubilado, Palma del Río, clase media baja, no participante social</p> <p>Varón, 68 años, jubilado, Barcelona, Clase media, no participante social</p> <p>Varón, 67 años, jubilado, Madrid, clase media alta, participante social</p>
Nunca trabajó	<p>Mujer, 70 años, ama de casa, Madrid, Clase media baja, no participante social</p> <p>Mujer, 60 años, amas de casa, Palma del río, Clase media baja, participante social</p>	
Totales	8 entrevistas	11 entrevistas
Total	19 entrevistas	

El diseño incluyó además una entrevista con una psicóloga especialista en tratamiento de personas mayores con el objetivo de poder disponer de al menos un discurso experto que pudiera describir cómo se viven las problemáticas asociadas a la jubilación por parte de aquellos mayores que sufren trastornos psicológicos en dicho momento vital.

Grupos de discusión:

- GD1: Mixto prejubilados, niveles laborales ejecutivos, Madrid.
- GD2: Mujeres jubiladas y amas de casa, Madrid.
- GD3: Mixto, desempleados y prejubilados, Barcelona.
- GD4: Mixto, jubilados/as, Sevilla.



Colección
Estudios de la Fundación

Referencias bibliográficas

- ALFAGEME, A. (2009): «El retiro temporal a lo largo del curso vital: contexto, regulación y consecuencias», *Recerca, revista de pensament i anàlisi*, 9, 41-58.
- ALONSO, L. E. (2004): «La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión»; *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 107, 21-48.
- AMÉRY, J. (2001): *Revolta y resignación: acerca del envejecer*, Valencia: Pre-Textos.
- ANDERSON, R. et al (2009): *European quality of life Surrey*. Dublin: European Foundation for the improvement of living and working conditions.
- ARIÑO, A (2004): «Asociacionismo, ciudadanía y bienestar social», *Papers*, 74, 85-110, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- BAUDRILLARD, J (2009): *La sociedad de consumo*, Madrid: Siglo XXI.
- (1980): *El intercambio simbólico y la muerte*, Caracas: Monteavila Editores.
- BAUMAN, Z. (2000): *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*: Barcelona. Gedisa
- BAZO, M.T. (2002): «La institución social de la jubilación y las personas jubiladas», en MARÍN, J.M. (coord.): *Jubilación Flexible* (241-255), Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- BOURDIEU, P. (2012): *La distinción*: Taurus.
- (1990): «La metamorfosis de los gustos» en *Sociología y cultura*, México: Grijalbo.
- CASTEL, R. (1997): «*Las metamorfosis de la cuestión social*», Buenos Aires: Paidós.
- CONDE, F. (1994): «Notas sobre la génesis de la Sociedad de Consumo en España», *Política y Sociedad*, 39, 135-148.

- DELEUZE, G. (1999): «Conversaciones», Valencia: Pre-Textos.
- DONZELOT, J. (2007): *La invención de lo social. Ensayo sobre el ocaso de las pasiones políticas*, Buenos Aires: Nueva Visión.
- EFE (1991) «Un partido de jubilados concurrirá a las elecciones». *El País*, 1 abril.
- DUMONT, L. (1987): *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid: Alianza.
- EUROSTAT (2011): *Active ageing and solidarity between generations. A statistical portrait of the European Union 2012*, Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- (2012): *Special Eurobarometer 378. Active ageing. European Commission*.
- FREIXA, C. (1996): «Antropología de las edades», en PRAT, J. y MARTÍNEZ, A. (coord.) *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat (319-335)*, Barcelona: Ariel.
- FREIXAS, A. (2008): «La vida de las mujeres mayores a la luz de la investigación gerontológica feminista», *Anuario de Psicología*, 39 (1), 41-57.
- GEERTZ, C. (2003): *La interpretación de las culturas*, Barcelona: Gedisa.
- GIL, E. (2004): *La última Bastilla: de cómo luchar contra la discriminación de los mayores I*. Seminario «El empoderamiento y la participación social. Una llamada desde las personas mayores a la sociedad». Bilbao, 28, 29 y 30 de Abril de 2004. www.hartuemanak.org
- GUILLEMARD, A.M. (2009): Un curso vital más flexible. Nuevos riesgos y desafíos para la protección social, *Recerca, revista de pensament i anàlisi*, 9, 41-58.
- INE (2010): *Encuesta de empleo del tiempo 2009-2010*.
- IMSERSO (2011) *Libro blanco del envejecimiento activo*, Madrid: IMSERSO
- OMS (2002): «Envejecimiento activo: un marco político». *Revista Española Geriátrica y Gerontológica*, 37 (74-105).
- PRIETO, D. (2009): *Las dimensiones subjetivas del envejecimiento*, Madrid: Ministerio de Sanidad y Política Social.
- RANHEMA, M. (2012): «Participación», en Pérez Galán, B. (Ed.) *Antropología y desarrollo. Discurso, prácticas, actores*. (187-208), Madrid: Catarata.

RODRÍGUEZ CABRERO, G. (2002): «Economía política de la sociedad de consumo y el Estado de Bienestar», *Política y Sociedad*, 39, 7-25.

— (1997) *Participación social de las personas mayores*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

— (coord.) (2003): *Las entidades voluntarias de acción social en España*, Madrid: Fundación FOESSA.

RODRÍGUEZ CABRERO G., RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ P., CASTEJÓN VILLAREJO P. Y MORÁN E. (2013): *Las personas mayores que vienen. Autonomía, solidaridad y participación social*. Madrid: Fundación Pilares para la Autonomía Personal.

ROVIRA, J. (2013): «Los emergentes nuevos jóvenes», en *El país*. 1 de diciembre.

SAN ROMÁN, T. (1990): *Vejez y cultura: hacia los límites del sistema*, Barcelona: Fundació Caixa de Pensions.

SEGUÍ, S., y A. ALFAGEME (2008): «El retiro temporal a lo largo de la vida: bases sociológicas y filosóficas», en PÉREZ DÍAZ, V. (coord.): *Modernidad, crisis y globalización: problemas de política y cultura* (385-405), Almería: Cajamar.

SENNETT, R. (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*, Barcelona: Anagrama.

ULRICH, K. (2004): «Whose lives? How history, societies, and institutions define and shape life courses», *Research in human development*, 1(3), 161-187



Estudios de la Fundación Pilares para la Autonomía Personal, N°2 (2015)

ENVEJECER SIN SER MAYOR

Nuevos roles en la participación social en la edad de la jubilación

pilares@fundacionpilares.org | www.fundacionpilares.org
ISBN: 978-84-606-8682-8 | Depósito Legal: M-18451-2015